



Anne Sales

El
Marqués
que intenté olvidar

Damas Apasionadas • Libro 2

El
Marqués
que intenté olvidar



Anne Sales

COPYRIGHT © 2023 ANNE SALES

1º Edición

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de la obra, sólo podrá realizarse con la autorización expresa de los titulares del copyright.

ÍNDICE

Prólogo	5
Capítulo 1 - Una nueva vida	16
Capítulo 2 – La esperanza	30
Capítulo 3 – Una oportunidad más	
Capítulo 4 - Una conversación inesperada	63
Capítulo 5 – Una cena de cumpleaños	82
Capítulo 6 - Un lugar asignado	102
Capítulo 7 - Un amor floreciente	117
Capítulo 8 – Un paseo al atardecer	136
Capítulo 9 - Una promesa cumplida	159
Capítulo 10 - Un consejo	174
Capítulo 11 - El despertar de los sentimientos	187
Capítulo 12 – Un giro inesperado	205
Capítulo 13 – Incluso en el dolor, la esperanza puede vir	223
Capítulo 14 - La revelación de un amor	241
Capítulo 15 - La inevitable despedida	258
Capítulo 16 - La historia de un amor	275
Capítulo 17 – Una conversación entre padre e hija	290
Capítulo 18 - Una ayuda bienvenida	303
Capítulo 19 - Una vista inesperada	319
Capítulo 20 - La conversación esperada	338
Capítulo 21 - Un pasado revelado	355
Capítulo 22 - Un corazón que late más alegre	373
Capítulo 23 – Recuerdos de un pasado	389
Capítulo 24 – Recuerdos de un accidente	409
Capítulo 25 - Una noche inesperada	427
Capítulo 26 - Una despedida bajo la aurora	451
Capítulo 27 - Una visita ansiada	469
Capítulo 28 - Un almuerzo lleno de felicidad	485
Capítulo 29 - Breve escapada de amor	501
Capítulo 30 - Un invitado inesperado	518
Capítulo 31 - Un reencuentro impensable	536
Capítulo 32 – La daga del celos	554
Capítulo 33 – El enfrentamiento doloroso	574
Capítulo 34 - La despedida	593
Capítulo 35 - La partida	616
Capítulo 36 - Siempre hay una oportunidad	632

<u>Capítulo 37 - Una dolor llamada nostalgia</u>	<u>645</u>
<u>Capítulo 38 – El reencuentro</u>	<u>662</u>
<u>Epílogo</u>	<u>670</u>



Condado de Marlow — Cuatro años antes

En esa primavera, las lluvias eran un poco demasiado fuertes en toda Inglaterra.

Este glorioso país no era conocido por altas temperaturas, pero la insistente lluvia, que ya llevaba semanas, comenzaba a molestar, no solo a los cultivos, sino también a los ciudadanos, prueba de ello es que, en medio de esa tarde, lady Madeline y su prima lady Elizabeth estaban dentro de la acogedora residencia de campo de los padres de Liz sin muchas ideas de qué hacer.

Madeline estaba en la reconfortante presencia de sus tíos y prima, con la esperanza de que su mente no diera tantas vueltas en lo que haría en unos días, el compromiso que había aceptado para casarse con lord Josh Tindall no era ni de cerca lo que ella había soñado, después de todo, quería casarse por amor, pero ningún caballero que había conocido despertaba su interés.

¿Tal vez era demasiado exigente? Tal vez. Sin embargo, empezó a ver cómo el tiempo pasaba y siempre había deseado formar una familia, viendo en Josh una oportunidad para ello, él la trataba con amabilidad y quién sabe, tal vez el amor pudiera surgir cuando tuvieran una vida juntos, como había escuchado tantas veces, así que allí estaba ella, a dos semanas de casarse, por conveniencia, es verdad, pero esperando mucho que la convivencia del matrimonio hiciera

florecer su corazón con el señor en cuestión.

Tindall era heredero de un condado y había sido uno de los caballeros que su padre le había presentado, era un hombre adecuado y educado que ya había pasado los treinta años y necesitaba una esposa para concebir un heredero, y quién sabe: uno o dos más, a pesar de su impecable caballerosidad, nada en él lograba arrancarle algún suspiro de emoción, pero no se quejaba, estaba resignada a su destino e intentaba de alguna forma alegrarse con él.

Sus tíos habían ido a la ciudad más cercana a hacer algunas compras y habían dejado a las dos jóvenes, que ya estaban aburridas con la insistente lluvia afuera y no tenían mucho más que hacer dentro de la casa, pero su prima no se dio por vencida.

—Maddie —La voz de su prima desde el fondo la sacó de sus pensamientos mientras miraba distraídamente las llamas de la chimenea de la sala de estar.

La joven lady se levantó y segundos después Elizabeth apareció en la habitación con dos enormes capas de cuero y una sonrisa triunfal en el rostro exclamando:

—¡Encontré las capas!

Era imposible no sonreírle a la prima que parecía desaparecer sosteniendo por encima de su cabeza las prendas como un trofeo.

—¿Dónde estaban? —preguntó, acercándose y tomando una de ellas.

—Estaban en una caja, en la habitación donde mi madre guarda varias cosas -respondió Liz, poniéndose el abrigo-. Ahora podemos salir, esta capa nos protegerá más.

—¡Vamos a empaparnos, Liz!

—¡Ah, Maddie, vamos afuera a recoger algunas frutas, ha estado lloviendo durante días, y aunque no sea la temporada de cosecha, con estas lluvias se estropearán, por favor! -dijo, juntando las manos y haciendo una cara de perrito abandonado, lo que siempre conmovía a su prima que, a pesar de ser algunos años mayor, adoraba ese lado más travieso de Liz.

—Está bien, ¡vamos!

—Sí! —dijo Liz, dando saltitos y siguiendo apresuradamente a salir de la casa, cuando dieron algunos pasos hacia su destino, la lluvia se convirtió en apenas una neblina en el aire, lo que hizo que ambas se emocionaran aún más.

Debido a la pequeña sequía, las dos caminaron más por la propiedad y se acercaron a una pequeña cabaña que estaba a unos metros de la casa principal.

—Creo que estas ciruelas serán perfectas para hacer mermelada -dijo Liz, y Maddie estaba segura de que ya estaba pensando en varios postres para acompañar la mermelada que mencionó.

Las dos conversaban despreocupadamente entre los árboles, cuando un rayo cruzó el cielo y un trueno retumbó tan fuerte que las hizo estremecer, y lo que siguió fue el regreso de la lluvia con una gran intensidad.

Liz tembló de pies a cabeza con el trueno y se quedó paralizada cuando otro trueno llegó con más fuerza, la lluvia ganó fuerza rápidamente y las dos no podían ver muy bien a lo lejos. Al darse cuenta de que era peligroso quedarse allí, Maddie tomó la mano de su prima y corrió hacia donde creía que estaba la cabaña y por suerte estaba en lo correcto, logró entrar al lugar que años atrás solían usar para jugar y con un empujón, logró cerrar la puerta.

—Ahh, me dio mucho miedo, Maddie... —dijo Liz a su prima, con los labios volviéndose morados de frío.

—Creo que este es un buen lugar para esperar a que mejore la lluvia —dijo la mayor y miró a su alrededor.

La cabaña, que tenía un altillo, estaba bastante desgastada, el olor a polvo y humedad hizo que las dos estornudaran casi al mismo tiempo, Maddie también notó que el lugar tenía varias goteras.

Liz no dejaba de estornudar y Madeline encontró un pañuelo en su vestido y se lo dio. —

Listo, querida, toma esto... —La prima lo miró agradecida y dijo:

—Espero que la cabaña aguante esta lluvia.

—Todo va a salir bien —respondió la prima, intentando mantener un tono de voz convencido, pero el viento que comenzaba a soplar hacía que las tejas se ondularan y Madeline se alejó de la prima tratando de encontrar un lugar más seguro para ellas dentro de ese lugar.

Pasaron unos minutos y la lluvia solo aumentaba, las dos, impotentes, vieron cómo, con el viento, la tormenta hizo que las tejas del techo volaran. Elizabeth gritó el nombre de su prima, que se volvió y corrió hacia ella para evitar que un trozo de teja la golpeará, pero no fue lo suficientemente rápida para esquivarlo y fue golpeada en la cabeza por el objeto.

—¡Maddie! —Liz volvió a gritar, angustiada por la situación, ya que la teja que voló creó un efecto dominó que hizo que las vigas de madera que sostenían el techo cayeran en su mayoría donde Madeline estaba acostada.

—Sal de aquí... —fue lo único que logró decirle a su prima, que ya lloraba desesperada.

—Aguanta, voy a buscar ayuda —dijo Elizabeth entre sollozos y salió en medio de la tormenta para buscar ayuda.

Madeline no podía moverse, algo rojo comenzó a cubrir su visión y sentía su cuerpo cada segundo más frío debido a la lluvia y el viento que entraban por el agujero en el techo.

Así, su conciencia comenzó a disminuir y su último pensamiento antes de que la oscuridad la envolviera fue que iba a reunirse con su amada madre, que ya había partido hace algunos años y la extrañaba todos los días.



UNA NUEVA VIDA

Londres, 1851

Las luces de las velas parecían conferir un brillo más intenso al salón de la residencia de la familia Williams, donde se celebraba el tradicional baile en medio de la temporada de ese año.

Las damas lucían sus mejores vestidos y joyas, mientras que los caballeros vestían sus mejores ropas y gemelos para estar acorde con el lujo y la elegancia de esa reunión, que era muy disputada en la sociedad.

Siendo un Conde, lord Albert Williams poseía tierras y una fortuna de generaciones, que eran muy bien cuidadas y se mantenían como una de las más grandes de su tiempo.

Pero no todos estaban allí porque querían estar, prueba de ello era lady Madeline, la hermosa hija del duque de Avondale, que miraba alguno de los relojes esparcidos por los salones cada cinco minutos, y eso se debía a que esperaba solo pasar unos minutos más e inventaría cualquier excusa para despedirse y salir de la fiesta lo más rápido posible.

—Espero que esté divirtiéndose, lady Madeline —dijo a su lado la siempre exuberante y astuta condesa, lady Audrey.

—Todo está perfecto, como siempre, milady —respondió educadamente.

—Gracias, querida. Veo que esta noche mi casa es agradable para ti, después de todo incluso bailaste con dos apuestos caballeros —la condesa volvió a hablar con un aire condescendiente.

—Tal vez un matrimonio pueda llegar a suceder, ¿no? Nunca es tarde. —terminó de hablar con una pequeña sonrisa que si la otra mujer no la conociera, pensaría que era de entusiasmo, pero era solo una burla.

La visión de Madeline tembló. Qué atrevida era esa mujer, fue el pensamiento que la asaltó.

—El futuro le pertenece a Dios, condesa. —Fue su breve respuesta, pero Madeline logró de alguna manera no mostrar la rabia pulsante que latía dentro de ella.

No era la primera vez que la condesa decía algo así, Madeline ya había escuchado a la dama mayor frente a ella decir entre las matronas que ella debería ser una tristeza para el duque de Avondale; después de todo, a pesar de tanta belleza, tuvo un destino que la dejó deshonrada, después de todo, ¿quién se quedaría con una mujer que tiene una cicatriz en la cara, fue abandonada por su prometido y que su salud fue muy afectada después del accidente?

Lo que la condesa no sabía, y Madeline no se esforzaba en decir, era que sus pulmones se habían recuperado casi por completo después de los años que pasó en el sur de Francia, su cicatriz hoy era solo una pequeña línea en su rostro, que ni siquiera recordaba que estaba allí y que ya había olvidado a su antiguo prometido, que en el fondo agradecía no haberse casado, ya que encontró el verdadero amor de otra manera, no muy honrada, pero que valía cada segundo.

Sin embargo, ella sabía muy bien que para esa sociedad lo que importaba era el chisme y no la verdadera situación de las cosas.

Entonces, si esa conversación ya no era buena, iba a empeorar, porque hacia ellas se acercaba lady Lillian Tindall, sobrina de la anfitriona de la fiesta y actual esposa de su antiguo

prometido. La nueva condesa se acercaba con pasos firmes y la nariz en alto, mirando con desprecio a Madeline. Cada palabra intercambiada con Madeline, lady Lillian parecía menospreciarla y jactarse de haberse casado con Josh.

En cada encuentro que las dos tenían, Madeline se reía por dentro, al ver que la otra realmente creía que así podría alcanzarla, pero en realidad ella quería que Josh fuera feliz y si encontró la felicidad con Lillian, ella estaba en paz con eso.

—Milady, la gobernanta la está llamando —informó Lillian y, volviéndose hacia Madeline, continuó: —¿Está cansada de bailar, milady?

—De ninguna manera, lady Lillian, solo estoy usando mi tiempo de otra manera - Madeline terminó de hablar con una sonrisa irónica.

Antes de que la otra pudiera responder, lady Audrey habló: —Bueno, déjame ir, Madeline, porque las responsabilidades de la fiesta me llaman.

Y así se fueron y Madeline sintió que finalmente podía estar más cómoda, de inmediato se dio cuenta de que el aire se había vuelto más ligero al no estar con la dueña de la fiesta y su ahijada.

Fue entonces cuando volvió a mirar el reloj y vio que ya era pasada la medianoche, decidió que ya era hora de irse, después de todo, ya había hecho suficiente acto en el baile, que era una obligación para su presencia, con su padre enfermo y su hermano aún joven, recaía sobre ella la responsabilidad de asistir al menos a los principales bailes de la sociedad.

Antes amaba ir a los eventos, porque le encantaban los bailes, los coqueteos y las conversaciones que seguían, pero después de todo lo que pasó, casi todos la miraban de manera diferente.

Cuando tuvo el coraje de volver a aparecer en sociedad, muchos la veían con pena por su salud y el fin de su compromiso; otros, como la condesa, que sentían envidia de su posición, después de todo ser hija del duque de Avondale traía mucho poder en sus manos, hacían todo lo

posible para poner una fachada de compasión, destacando que su salud debió haber sido perjudicada por todo lo que pasó y pocos la miraban con verdadera admiración, porque sabían cómo era la sociedad y se regodeaban de que Madeline mantuviera la cabeza en alto y enfrentara los rumores.

Una de ellas era la familia Taylor, que ahora, para su suerte, se volvía aún más cercana, ya que la hermana del vizconde de Griffham se había casado con su primo, el lord James Hayward, y ella no podía estar más feliz de que su primo hubiera encontrado a su alma gemela.

El recuerdo de los dos la hizo sonreír mientras se dirigía a la salida para tomar su abrigo y pedir que su carruaje viniera a llevársela de esa fiesta, acompañada de su dama de compañía.

Mientras ataba la cuerda de su abrigo alrededor de su cuello, escuchó una voz que cada día se volvía más familiar.

—Veo que te estás yendo...

Madeline mientras seguía atando un pequeño lazo a su abrigo y solo después de terminar encontró su voz para responder.

—Sí, milord, me estoy yendo. —Cuando terminó de hablar, Madeline encontró la mirada siempre intensa de Arthur Conolly, el vizconde de Sandford, en su dirección.

—¿Quieres que te acompañe, milady? —preguntó con cortesía, pero ella sabía que tenía mucha más intensidad de lo que parecía.

—No te preocupes, milord, el camino desde aquí hasta mi casa es corto y mi dama me hará compañía.

—Me gustaría que te quedaras un poco más, quería invitarte a otro baile.

—Oh, milord, dentro de ese salón hay muchas otras damas que harían cualquier cosa para ser tu pareja en cualquier baile.

Él apartó la mirada y se pasó la mano por el cabello al responder: —Sí, pero todas solo

me ven como un soltero al que quieren cazar.

Llevándose la mano enguantada a los labios para contener una sonrisa, Madeline le preguntó:

—¿Y eso es malo?

—Para mí, sí, quiero una mujer de verdad a mi lado, no una adúladora —Sandford respondió, volviendo a mirarla profundamente a los ojos, y Madeline tenía la impresión de que esas palabras eran una indirecta para ella.

Madeline no apartó la mirada de la fuerza de la mirada de aquel hombre que parecía intentar decir muchas cosas, y su corazón comenzó a latir más fuerte, ya se había dado cuenta de que no era inmune al vizconde, al contrario, estaba viendo que él la cautivaba cada vez más cada día, pero mantenía una falsa fachada estoica.

Y perdida en esa bruma silenciosa, la voz de su cochero la trajo de vuelta a la realidad.

—Bueno, milord, seguiré hacia casa y lo dejaré en busca de una dama más adecuada a sus expectativas.

En ese momento, él no dijo nada, solo la ayudó a entrar en la carroza, pero antes de soltar su mano y cerrar el vehículo, Arthur, con una voz ronca, le dijo:

—No necesito buscar a otra dama, porque ya encontré a la que quiero tener a mi lado.

Las palabras, ahora directas, hicieron que sus ojos se abrieran de sorpresa, pero el lord no le dio la oportunidad de responder y segundos después la puerta de su carruaje se cerraba y Madeline soltaba el aire que ni siquiera sabía que estaba conteniendo. Envuelta en la oscuridad del vehículo, ella estaba segura, porque no le mostraría a nadie todos los pensamientos que giraban en su mente.

Pensamientos que parecían un sueño imposible de hacer realidad en su vida.



LA ESPERANZA

Los recuerdos de su tiempo en Francia estaban muy vivos mientras Madeline pensaba en sus sentimientos por el futuro marqués.

Cuando Madeline, su doncella, la gobernanta y algunos otros empleados llegaron a la casa que el duque de Avondale había proporcionado para todos, ubicada en la comuna de La Seyne-sur-Mer, cerca del puerto de Toulon, fue entonces cuando Madeline logró ver nuevamente un poco de color en su vida.

La casa, completamente blanca, estaba compuesta por dos pisos, enormes ventanas que permitían que la luz del sol entrara aún más en el espacio, habitaciones bien decoradas y un jardín enorme, lleno de árboles y flores, era como el paraíso en la tierra. La joven se emocionó al ver cómo su padre, a veces muy exigente, se había esforzado tanto en buscar una casa así para que ella pudiera comenzar a tener esperanzas de recuperarse de alguna manera.

Cuando dejó la gris y fría Inglaterra para dirigirse allí, Madeline, debido a su salud debilitada, tenía dudas de si llegaría viva a su destino. La neumonía y los dolores que había sentido durante los ocho meses desde el accidente en la casa de sus tíos parecían haberle

robado casi todo de su vida, su cuerpo se marchitó como una flor arrancada de la tierra y sentía que su vida estaba en un hilo.

Sin embargo, al llegar allí, pudo ver el mar a lo lejos y eso hizo que una pequeña sonrisa apareciera en sus labios, algo que no había sucedido en mucho tiempo.

El agradable aire logró entrar en sus pulmones como un soplo de esperanza y le hizo darse cuenta de que, si había llegado hasta allí, debía seguir esforzándose en su recuperación, aunque la idea de rendirse le pareciera más fácil.

Rápidamente, su doncella notó el sutil cambio en su rostro y se apresuró a ponerla en una silla fuera de la casa, junto al jardín, para que pudiera tomar un poco de sol por la tarde. La gobernanta, la señora Miller, trajo un jugo.

—Quédense aquí conmigo, deben estar tan cansadas como yo —les pidió Madeline, y ambas se sentaron a su lado.

—Es hermoso aquí, milady, su padre tenía razón cuando dijo que vendríamos a un pedacito del paraíso —dijo la doncella, la señora Adams, encantada con el lugar.

—Bueno, y ¿cuándo el duque hizo algo en lo que puso toda su atención y el resultado no fue muy bueno? —dijo la gobernanta y provocó que otra pequeña sonrisa brotara en el rostro de Madeline, y la más mayor continuó: —Mi niña, este será el lugar donde podrás recuperarte y renacer como un ave fénix.

La joven sintió que las lágrimas llenaban sus ojos y asintió positivamente, luego su doncella la abrazó fuertemente. Las tres permanecieron allí un rato antes de entrar y comenzar a ordenar sus pertenencias, ya que al día siguiente por la mañana llegaría el médico indicado por el Dr. McAudan para hacer la primera consulta con la joven. Madeline rezó pidiendo fuerzas a su madre para comenzar esta nueva etapa.



Desde que había regresado a la residencia ducal en Hampshire, Madeline siempre que veía el sol bien posicionado en el cielo tenía recuerdos de aquellos días en su retiro, y la sensación de esperanza que tuvo al ver aquel lugar por primera vez parecía siempre volver.

Podía ver el sol por la ventana de la habitación de su padre, a quien era inmensamente agradecida por todo lo que había hecho por ella en aquel período, después del accidente de aquella tarde lluviosa.

La lista incluía desde llamar a innumerables médicos y seguir las indicaciones de medicamentos, pasar noches en vela sosteniendo su mano cuando tosía y sus pulmones parecían fallar, gastar una fortuna enviándola a otro país y dándole el mejor tratamiento e incluso perdonar algunas de sus fallas, que ocurrieron cuando estaba lejos de casa.

Lord Thomas Gruffham, el Duque de Avondale, era un hombre exigente, pero sabía ser amable cuando era necesario, de hecho, se decía exigente con los que amaba para prepararlos para el mundo que era tan exigente como él.

Después de algún tiempo apartada y casi tres años desde aquel fatídico día, su padre entendió sus deseos y le dio independencia financiera y lo mínimo que Madeline podía hacer por él ahora, cuando su salud se deterioraba debido a la edad, era estar allí, lista para él, aunque él no quisiera mucho.

—Hija mía, puedes salir a pasear a caballo —Lord Thomas dijo a su hija entre una pequeña tos y otra. —Sé cuánto te gusta dar esos paseos cuando el sol está así, tan hermoso.

—Estoy muy bien aquí, a tu lado —Madeline le dijo, terminando de leer algunos

documentos sobre los arrendatarios de unas tierras compradas por su padre para ella. —A menos que no quieras mi compañía.

Su padre la miró con desdén.

—Jamás rechazaría la presencia de mi hija, pero estoy bien y no quiero que dejes de hacer lo que te gusta por mi causa, especialmente cuando hace tanto tiempo que no vemos el buen tiempo —el duque terminó de hablar intentando mantener la voz firme, aunque fallaba un poco.

La hija sonrió ligeramente, sabía que su padre aún intentaba mantener su pose de fuerza, a pesar de todo.

—Está bien. Si quieres quedarte solo para echar una siesta, me voy —dijo con una sonrisa y se acercó a la cabecera de la cama y, tomando la mano de su padre, la besó con cariño y volvió a hablar: —Después quiero hablar contigo sobre la decisión que creo que es la más correcta de tomar sobre las tierras del este.

—Habla de eso cuando vuelvas —respondió el duque con una pequeña sonrisa a su hija, que salió de la habitación y se dirigió hacia su caballo, no solo para cabalgar, sino también para intentar, de alguna manera, calmarse ante la posibilidad cada vez más real de perder a su padre.

El duque tenía una edad avanzada, pero era el timón de su vida desde que su madre había fallecido cuando ella tenía apenas catorce años y su adorado hermano aún era un bebé de meses.

Lord Thomas Gruffham tardó en casarse, pero cuando lo hizo, fue con la mujer que amaba y los dos vivieron felices hasta la prematura muerte de su duquesa, lady Jaqueline. La madre de Madeline se fue después de un malestar y dolores de cabeza que duraron dos semanas, su ausencia era como un puñal clavado en el corazón. Por supuesto, el tiempo ayudó a mitigar la añoranza, pero todos los días la herida dolía, ella sabía que cuando llegara la partida de su padre también sería así, aunque él ya hubiera vivido muchos años.

Pero Madeline siempre buscaba fuerzas en el recuerdo de su madre, siempre tan alegre y

sabia para enfrentar los caminos difíciles que su vida le llevaba.

Algún tiempo después de su muerte, de la cual Madeline, a duras penas, logró reponerse, después de todo era de suma importancia, ya que asumió la responsabilidad de ser una figura materna para su hermano. Madeline imaginaba que, al haber asumido esta responsabilidad y también la residencia ducal, no se identificó con ningún hombre desde su debut.

Parecía ver la vida con otros ojos, la pérdida de su madre le hizo entender que la vida era mucho más que frivolidades, como prácticamente todas las otras damas de su generación pensaban. Madeline no podía evitar mostrar esta faceta a los pretendientes que terminaron alejándose, por creer que no sería tan fácil de doblegar como la mayoría.

Por un tiempo, estuvo triste, pero cuando vio a su ex prometido como un hombre que la comprendía un poco más, pensó que era un buen arreglo, pero su destino tomaría otro rumbo, dejando marcas.

Tratando de olvidar ese pedazo de su vida, se encontró volviendo a casa con su caballo, la hora del almuerzo se acercaba y Madeline quería saber cómo había sido la clase de su hermano con uno de sus tutores. Madeline sabía que, con la partida de su padre, él sería quien más lo lamentaría, después de todo no solo perdería a su progenitor, sino que las grandes responsabilidades del ducado recaerían sobre su hermano y ella una vez más rezó a su madre para que no fuera demasiado para William.

Pero mientras su padre estuviera allí, ella quería aprovechar cada minuto de su presencia y fortalecerse para el futuro.



UNA OPORTUNIDAD MÁS

Han pasado algunas semanas desde la hermosa boda del conde y la condesa de Northen, y ahora el lord Arthur llegaba a la residencia de los Hayward ya que su primo había vuelto de luna de miel hace dos días y le había enviado una carta pidiéndole que viniera a reunirse con él para hablar sobre algunos negocios.

—Buenos días, milord —el Sr. Duncan, el mayordomo de la residencia lo saludó y tomó sus pertenencias, dirigiéndolo hacia la oficina del conde de Northen, lord James Hayward, y en cuanto entraron, el vizconde de Sandford vio cómo su primo irradiaba felicidad.

—Veo que el matrimonio te está sentando muy bien —dijo Sandford al primo y se sentaron.

Con una sonrisa amplia, el otro le respondió:

—¡Como ni siquiera yo pensé que lo haría! Lorraine se está mostrando como una gran compañera de aventuras... —Y los dos pasaron los primeros diez minutos de la conversación hablando sobre cómo había sido el viaje de la nueva pareja.

—Mi condesa está floreciendo —dijo Northen, derritiéndose por su esposa. —Cuando

volvimos, Lorraine quiso hablar de inmediato con mi madre para saber cómo podía ayudar a los arrendatarios de la región y cosas así, ¡y la dejó encantada con su actitud! —añadió el primo y Sandford se dio cuenta de que no solo Lorraine había florecido, sino que James también parecía más seguro de sí mismo, con una aura de tranquilidad y una mirada enamorada solo con mencionar a su esposa.

Después de ver cómo el primo se derretía un poco más por la nueva condesa, la conversación cambió y el tema se centró en lo que el conde quería tratar con su primo, la compra de tierras.

—Entonces, me enteré de la venta de esas tierras durante el almuerzo al que Lorraine y yo fuimos invitados por el conde de Lester.

—Parece ser un buen negocio, pero... —Sandford se detuvo cuando en su mente se materializó la figura de una hermosa mujer con cabello castaño y ojos azules penetrantes, a la que amaba ser el objetivo. —¿Esas tierras no están cerca de las que el Duque de Avondale compró para Lady Madeline?

James miró a su primo con una mirada astuta.

—¡Sí, exactamente! Y para ti, eso debería ser una ventaja...

—Deja de mirarme así, James —respondió el primo al otro, quien no dejó de soltar una carcajada y continuó: —Pero sí, esas tierras parecen ser muy fértiles, pero no tengo el valor total para comprarlas.

—Yo tampoco, sin embargo, si nos unimos, podemos comprarlas —propuso James.

—Podría ser una buena asociación... —respondió Arthur y comenzaron a esbozar cómo podrían cerrar el trato.

Las horas pasaron y los dos acordaron los puntos principales, y James redactó una carta para ser enviada al administrador de las tierras, solicitando una visita al lugar para poder hablar mejor sobre la compra.

Cuando los dos entregaron la carta al mayordomo, este les dijo que las condesas acababan de llegar.

—Ah, ¡qué bueno! —respondió el lord Northen al mayordomo y se volvió hacia su primo.
—¿Almorzarás con nosotros?

—¡Claro que sí!

—Duncan, pon otro plato en la mesa para el vizconde.

—Como desee, milord —respondió Duncan y con una reverencia salió de la habitación, y los dos se levantaron para dirigirse a la sala de visitas de la casa.

—¿Crees que lady Madeline sepa sobre la venta de esas tierras y pueda querer comprarlas? —comentó Arthur.

—Creo que sí, primo, después de todo, las tierras están muy cerca de las tuyas y como su padre, ella sabe muy bien lo que sucede en sus negocios.

—Dicen que la salud del duque no está muy bien...

—Y así es, mi madre fue allí la semana pasada y pudo ver que el lord Avondale está más debilitado, a pesar de no dejarse abatir, pero Madeline sabe que es solo cuestión de tiempo para que su padre sucumba, desafortunadamente.

Inspirando profundamente, Sandford sintió una fuerte preocupación atravesar su pecho, sabía que, desde el regreso de la dama de su exilio para tratar su salud, Avondale le había dado posesiones y directrices sobre sus negocios, ya que, en su ausencia, ella tendría los medios para mantenerse, aunque estaba seguro de que el futuro Duque de Avondale no dejaría a su hermana desamparada. Sin embargo, al ser una mujer en una sociedad que la veía con cierto desprecio por su "independencia" y los cambios trazados en su vida, el duque temía por el futuro de su hija. Después de todo, se esperaba que ella se casara, pero corría el rumor de que lady Madeline ya no quería eso para su vida.

Arthur escuchó eso hace algún tiempo, en una soirée, no aguantó y preguntó discretamente a James sobre la veracidad de esos rumores, días después, y para su consternación, el primo lo confirmó. El corazón de Arthur se entristeció, porque eso era exactamente lo que quería con ella, matrimonio.

La palabra asociada a ella parecía ser algo tan natural para él, un apretón nacía en su pecho cuando una voz interna le decía que Madeline podría nunca ser su esposa...

Viendo la expresión del primo, el conde respondió:

—Pero no te preocupes, mamá la ayudará cuando llegue el momento, y por supuesto, mi querida prima siempre tendrá nuestra amistad para cualquier ayuda también.

Los dos comenzaron a dirigirse hacia donde esperarían a las condesas, y Arthur tomó la palabra:

—Claro que ella puede contar con nosotros siempre, pero Madeline sigue siendo una mujer y podría ser tratada mal.

—Bueno, Madeline ya sabía eso cuando quiso asumir esa responsabilidad, ella no tiene intención de casarse, bromea diciendo que no quiere un esposo que pueda querer controlarla...

—¡Pero yo nunca haría eso! —respondió Arthur de inmediato al primo, quien vio allí que la llama de la pasión parecía estar arraigada.

—Bueno —respondió Northen calmadamente al primo —, ella no lo sabe... así que debes decírselo claramente.

Exhalando aire de los pulmones, Arthur respondió:

—Intento acercarme a ella, iniciar alguna conversación, pero siempre parece escapar.

—Tal vez puedas tener otra oportunidad para intentarlo.

—¿A qué te refieres, James?

—Mira, mi nueva condesa cumple años en unos días y quiero hacer una cena en su honor,

pero Lorraine quiere algo más íntimo, así que habrá pocos invitados, y por supuesto, mi querida prima Maddie está en la lista, que esta vez fue revisada por mí — Los dos rieron al recordar un cierto episodio pasado en el que ocurrieron errores en la lista de invitados, y el conde continuó: —Y tal vez, con una recepción más íntima, puedas captar la atención de lady Avondale.

Los ojos de Arthur brillaron.

—¡Haré mi mejor esfuerzo!

Y llegaron a la antesala para esperar la llegada de las condesas, James sirvió una copa de coñac para él y su primo, volviendo a hablar sobre los asuntos de las tierras, pero el corazón de Arthur ahora latía más rápido con la posibilidad de poder estar una vez más con Madeline, su mente ideaba formas de estar cerca de ella y poder decirle todo lo que sentía.

Estaba seguro de que sus miradas y algunas actitudes demostraban que él la veía mucho más allá de su estatus, pero Madeline podría interpretarlo de manera equivocada y él necesitaba poner las cosas en claro, y eso comenzaría en esa cena.



—Estas tierras parecen ser más vastas de lo que imaginé—, fue lo que dijo el conde de Northen después de unos minutos de caminata junto a lord Arthur y el administrador, Sr. Bercley.

—Sí, milord, son buenas tierras, aunque necesitan algunas inversiones... —dijo el administrador al conde, sujetando su gorra.

—Sin duda necesita algunas mejoras, de lo contrario no estarían a la venta a este precio, a pesar de ser una buena cantidad —concluyó Sandford y los tres continuaron un poco más hacia

el norte, donde estaba la primera delimitación de tierras. Mientras conversaban, escucharon acercarse a unos caballos y al voltearse, vieron a tres jinetes y aunque estaban a una buena distancia, Arthur sintió que su cuerpo reaccionaba, era Madeline en uno de los animales.

Su caballo negro parecía un trono para ella, que tenía una postura de reina mientras cabalgaba y se acercaba a la cerca que los separaba, ella también los reconoció y apretó el paso del caballo para llegar hasta ellos.

—¡Buenos días! ¡Qué sorpresa verlos aquí!

Ella no estaba mirándolo directamente cuando los saludó, pero Arthur sentía los latidos de su corazón acelerarse solo por ver esa sonrisa que les dio.

—Mi señora —el administrador de tierras hizo una reverencia un poco demasiado formal, Arthur lo notó.

En respuesta al saludo, los nobles se quitaron los sombreros y el conde habló:

—Milady, es muy bueno verte también, ¿cómo estás? ¿Y el duque?

—Estoy bien, el duque está mejor esta semana —respondió ella, bajándose de su caballo sin darse cuenta de lo mucho que Arthur apreciaba su gracia. —El Sr. Travis, mi dama de compañía y yo estamos regresando de una visita que hicimos a uno de nuestros arrendatarios y los vimos a ustedes.

—Y nosotros estamos aquí para echar un vistazo más de cerca de las tierras que están en venta —contó el conde.

—¡Ah, sí! Me informaron de esa venta... si tienes dudas sobre comprarlas, primo, puedes estar seguro de que son tierras muy fructíferas y el Sr. Bercley es un administrador dedicado.

—Bueno, después de esa referencia, ni siquiera necesito pensar mucho para cerrar el trato - Rieron y James atrajo al primo a la conversación. —¿No crees, Sandford?

Pasaron unos segundos para que él reaccionara, Arthur ya era un hombre hecho y

derecho, no era un niño, pero siempre era así cuando estaba cerca de Madeline, su actitud austera y seria, que a menudo se confundía con altivez y él mismo no se esforzaba mucho por cambiar esos rumores, todo perdía efecto con la mera atención de ella.

—Sin duda, con las palabras de lady Avondale, creo que no tenemos mejor recomendación —pero para conquistarla, él sabía que necesitaba tener más acción, aunque todo lo que más quisiera fuera quedarse admirándola todos los días. Así que dio algunos pasos hacia ella y vio más de cerca ese rostro que lo había acompañado durante mucho tiempo en sueños. —Pensamos que milady le interesarían estas tierras.

Ella se volvió hacia él y respondió:

—Realmente me interesa, después de todo, esto aumentaría mis tierras, pero estoy apuntando a otra inversión que el duque y yo ya queríamos comenzar, pero no estábamos teniendo éxito, pero ahora tendremos esta oportunidad.

—¿Se trata de los barcos? —Northen preguntó en voz baja, también acercándose.

Ella respondió asintiendo con una sonrisa encantadora, que hizo que otra parte del cuerpo de Arthur reaccionara y se recriminó por eso, no era el momento ni el lugar para una reacción así, si ella se diera cuenta, ¿qué pensaría de él?

Entonces se volvió hacia un lado para distraerse y el primo continuó hablando con ella, pero pronto Arthur la escuchó invitando a los dos a almorzar en su compañía.

—¿Sería un placer, prima, vamos, Sandford? —James preguntó, tranquilo, con un aire relajado, pero mirando a su primo, sus ojos demostraban que sabía que el otro aceptaría la invitación incluso si tuviera que caminar kilómetros para el almuerzo.

—¡Claro! —respondió él con una sonrisa y Madeline señaló la ruta que debían seguir con el carruaje, para rodear las tierras y llegar más rápido a la residencia del duque de Avondale, y pronto los dos subieron a su carruaje.

Tan pronto como el vehículo se puso en movimiento, Northen miró a su primo con una

mirada esperanzadora.

—Sí, la vida te está dando una ayuda para estar más cerca de alguien.

—Quiero mucho más que simplemente estar cerca de ella —Sandford respondió, dándole un pequeño golpecito en la rodilla al hombre frente a él.

—Entonces, trabaja para conseguirlo —fue la respuesta directa del primo.



UNA CONVERSACIÓN INESPERADA

No se movían con la rapidez que el corazón de Arthur exigía para estar en compañía de lady Madeline nuevamente, pero en pocos minutos ya se encontraban frente a la hermosa residencia de la familia, la cual era imponente entre los árboles y las rosas de colores variados que enmarcaban el lugar.

Arthur supo hace poco tiempo que eran las favoritas de Madeline, después de haberla escuchado hablarle a su tía Maggie, cuando la buscaba para despedirse después de aquellos días en su casa, cuando todo sucedió en el primer baile en la casa Hayward.

Y para su felicidad, pronto él y su primo estaban descendiendo y siendo recibidos por el mayordomo, y cuando entraron, Madeline ya los esperaba junto a una sorpresa, el duque de Avondale sentado cerca de la chimenea.

—Su Excelencia, ¡qué alegría verlo! —El conde de Northen fue el primero en acercarse a saludar al duque.

Avondale le sonrió.

—También estoy muy feliz de verlo, joven, y debo felicitarlo por su hermosa boda, como me dijo mi hija, le deseo la misma felicidad que tuve al lado de mi duquesa.

—Muchas gracias, milord —respondió el conde, emocionado. —Y le agradezco por el regalo, a la condesa le gustó mucho.

—Me alegra que les haya gustado, especialmente a la novia, fue un regalo dado con mucho cariño —respondió el duque al joven que vio crecer y convertirse en un hombre, que ahora estaba formando su propia familia y trazando, como conde, su propio camino, y continuó hablando: —Pero veo que tenemos otro noble caballero como visita. —Lord Thomas volvió sus ojos hacia lord Arthur, quien observaba la interacción entre su hija y el futuro marqués a dos

pasos de distancia.

—Su Excelencia, estoy muy contento de ver que se está recuperando —dijo Arthur con una pequeña reverencia.

—Bueno, recuperándome exactamente no sé, ¡pero no me doy por vencido! —Una sonrisa iluminó los rostros de los cuatro, especialmente la hija que rogaba a Dios que su padre pudiera vivir más tiempo.

—Y lord William, ¿cómo está en Eton? —preguntó Northen.

—¡Ah, mi aprendiz de duque está bien y dedicado a sus estudios! —respondió Avondale y su hija completó:

—Mi hermano se ha convertido en uno de los favoritos del director de la escuela por su "sabiduría precoz", como él mismo afirmó en sus cartas al Duque.

—En resumen, ¡será un duque impecable! —Todos sonrieron con las palabras de Avondale.

Y al ver esa escena, Arthur se dio cuenta de que hacía meses que no veía al duque frente a él y le vinieron a la mente las palabras de su primo de que lord Thomas estaba bastante abatido, pero sus ojos, que parecían más de un águila, seguían muy vivos.

Siguieron conversando un poco más y tanto James como Arthur le contaron al duque su deseo de comprar las tierras donde Madeline los encontró, a lo que él respondió dándoles referencias sobre las tierras y exponiendo algunas ideas sobre qué podrían cultivar para obtener ganancias más rápidas.

Ambos quedaron admirados de que, a pesar de su avanzada edad, lord Thomas tuviera ideas tan audaces y estuviera al tanto de las novedades.

—Señores, la comida ya está servida —anunció el mayordomo de los Gruffham, y allí fueron ellos para el almuerzo, que continuó con una conversación muy tranquila. El duque

contaba de vez en cuando algunas de sus historias a los dos, y Madeline estaba encantada de ver lo contento que estaba su padre con esta visita inesperada.

Pero estaba aún más encantada con el lord Arthur, que estaba tan bien vestido como la última vez que se vieron en el baile. Sus ropas eran más sencillas, ya que había estado caminando por el campo, pero aún así le conferían una elegancia que solo había visto en unos pocos caballeros. También notó cómo Sandford prestaba atención a cada palabra de su padre, tratando de absorber de alguna manera la sabiduría que el duque destilaba en esa conversación más relajada.

—Y mientras conversábamos con el administrador de las tierras, lady Madeline nos encontró —dijo Arthur dirigiéndose al duque, pero luego se volvió hacia ella. Sus miradas se cruzaron y, después de unos segundos, concluyó: —Y milady tuvo la amabilidad de confirmarnos que esas tierras son excelentes y, por supuesto, no necesitamos más incentivos para cerrar la compra.

El duque una vez más vio una chispa en el velado intercambio de miradas, pero fingió no darse cuenta, al menos por ahora.

La conversación tomó otros rumbos y, cuando terminaron la comida, los cuatro caminaron tranquilamente hacia la sala de visitas de la casa. Y después de estar allí, en una conversación distraída sobre las tierras, una vez más el mayordomo se les acercó.

—No se preocupen, una vez más interrumpiéndolos, pero quiero informarle a la señorita que su caballo acaba de llegar.

Madeline se levantó de un salto del sillón en el que estaba sentada.

—¿Ya llegó? ¿Pero no era mañana? —Miró a su padre con duda.

—Bueno, el clima en estos días está más seco, hija mía, eso debe haberles ayudado a llegar más rápido —respondió el padre.

—Ah, ¡qué bueno! —Madeline abrió una gran sonrisa que provocó celos en Arthur,

porque él quería ser el responsable de hacerla sonreír de esa manera. En ese momento, el primo preguntó si el caballo en cuestión era el que ella había mencionado durante su matrimonio.

—Sí, primo, el mismo, ¡vamos a verlo! —Aceptó el brazo del conde y se volvió hacia su padre y Arthur. —¿Ustedes también vendrán?

Y con un gesto de mano, el padre respondió:

—Pueden ir delante, el vizconde me ayudará a seguir detrás de ustedes.

Abriendo aún más la sonrisa, ella fue con Northen a ver el caballo.

Arthur rápidamente se levantó para ayudar al duque a levantarse, pero él tenía otros planes.

—Siéntate aquí a mi lado, Sandford, quiero hablar contigo rápidamente.

El futuro marqués se dio cuenta por la mirada del duque que él no estaba pensando en ir a ver los caballos y dijo:

—Sí, su excelencia, puedes hablar.

—Vamos a dejar de lado algunas de estas formalidades por un momento... — Escuchó al duque y un millón de temas pasaron por su cabeza, pero no estaba preparado para lo que iba a escuchar.

—Quiero hablar contigo de manera franca —Avondale dijo y al ver al otro asentir con la cabeza de forma afirmativa, pronunció las palabras que Arthur nunca esperó escuchar de manera tan directa. —Me he dado cuenta hoy y en otras ocasiones de la forma en que miras a mi hija, es mucho más que una simple amistad que sientes por ella.

Arthur sintió cómo la sangre abandonaba su rostro, abrió la boca para hablar, pero no salió nada. Al ver su falta de reacción, el duque continuó:

—No te preocupes, tus miradas hacia ella no son tan evidentes.

Arthur soltó el aire de sus pulmones, estaba horrorizado porque pensaba que no podía

ocultar un poco de los sentimientos que tenía hacia Madeline y que crecían cada día.

—Entiendo, ya que soy un hombre que siempre ha buscado observar a las personas, pero, además, me recuerdas cómo me sentí cuando me enamoré de mi Duquesa, tenías esa misma mirada hacia ella.

Arthur bajó la cabeza, por primera vez se sintió vulnerable frente a alguien con mucha más experiencia que él, y un poco avergonzado por no haber disimulado bien sus sentimientos hacia la hija del duque, tratando de decir:

—Mira, Su Excelencia, aprecio mucho a su hija, no piense que estas miradas son de alguna manera irrespetuosas.

—No tuve esa impresión, joven, por eso te dije que quiero tener una conversación franca contigo.

—Sí... —Arthur terminó sonriendo un poco más tranquilo y dijo: —Su hija para mí es la joya más hermosa de la corona.

—Lo sé, —respondió el duque y miró hacia el hermoso retrato de la duquesa que estaba en esa habitación. —Ella es igual a su madre, hermosa, inteligente, amorosa y fuerte como un cristal, pero no pude evitar algunos arañazos en esa superficie.

—Imagino que todo lo que lady Madeline ha pasado no debe haber sido fácil...

—Y no lo fue, como padre, quería tanto poder chasquear los dedos y evitar que algo pudiera lastimarla, pero no logré hacer ese milagro, y lo que puedo hacer es estar a su lado.

—Pero si me permite decir, la admiro mucho por mantener la cabeza en alto ante estas personas que hablan demasiado.

El duque miró otro cuadro que retrataba a su hija y dijo:

—No fue fácil, pero si pude ayudarla en algo, fue transmitirle toda mi fuerza para que Madeline pudiera de alguna manera superar las adversidades, pero sé que ella no es

completamente feliz...

—¿Qué quiere decir?

Y volviéndose hacia Arthur, el duque respondió:

—Quiero decir que ella ha abandonado su deseo más íntimo, ser amada y dejarse amar, tener una familia.

Arthur no dijo nada, ya que el apretón en su corazón por las palabras del duque le impidió formar una frase coherente, tener la confirmación de esta situación por parte de su padre era muy doloroso, pero el duque volvió a decir:

—Le dije que debería darle una oportunidad a algún hombre honorable, pero debido a algunos contratiempos que la vida le ha traído, a Madeline no le gusta hablar del asunto.

El más joven una vez más bajó la cabeza y al ver su reacción entristecida, el duque comenzó a llegar al punto de la conversación que quería.

—Pero sé que esta situación no te hace feliz y por eso te pregunto, Sandford - con la llamada, Arthur levantó la mirada y el duque volvió a decir: - escúchame y sé sincero conmigo, ¿qué sientes por mi hija? ¿Piensas cortejarla?

Por segunda vez en menos de diez minutos, el futuro marqués se vio totalmente sorprendido por las palabras del duque, nunca en mil años esperó que esta visita suya resultara en una situación como esta, pero si había alguien en el mundo que pudiera ayudarlo, ese alguien era el padre de Madeline y decidió decir lo que realmente sentía.

—Me he enamorado de su hija, su gracia, y cada día que pasa, no puedo ocultar más este sentimiento —dijo, mirando directamente a los ojos del duque.

Segundos después de su declaración, el padre de Madeline abrió una pequeña sonrisa y continuó: —Entonces, conquistala, Sandford, mi hija ha pasado por momentos difíciles, pero puedo garantizarte que su corazón es bondadoso y amable.

—Es lo que he estado intentando hacer...

—Sé que ella puede no parecer receptiva, conquistala con las pequeñas cosas, el amor está hecho de detalles.

Y sonriendo, él dijo:

—Seguiré tus consejos, gracias.

Y mirándolo más directamente, Avondale concluye: —No sé si podrás conquistarla mientras yo esté en esta tierra, pero sabes, Sandford, que estoy muy a favor de que estén juntos, sé que eres un hombre honrado, que vienes de una buena familia y que cuidarás muy bien de mi niña y no querrás cortarle las alas.

—Ten la seguridad de que no lo haré, su gracia, y haré todo lo posible para honrar su confianza.



UNA CENA DE CUMPLEAÑOS

Algunos días pasaron y finalmente llegó el cumpleaños de la nueva condesa de Northen, para la felicidad de James.

Preparó algunas sorpresas para su amada y tuvo que contar con la ayuda de su madre y los criados para esconder lo que compró para regalarle.

El conde estaba inquieto por comenzar este día especial, no quería despertarla, aunque ansioso por entregarle el regalo, un poco después de los primeros rayos de sol aparecer en el cielo, salió sigilosamente de la habitación de su amada y se dirigió a su habitación, al lado, por el pasaje que los conectaba, donde su ayuda de cámara lo vistió con su ropa de montar, después de todo, solo un buen ejercicio con su caballo para controlar su ansiedad.

Cuando regresó, todavía había una fina niebla sobre el lago de la casa, su mente pronto le recordó un día del año pasado, cuando recibió a varias personas, ya como conde de Northen. Esos días cambiaron su vida y el recuerdo hizo que una sonrisa alegre se dibujara en su hermoso rostro.

Corrió hacia el establo, dejando allí su caballo. Al entrar en su casa, fue recibido por su valet, quien le solicitó que se preparara un baño, ya que quería encontrar a la cumpleañera del día

en su estado más perfecto.

Así se hizo y momentos después, James ya estaba arreglado y sosteniendo las rosas que acababa de recolectar para entregar a su amada Lorraine.

Su valet le informó que su esposa todavía estaba durmiendo. Sin poder esperar más, entró en la habitación y cuando cerró la puerta, los hermosos ojos de su condesa lo miraron, aún un poco somnolientos. La sonrisa que ella le dio fue suficiente para hacer que todo su cuerpo se agitara.

—Buenos días... —ella dijo, acomodándose en la cama.

James comenzó lentamente a acercarse a la cama, para grabar una vez más todos los detalles de ella en su mente. Cuando estuvo más cerca, colocó las rosas rosas que tanto le gustaban frente a su cuerpo.

—Qué hermosas, James —ella dijo, sentándose en la cama y recibiendo las flores.

—Son solo un pequeño gesto para desearte feliz cumpleaños y decirte que te amo mucho.

Ella abrió una sonrisa casi avergonzada ante la declaración de su esposo, y respondió pasando sus brazos alrededor de él:

—Yo también... me haces tan feliz.

James la abrazó y mirando profundamente en esos ojos, que eran la puerta de entrada al corazón de la persona que era todo en su vida, la besó con todo el amor que podía expresar.

Después del beso lleno de promesas, los dos se quedaron allí por un tiempo conversando, y después de algunos minutos, el conde la ayudó a vestirse y se dirigieron a la sala de desayuno.

La condesa vio una casa ampliamente decorada con varias flores y su suegra, lady Margareth, esperando con una sonrisa en los labios.

—¡Ah, querida, felicidades! —Lady Margareth la saludó alegremente y las dos se abrazaron, mostrando mucho cariño.

Después de sentarse para comenzar el desayuno, cuando todo ya había sido servido, lady Margareth entregó a Lorraine una caja rectangular de terciopelo azul.

—Este es tu regalo, querida.

La condesa colocó la taza de té en la mesa y, al abrirlo, quedó maravillada con el peine de cabello engastado de perlas que veía frente a ella.

—¡Es hermoso, muchas gracias! —Lorraine se levantó y abrazó a su suegra.

—Vi cuando te enamoraste de este peine y pensé que te quedaría muy bien.

El conde dejó a las dos conversando un poco más y cuando terminaron, llevó a su esposa a una de las habitaciones en el segundo piso, para finalmente mostrarle lo que le había comprado.

Y cuando empezó a mostrarle, Lorraine ni podía creer que James se había esforzado tanto en comprar: libros que ella mencionó que le gustaría leer; semillas de flores para que ella las plantara en el jardín; telas provenientes de India para que pudiera hacer varios vestidos y, por último, un collar de diamantes y zafiros.

—Y los zafiros azules son para combinar con tus ojos.

Lorraine miraba incrédula todo eso y su primera reacción fue abrazarlo fuertemente y agradecerle.

—Esto es lo mínimo que puedo hacer por mi condesa.

—¡Ah, mi amor, no tengo cómo agradecerte!

—En realidad, sí hay... —dijo James con un tono de voz atrevido.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Lorraine, ya con las mejillas sonrojadas.

El conde la abrazó y susurró en voz baja en su oído:

—Permíteme dormir contigo todas las noches...

Una risita escapó de los labios de ella y aprovechando la cercanía, Lorraine lo besó con

toda la pasión que su esposo lograba despertar en ella, y después de unos minutos ardientes, finalmente se separaron.

—Voy a usar estas joyas esta noche en la cena y espero que todos vengan —dijo la condesa, cambiando un poco de tema.

—Arthur también espera —respondió James, arreglándose el cabello, que estaba un poco despeinado, pero la frase llamó la atención de su esposa, quien lo miró sin entender bien lo que su marido había dicho.

—¿Sandford espera a alguien en esta cena?

—Espera... —dijo el conde en voz baja, en tono de confidencia. —Arthur está tratando de conquistar a una cierta dama que vendrá.

La condesa no pudo ocultar su sorpresa, el primo de su esposo era un hombre muy guapo e inteligente. Con ella, el futuro marqués, siempre era muy atento, pero nunca había notado ningún interés por parte de él hacia ninguna dama.

—¿Puedo saber quién es?

—Puedes, pero prométeme discreción.

—Claro, James, nunca expondría a tu primo.

Acariciando la mejilla de su esposa, él continuó:

—Arthur está enamorado de Madeline...

— ¡Ah! —Lorraine casi no podía creerlo. —¿De Maddie?

—Sí, pero ella no le presta mucha atención.

—Pero ella no presta atención a ningún caballero.

—Lo sé... —James dijo con expresión de derrota. —Es una lástima, creo que harían una hermosa pareja.

—Estoy de acuerdo contigo, pero, mi amor, ¿por qué Madeline tiene esta actitud de evitar a los caballeros? Es una mujer tan inteligente, hermosa y fascinante...

—Es precisamente por eso, mi querida, mis pares, en su mayoría, quieren una esposa como adorno, para controlarlas, y después del accidente que sufrió, Maddie volvió con otros objetivos en su vida.

—Entiendo, por lo que sé, a grandes rasgos, estuvo entre la vida y la muerte...

—Estuvo, sí. Es un milagro que esté viva y muy bien hoy en día, pero fue un largo camino que tuvo que recorrer.

—Bien... - Lady Northen respondió a su esposo, ella había, sin querer, entrado en este tema en una ocasión con Maddie y vio una sombra de tristeza pasar por esos ojos. La hija del duque habló poco sobre lo que fue ese período tan complicado que Lorraine solo podía imaginar cómo debió haber sido.

—Bueno, hoy Sandford va a intentar una vez más llamar su atención.

—¿Podemos ayudar? —Lorraine preguntó a su esposo, quien la miró con una mirada de camaradería.

—Si logras hacer que los ojos de Madeline miren con más atención a mi primo, él te lo agradecerá toda la vida.

—Ah, me esforzaré por eso, ¡comenzando por sentarlos juntos en la mesa de la cena! — Dijo ella, con una sonrisa feliz, a su esposo, quien no pudo resistirse y la atrajo para otro beso prolongado, y como estaban en su propia casa, el conde podía darse el lujo de tener este intercambio de caricias a plena luz del día.



— ¡Bienvenida, milady! — saludó el mayordomo a Madeline, que acababa de llegar a la casa de los Haywards para la cena de cumpleaños de la nueva condesa.

— Buenas noches, Sr. Duncan, ¿todos ya han llegado? — preguntó ella y recibió la respuesta que imaginaba, todos ya estaban en la sala de visitas, a la cual él la estaba guiando. Su retraso no fue debido a algún retraso al arreglarse, sino por el estado de salud de su padre, que empeoró ligeramente. Su corazón dolía al ver a su padre deteriorándose, el duque se sintió mal durante toda la mañana y ella solo estaba allí porque quería mucho participar en este cumpleaños de Lorraine, a quien comenzó a considerar como una hermana menor, y porque al final de la tarde su padre logró comer mejor y ella lo dejó durmiendo tranquilamente.

Pero mientras caminaba por la residencia de los Haywards, intentaba sacar de sus pensamientos esta situación, al menos durante unas horas, y tuvo una gran ayuda, porque en cuanto entró en la sala donde estaban los invitados, su atención fue rápidamente capturada por un guapo hombre que sostenía un vaso de whisky y la miraba con una mirada que se asemejaba a la de un leopardo.

¡Dios mío, cómo puede ser tan guapo! - Fue el primer pensamiento que se formó en su mente cuando vio al lord Arthur. Cada día se fijaba más en él, también era imposible no hacerlo, porque cada vez que él le dirigía una mirada, Maddie sentía su piel arder.

Haciendo el papel de alguien que no le prestaba atención, ella se dirigió con una sonrisa abierta hacia Lorraine.

— ¡Mi querida!

— ¡Milady! — Lorraine abrió una sonrisa tan alegre como la de la invitada y los dos pronto se abrazaron fuertemente.

— ¡Felicidades! — Madeline dijo, entregando una caja de terciopelo. — Este es tu regalo, espero que te guste mucho.

— Sin duda lo será, ¡tener un buen gusto como el tuyo es una meta que quiero alcanzar! -

Y abriendo discretamente el regalo, lady Northen vio un hermoso broche en forma de hoja de oro, con pequeñas piedras de diamante incrustadas.

—¡Es precioso! —dijo la más joven y abrazó de nuevo a la dama que acababa de llegar.

Las dos seguían conversando por separado cuando el conde entró en la sala y fue a saludar a su prima.

—¡Qué bueno que pudiste venir, prima! —dijo Northen, dando un beso casto en su mano.

—Dejé al duque descansando y por eso llegué un poco tarde, pido disculpas.

—No tienes de qué preocuparte, ¡estoy muy feliz de que estés aquí para celebrar conmigo! —dijo la condesa.

La condesa viuda también se acercó a hablar con Madeline y la fiesta continuó con Arthur mirándola desde lejos, deseando estar más cerca de la dama, pero sabiendo que la mirada que le había dirigido al aparecer había sido intensa. Casi estaba sufriendo una apoplejía pensando que ella no vendría por su retraso, pero en cuanto su figura se materializó frente a él, toda la ansiedad se convirtió en una mirada ardiente hacia ella.

Arthur se dio cuenta de que su mirada la había hecho estremecer un poco, aunque hacía todo lo posible por no demostrarlo. Ya conocía ese juego suyo y estaba más que preparado para jugar y hacer todo lo posible para ser el ganador y ganar su corazón.

Pasó algún tiempo y cuando Arthur terminó su segunda copa de whisky, finalmente la cumpleañera anunció que la cena estaba servida. Dejó la copa de cristal en una pequeña mesa de mármol y siguió con los demás invitados hacia donde se serviría la cena.

Como la nueva condesa no quería tanta formalidad en su fiesta de cumpleaños, todos entraron juntos en el comedor. Arthur la seguía con los ojos, pero tanto él como lady Avondale no se imaginaban el pequeño detalle orquestado por la cumpleañera: ambos serían sorprendidos.



UN LUGAR ASIGNADO

Mientras los invitados se acomodaban alegremente en sus lugares asignados, Arthur se dio cuenta solo unos segundos después de donde había sido ubicado.

Una hermosa tarjeta con su nombre en letras doradas mostraba el lugar donde debía sentarse y a su izquierda se encontraba nada menos que lady Avondale. En su interior, una inmensa alegría se apoderó de él y pensó que esto, sin duda, era una pequeña artimaña de su primo o de la nueva condesa. Arthur necesitaba enviar un regalo al matrimonio como agradecimiento por el arreglo que se había hecho.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro y se volvió tranquilamente hacia su compañera y dijo:

—Buenas noches, milady.

Madeline, que se estaba acomodando en su silla mientras conversaba con otra dama que estaba cerca, se giró con ese aire majestuoso y característico de ella.

—Buenas noches, milord.

Él hizo una pequeña reverencia y acomodó la silla para que ella se sentara, lady Madeline

vio de reojo la tarjeta con el nombre del caballero que estaría a su lado, su corazón latió más fuerte, Sandford estaría a su lado durante toda la cena, intentó no mostrar su inquietud y luego dijo:

—Debo decirle que es un honor estar a su lado en esta cena festiva.

—Aprecio el elogio, milady, y sepa que el honor es todo mío. —La respuesta fue educada y no mostraba en absoluto cómo su interior estaba agitado, por lo que decidió cambiar de tema. —Le deseo una pronta recuperación a su padre, James me dijo que no se encontraba bien durante el día.

Al mencionar él a su padre, todas las preocupaciones volvieron a su mente y ella respiró profundamente para mantenerse tranquila y respondió con una pequeña sonrisa.

—Gracias.

Sandford ya se había sentado a su lado y después de intercambiar una significativa mirada, comenzó a servirse la cena. El futuro marqués hizo lo que su primo le había dicho, intentó de todas las formas tener una conversación más ligera, él que nunca había tenido problemas para mantener una conversación con una dama, comenzó a darse cuenta de cuánto su presencia podía afectarlo y provocar cierta timidez.

Arthur no sabía con certeza si era ese aire majestuoso de ella, su belleza resplandeciente o su afilada conversación lo que más lo cautivaba, el caso era que durante toda la cena, a pesar de emplear todo su repertorio de conversaciones, le costaba ver un destello en esos inquietantes ojos. El vizconde pedía a los cielos que estuviera yendo por el camino correcto, pero aún no podía estar seguro.

Madeline, por su parte, respondía de forma educada, sin embargo, con el tiempo, él veía en su mirada una cierta llama de atracción y esperaba que su intuición lo estuviera llevando por el camino correcto y leyendo correctamente sus emociones.

La cena continuó y Madeline intentaba mantener la calma, lo cual era difícil teniendo a

ese hombre a su lado, su aroma amaderado la invadía cada vez más con cada minuto. Sus cálidas sonrisas eran capaces de derretir el hielo y también su corazón.

Ella intentaba no mirar tanto al apuesto hombre a su lado, pero sus ojos traidores querían verlo y comenzó a darse cuenta de que su elegancia viril escondía un aire felino que ella quería poner a prueba.

Una voz dentro de ella la reprendió, no debía querer eso e intentaba a toda costa mantener su corazón ingenuo, que saltaba con cada sonrisa que él le daba, quieto, no podía ceder, era lo que se decía a cada minuto.

Cuando la cena terminó, fue un alivio. Tendría un tiempo sin tener aquellos ojos clavados en ella, sin embargo, cuando se levantó, Arthur le extendió la mano y en el momento del contacto piel con piel, sucedió. Sintió un calor abrasar su cuerpo, sus ojos la miraban con una emoción que era mitad cariño, mitad deseo y Madeline sabía leer bien las señales de un hombre, pero esta vez no quería huir, de hecho, quería perderse allí, quedarse, buscando una serenidad que cada vez estaba más lejos de alcanzar, logró deshacerse sin mostrar mucho de lo que sentía.

Su corazón se aquietó, entonces la condesa viuda se pronunció e informó a los invitados que, después de que los caballeros tomen su vino, debían dirigirse a la sala de música, ya que la condesa de Northen iba a tocar el piano para ellos. Y tan pronto como los hombres se reunieron con las damas, fueron acomodados rápidamente en la sala indicada y, poco tiempo después, una melodía suave como la brisa de primavera llenó el silencio.

Después de una hermosa presentación, Lorraine fue aplaudida con entusiasmo, y sin duda el más eufórico era su marido, James, que se levantó y, para la conmoción de la audiencia, besó el rostro de su esposa, y todos pudieron ver el cariño que había entre ellos.

Después de esta demostración de cariño, las conversaciones se calmaron. Madeline fue a tomar aire al balcón de la casa de los Haywards, sin embargo, se mentía a sí misma al decir que solo estaba allí para eso, su mayor deseo se hizo realidad cuando escuchó pasos acercándose y al

escuchar la voz de Arthur, una parte dentro de ella saltó de alegría.

—¿Te cansaste de la conversación con las damas, milady?

Le tomó unos segundos responder con una voz más firme ante su presencia, que cada día la volvía más sensible.

—No, milord, solo vine a tomar un poco de aire aquí y aprovechar la brisa de primavera.

—No siempre podemos estar aquí por la noche sin sentir frío.

—Exactamente —respondió Madeline, volteándose hacia él y manteniendo su distancia, esa conversación seguiría un rumbo que ella no había planeado, pero una parte dentro de ella lo quería, y mucho.

Arthur tardó en hablar, solo quería mirar a Madeline, intentando descifrarla antes de finalmente continuar:

—Milady, perdóname por lo que voy a decir, pero si crees que lanzándome esa mirada majestuosa que das a todos los demás caballeros me alejará, debes saber que conmigo tiene el efecto completamente contrario.

Punto para él. —pensó Madeline. Sí, normalmente su actitud solemne y altiva tenía el efecto de alejar a los caballeros que la encontraban demasiado brusca y soberbia, lo hacía para demostrar que no era una mujer que se sometería a los caprichos de un hombre, pero Arthur incluso en eso era diferente.

—No quiero alejar a nadie, milord. —Fue la mejor respuesta que pudo dar ante sus palabras directas.

—Qué bueno, porque lo último que quiero es alejarme...

Y la noche se volvía aún más asombrosa con esas palabras, que hicieron que su cuerpo se tensara, Madeline sintió que su corazón latía fuertemente en su pecho, rogó a los cielos que él no escuchara el sonido.

Con un tono de voz firme, pero cauteloso, Arthur volvió a hablar:

—Necesito decir lo que ha estado atrapado en mi garganta durante mucho tiempo...

"¡Por Dios, iba a declararse!" Una parte dentro de ella estaba agitada de ansiedad, eso era lo que quería, ocultaba ese deseo de sí misma..., pero la parte racional todavía era muy fuerte, por todo lo que tuvo que pasar años atrás, así que tomó el control de la situación.

Ella dio dos pasos hacia atrás, pues necesitaba salir de allí muy rápido, sin embargo, en cuanto hizo ese movimiento, Arthur agarró su codo.

—Por favor, no te vayas. No necesitas responderme nada, solo escúchame.

—Milord, llevo algún tiempo aquí afuera y... —dijo ella, tratando de mantener su apariencia controlada, ya que él seguía sujetando su brazo con cariño, ese pequeño gesto parecía quemar su piel.

—Madeline, por favor, no te quitaré mucho tiempo... —Sabía que ella estaba huyendo, pero esa noche no pasaría sin que él hablara al menos un poco de lo que sentía.

—Podemos hablar después, milord, ya he pasado mucho tiempo aquí - respondió Madeline, dando algunos pasos más hacia atrás, haciendo que la mano de él perdiera el contacto con su piel, pero Madeline podía sentir el calor que él dejó y se marchó dándole la espalda, literalmente huyendo, si Arthur decía lo que ella imaginaba, no tendría fuerzas para impedirle nada.

El vizconde, por su parte, la miraba alejarse de él con pasos firmes y sus ojos quedaron perdidos, aún mirando la puerta por donde ella entró.

—Ah, Madeline, no me rendiré tan fácilmente contigo, como lo hicieron los demás —dijo él como un gruñido para sí mismo.

El pequeño toque en su piel tuvo proporciones asombrosas, sentía su sangre correr más rápido por su cuerpo, la boca estaba seca y aún podía percibir su perfume en su olfato, Arthur

nunca se había sentido así solo por tocar a una mujer, pero cada oportunidad que tenía de estar a su lado, las sensaciones en su cuerpo aumentaban.

Cuando se sintió más dueño de sí, volvió al interior de la residencia de su primo, para, una vez más, pasar la noche admirando a la mujer que hacía que su corazón, mente y cuerpo se conectaran en la misma frecuencia deseando tenerla en sus brazos.



UN AMOR FLORECIENTE

Madeline, se encontró recordando su tiempo en Francia mientras se recuperaba de su accidente.

Después de varias consultas con el médico que cuidaba sus pulmones, el Dr. Leblanc, Madeline podía sentir que realmente estaba mucho mejor, ya que ya podía respirar sin mucha dificultad.

Sin embargo, el médico le pidió que continuara con el tratamiento, ya que, a pesar de la mejoría, todavía tenían un camino por delante para su completa recuperación, algo que Madeline aceptó de buen grado, así como la indicación que el Dr. Leblanc le dio para otro amigo médico, para finalmente cuidar de los dolores en sus caderas, otra marca del accidente.

Y por eso esa mañana, un poco en contra de su voluntad, ya que no quería salir de casa, ya que el casulo creado por ella en su nuevo hogar le daba cierta seguridad, fue con su dama de compañía a la clínica del Dr. Hubert y pronto fueron dirigidas a una sala de espera para esperar al médico.

Pasaron algunos minutos y Madeline pidió algo para beber, su boca estaba seca debido a la ansiedad que se había instalado en ella y la Sra. Adams se ofreció a ir a buscarlo. Después de

su salida, una puerta se abrió y Madeline reconoció al médico que había ido a su residencia dos semanas antes para una primera consulta, pero otro hombre al lado del médico fue quien logró capturar toda su atención.

Los dos hombres salieron de la sala en la que estaban y ella se dio cuenta de que el apuesto hombre con el uniforme de la marina francesa tenía cierta dificultad para caminar.

—Como te dije, Arnaud, tu evolución va mejor de lo que imaginé, en unas semanas, seguramente estarás caminando normalmente.

—Eso espero, Dr. Hubert, pagué muy caro por esto. —Los dos se rieron y en ese momento, el médico se dio cuenta de que Madeline estaba allí y fue rápidamente hacia ella.

—¡Qué alegría verla, milady! —Dr. Hubert la saluda con una mirada amable.

—Buenas tardes, Dr. Hubert —ella respondió, levantándose e intentando sonreír de vuelta.

—Ya vamos a conversar, solo estoy despachando a este comandante que me dio mucho trabajo. - El médico terminó de hablar fingiendo estar enojado y continuó: —Dónde están mis modales, déjeme presentarla, este es el comandante de la marina Dominique Arnaud.

El hombre que debía tener poco más de cuarenta años pensó Madeline para sí misma, tenía unos intensos ojos verdes que la miraban directamente, casi dejándola sin aliento.

—Encantado, Milady —escuchó decir después de que el médico se lo presentara. Él tomó su mano y le dio un casto beso sobre el guante, pero parecía que había sido en su piel, su cuerpo tembló ante el pequeño gesto de cortesía, asustada, apartó la mirada.

—Encantada de conocerlo, comandante —intentó decir Madeline con voz firme, pero sabía que no lo estaba haciendo muy bien, especialmente al ver un brillo diferente en la mirada del hombre que la observaba.

Otro hombre, que parecía ser asistente del médico, le pidió hablar con él rápidamente y

una vez que volvieron a mirarse, Dominique preguntó:

—Espero que Milady se recupere de lo que vino a tratar, el Dr. Hubert es un médico impecable, a pesar de toda su sencillez.

—Gracias, me lo recomendaron muy bien otro médico de aquí.

—Sí, diría que es el mejor de la región, después de todo logró arreglar mi pierna después de la caída que tuve en mi barco, no fue fácil.

—¿Tu caída? —preguntó Madeline espontáneamente, pero sabía que no debía haberlo hecho.

El comandante sonrió ligeramente, sus ojos miraban a la hermosa mujer frente a él, tratando de memorizar todos sus detalles.

—No te preocupes, Milady, es parte del oficio, la próxima vez dejaré de ser tan activo y dejaré el trabajo a mis subordinados.

—Bueno, al menos te estás recuperando.

—Es cierto, pero aún te contaré cómo fue y me pregunto, Milady, ¿hace mucho tiempo que estás aquí?

—Sí, hace algunas semanas... —En ese momento, la Sra. Adams regresó con el vaso de agua que había pedido, Madeline tomó el vaso con las manos un poco temblorosas y se encargó de hacer las presentaciones.

Los tres intercambiaron algunas palabras más sobre la estancia de Madeline allí y el Dr. Hubert volvió a ellos.

—¿Podemos ir, Milady? Veo que el comandante Arnaud ya debe estar contando sus historias por los siete mares.

—Aún no, de hecho, estaba hablando con esta encantadora señorita sobre tu competencia.

—Hum, lady Avondale, ¿que sepas que no te pagué para que dijeras que soy muy bueno en lo que hago! —Los cuatro rieron y el capitán Arnaud se despidió de Madeline.

—El placer fue mío al conocerla, milady, espero volver a verla.

La joven dama solo le sonrió, ya que no encontró su voz para responder, tal fue la fuerte impresión causada por el comandante francés.



La voz de la Sra. Miller hizo que Madeline saliera de sus pensamientos, ella venía a avisarle que el Sr. Button estaba en la sala de visitas esperándola, el hombre era uno de los administradores de su padre, venía con noticias de sus inversiones en un barco de carga.

Solo con escuchar hablar de barcos, ese recuerdo tan querido surgía en su mente, la figura del comandante Dominique Arnaud saltaba en su memoria con mucho cariño y amor, después de todo, ese hombre la amó con todas sus fuerzas a pesar de tener pocas probabilidades de un futuro.

Fue la única vez que se sintió verdaderamente amada por un hombre y amó en la misma medida, pero al parecer su vida amorosa no tenía caminos más simples y a pesar del sentimiento que los unía, las convenciones y jerarquías eran más fuertes en la sociedad.

Pero nada de eso pudo impedir que se sumergiera en las aguas de la pasión y fuera verdaderamente feliz en los brazos de aquel hombre alto y bello, con el porte de un verdadero comandante de la marina francesa, con suficiente altivez para conquistar todos los mares. Madeline fue uno de los océanos que él conquistó y ella, a su vez, amó cada minuto de esa victoria que también era suya.

A pesar de tener que separarse, nunca sintió ira ni ningún otro sentimiento negativo hacia

Arnaud, ¿y cómo podría? Él fue sincero con ella y en su compañía vivió muchos momentos felices que la ayudaron a enterrar recuerdos dolorosos de su vida.

Hoy en día seguía recordando esos momentos juntos con mucho cariño, pero ya no había rastro alguno de pasión en ellos, parecía que la vida quería que Madeline se enamorara de nuevo.

El encuentro con Arthur en la cena de cumpleaños de Lorraine se repetía en su mente una y otra vez, no podía olvidar el contacto de él en su piel, la mirada luminosa intentando expresar lo que sentía.

Madeline intentaba reprimir sus emociones, pero en cada encuentro se hacía más difícil olvidarlo, se decía a sí misma que tenía que aceptar los hechos. Era una mujer mayor y probablemente ya no pudiera tener hijos, después de todo, desde el accidente había tenido reglas irregulares, lo que llevó a más de un médico a afirmar que esto se debía a ese infortunio y en el futuro podría ser determinante para no poder concebir hijos.

Y para completar, ya era una mujer mancillada. Con tantas cosas en su pasado, Arthur merecía una dama mucho mejor que ella, una hermosa doncella sin heridas en el alma como era su caso, una dama que lo amara, que le diera hijos y fuera un ejemplo de marquesa.

Sin embargo, su pecho dolía con esa negación, una parte dentro de ella se rebelaba por una vez más renunciar a ese sentimiento que crecía a pesar suyo.

—Buenas tardes, milady —dijo Button cuando llegó a la sala, Madeline aún tenía la cabeza llena de pensamientos, respiró profundamente y ambos se sentaron a hablar. La hija del duque intentó prestar atención de todas las formas posibles a lo que el hombre frente a ella decía, para así, de alguna manera, olvidar a alguien que parecía estar cada día más cerca de ella. Arthur parecía impregnarse en su piel como tinta para escribir, que solo salía de la piel con mucho esfuerzo.

Después de unos minutos, se despidió del Sr. Button y viendo que el día aún estaba claro, Madeline le pidió al mayordomo que solicitara que su caballo fuera ensillado y subió lo más

rápido que pudo para cambiarse de ropa. Quería montar a caballo al menos por unos minutos, así su mente se despejaría.

En pocos minutos, Madeline ya galopaba en su caballo y sin saber muy bien por qué, llevó al animal hacia el límite de su propiedad, donde días atrás había encontrado a Arthur y James y por una broma del destino, vio a dos hombres cerca de la cerca que dividía las tierras. Su corazón dio un vuelco, porque, aunque estuvieran a una distancia considerable, su cuerpo sabía que uno de esos hombres era Sandford. Aunque sabía que no debía estar allí, parecía que su corazón había tomado la delantera y pronto se encontró frente a ellos.

—Buenas tardes, milady —saludó el administrador de las tierras y el vizconde solo lo hizo después de segundos de más mirando a Madeline.

Arthur conversaba con el hombre frente a él con tranquilidad, pero eso cambió rápidamente cuando se dio la vuelta y vio quién había aparecido frente a él, sintió sus piernas temblar, todo su cuerpo entró en alerta, una vez más ella estaba allí, frente a sus ojos, tan cerca, pero aún tan lejos...

—¿Están arreglando todo para la compra de las tierras, milord? —preguntó la hija del duque con una pequeña sonrisa. Arthur dio unos pasos más y la encontró en la cerca para responder:

—Sí, milady. Northen y yo cerramos la compra y estoy con el Sr. Bercley para empezar nuestra administración por aquí.

—¡Les deseo mucha prosperidad en este nuevo camino!

Y deseo que tú estés conmigo... fue el pensamiento inmediato de Arthur, pero de su boca solo salió un agradecimiento.

—Gracias, pero —Una idea surgió en su mente. —Todavía necesito conocer mejor las tierras de aquí alrededor y creo que milady sin duda puede mostrármelo todo, ¿verdad?

Arthur sabía que estaba siendo audaz, pero sin esa audacia, no podría estar con ella,

después de todo, ya había decidido decir todo lo que sentía y necesitaba crear una ocasión para hacerlo.

Y cuando ya imaginaba su negativa, Madeline dijo:

—Claro, milord, podemos ir.

Con esa respuesta, Sandford necesitó mucho autocontrol para no abrir una sonrisa de regocijo, finalmente había logrado una victoria con ella, aunque pequeña.

—Sr. Berckley, gracias por las explicaciones sobre las dudas que teníamos, transmitiré todo a mi primo Northen.

—De nada, milord. Siempre estaré aquí a su disposición —respondió el administrador, viendo a su nuevo señor montar en su caballo y dirigirse hacia el suyo.

—Milord, puede seguir ... —dijo Madeline, pero se detuvo cuando vio que Arthur se alejaba unos metros y, segundos después, él y su caballo habían saltado la cerca frente a sus ojos.

—Vamos, milady —dijo, trotando ahora con más calma, su caballo cerca del suyo.

—Desconocía esta habilidad tuya con los caballos —dijo ella, realmente sorprendida.

—Bueno, en Oxford, mientras Northen, en su tiempo libre, iba a las clases de astronomía, yo iba a las clases de equitación - respondió y vio una pequeña diversión formarse en su rostro. Arthur no quería presumir de saber saltar como pocos con su caballo, pero no queriendo perder tiempo, decidió mostrar un poco de sus habilidades, así que decidió saltar y ahora ambos seguían tranquilos por las tierras del duque.



UN PASEO AL ATARDECER

Una sensación de satisfacción se instaló en el pecho de Madeline mientras seguía y mostraba las tierras que Arthur había comprado, no podía quitarse la sonrisa de su rostro.

Era algo placentero compartir esta cabalgata con él a su lado, parecía que los dos ya compartían cierta intimidad y una alegría surgía en su pecho. El lord, a su lado, por su parte, mantenía una postura concentrada, sus ojos ocultaban un sentimiento que parecía a punto de escapar. Hacía preguntas pertinentes sobre cada área por la que pasaban y esos momentos solo reforzaron para ella cómo Arthur sería un marqués increíble cuando llegara su hora.

En una breve conversación, se podía percibir cómo se había convertido en un hombre centrado, inteligente y con deseos de actuar realmente en la mejora de esas tierras, un poco olvidadas debido al antiguo dueño.

—Es bueno saber que podemos contar con la ayuda del duque en este asunto de la irrigación de las tierras.

—Ten la seguridad de eso —Madeline reforzó, mirándolo. —Mi padre ya quería hacer esto hace algún tiempo, pero este trabajo debe hacerse en conjunto y como el antiguo dueño no podía hacer frente a los costos, el plan quedó paralizado.

—Entonces es hora de sacar este proyecto del cajón y comenzararlo —respondió con entusiasmo y una sonrisa que hizo que Madeline se enamorara aún más.

—Espero que esta inversión dé buenos frutos para mi señor y mi primo —dijo, volviendo a mirar hacia adelante, evitando su cálida mirada.

—Tiene que ser así, milady —Arthur respondió con determinación. —Northen y yo estamos arriesgando, invirtiendo en algo nuestro, sin estar vinculados a nuestros títulos, y queremos salir victoriosos.

—¡Y lo serán! —Ella respondió, mirándolo de reojo y viendo cómo ese hombre se había

vuelto maduro y ambicioso en la medida justa, muy diferente al Arthur con el que había hablado días antes de su accidente.

En aquel momento, él era solo un joven de veinte años que aún estaba en Oxford realizando sus estudios y ahora, casi cinco años después, verlo así, valiente y buscando inscribir su nombre en la sociedad, además de su futuro título, fue suficiente para que Madeline se derritiera como mantequilla al fuego.

Ya podía imaginarlo dentro de unos años como un lord enormemente respetable por su mente aguda, haciendo negocios y acumulando fortunas, y sin duda alguna, estaría a su lado una buena mujer que sería la base perfecta para su ascenso y Madeline sabía que no encajaba muy bien en ese papel.

—¿Por qué tienes esa mirada triste, milady? —dijo Arthur, acercando su caballo al suyo.

—Solo es preocupación por mi padre —respondió ella rápidamente, no era del todo una mentira, ya que sabía que su padre estaba siendo debilitado por complicaciones de salud y que no sería un tiempo fácil en su vida cuando él partiera. El duque se esforzó por dejar todo muy bien organizado para que ella no dependiera después de su partida, pero ese pensamiento le dolía en el pecho.

—Imagino que no sea fácil esa situación —dijo Sandford. —Pero creo que el duque puede recuperarse y vivir aún más tiempo.

—Eso es lo que le pido a Dios todos los días.

—Mi madre siempre me dice que nuestra salud es un bien preciado, pero el Marqués exagera a veces, hoy mismo está indispuesto después del viaje que hizo.

—¿Qué le pasó al marqués? —preguntó ella, realmente preocupada.

—No te preocupes, está bien —respondió Arthur con una sonrisa y un tono de voz calmado. —Lo dejé en casa con un poco de fiebre, pronto se recuperará, el problema es que exagera en esos viajes que hace, siempre intenta abarcar el mundo, pero ya no es el joven de

antes, necesita respetar los límites de su cuerpo, pero no lo entiende. Terco como es, quiere hacer todo al mismo tiempo.

—¡Enviaré una cesta al marqués con esa mermelada de frambuesa que siempre lo veo comiendo en casa de mi tía Margareth!

—Gracias por la amabilidad, mi padre te lo agradecerá mucho. —dijo él y vio a lo lejos un gran árbol y cerca de él, creía que era un arroyo.

—¿Hay un arroyo adelante, milady?

—Sí, lo hay.

—¿Podríamos ir allí? Mi caballo y yo tenemos un poco de sed —dijo acariciando el cuello de su caballo.

—¡Claro! —Asintiendo, Madeline hizo un gesto para que su caballo aumentara el ritmo, lo que hizo que Arthur se quedara un poco atrás, pero pronto estaba a su lado galopando con destreza.

—¡Hemos llegado! —Lady Avondale dijo en cuanto se acercaron a un metro de la orilla del arroyo y bajó de su animal.

—Aquí es muy bonito —dijo él, mirando a su alrededor, donde se podía ver un hermoso olivo, sin duda centenario y que cubriría muchos metros con sus ramas, el césped era verde como una pintura con pequeñas flores aquí y allá.

—Sí, me gusta mucho venir aquí cuando necesito estar sola para aclarar mis pensamientos.

—El lugar es muy propicio para eso, milady. Parece una pintura, pero ¿por qué necesitas aclarar tus pensamientos?

Ella miró hacia adelante, llevando a su animal a beber un poco de agua y respondió:

—Para aceptar que no todo lo que deseo puedo tenerlo.

Arthur hizo el mismo movimiento que ella, llevando a su caballo a la orilla para que bebiera agua y después de unos minutos, en los que solo escucharon el sonido del agua, dijo:

—Pero debemos luchar por lo que queremos, ¿no es así, milady?

—Debemos... —Fue la primera palabra que dijo y después de unos segundos continuó: — Pero no siempre lo que queremos o deseamos será bueno para aquellos que nos rodean.

—No puedo pensar en nada, milady, que pueda hacer que no sea bueno para las personas que te rodean —dijo el apuesto lord frente a ella, dando dos pasos hacia adelante, y ella volvió a hablar:

—No siempre puede ser como deseamos... —respondió con un hilo de voz bajo su mirada atenta y se volvió para llevar a su caballo debajo del árbol.

Arthur no sabía exactamente qué quería decir con esas palabras, pero tenía la sospecha de que estaba hablando de sus deseos más íntimos y también pudo darse cuenta de que ella logró ver a través de sus ojos el deseo que sentía, había llegado el momento de hablar. Dejó que Madeline fuera con su caballo hasta el árbol, él, por su parte, se quitó el sombrero, se agachó en la orilla del río y bebió un poco de agua, aprovechó para lavarse la cara, el líquido frío en contacto con su piel logró refrescar un poco su cuerpo.

Pasando todo ese tiempo en compañía de Madeline hizo que su sangre hirviera, una hermosa tortura tenerla tan cerca al alcance del tacto, pero sin poder realmente tener un contacto.

Cuando se giró, ella estaba terminando de atar su animal en una de las ramas más bajas del árbol y Arthur se acercó a ella, tratando de pensar en cómo expresar lo que sentía.

—Puedo decirte que tengo un punto de vista diferente al tuyo.

—Claro que sí, milord, ¡eres un heredero!

—Y tú hija de un poderoso duque.

—Has hablado bien, hija. El gran prestigio de mi padre no me ha salvado de ser rechazada

entre mis pares por todo lo que ha sucedido en el pasado, diría incluso que lo que ocurrió, de alguna manera, fue una sombra para el duque.

—Dudo que el duque piense así, Madeline —respondió Arthur firmemente.

Le tomó un tiempo a ella absorber que él la había llamado por su nombre de pila para finalmente decir:

—No piensas realmente eso, mi padre aceptó todo lo que sucedió, incluso mis faltas, con mucha generosidad y sé que siempre me ha amado.

—¿Eso no es lo más importante?

—Sí, lo es. Pero no quería haberle causado disgustos.

—No creo que le hayas causado disgustos a él...

—Mi pasado no es tan brillante —Maddie le respondió.

—Pero si has sido perdonada, lo mejor es seguir adelante y no vivir con culpa - Arthur finalmente acabó con la distancia entre ellos y volvió a hablar: —Vive el presente, estás aquí, viva, contra muchos pronósticos que decían que no ibas a pasar por todo lo que ha sucedido. No dejes que el pasado te atormente. No creo que esas palabras de personas que solo te tienen envidia puedan afectarte.

—Al principio, sí —ella respondió con sinceridad y, volviendo a mirarlo, continuó: - pero aprendí a no darle más importancia.

—Sé que sí. Y has desarrollado esa mirada altiva que me encanta cada día más.

Sus palabras salieron como una caricia en su rostro, ella sabía que debía mantener cierta distancia entre los dos, pero no podía alejarse de donde estaba.

—Madeline... —Arthur sujetó delicadamente sus dos brazos y continuó: —Sé poco sobre lo que ha ocurrido en tu pasado, pero no me importa.

Sin poder sostener su mirada por más tiempo, ella bajó sus ojos tratando de alguna forma

de no sucumbir, pero Arthur no quería expresar lo que estaba a punto de decir sin que Madeline mirara dentro de sus ojos, así que pidió:

—Mírame...

Tus palabras fueron como un susurro que acarició su alma. Cerrando los ojos, respiró profundamente y reunió el valor para mirarlo y cuando se restableció el contacto, Arthur la miraba con ardor, sus ojos parecían arder con un deseo oculto que ella necesitaba saber cuál era.

—Lo que me importa es todo lo que me haces sentir con solo estar a tu lado, eres la dama más resplandeciente para mí.

—Arthur... —dijo su nombre e intentó alejarse, el hombre frente a ella suavemente envolvió su rostro con la clara intención de no dejarla ir, ese gesto hizo que el cuerpo de Madeline temblara, era algo maravilloso sentir su calor en su piel.

—Madeline... —Arthur la llamó nuevamente, con la voz de un hombre que se declararía por primera vez en su vida. —Permíteme estar a tu lado, sé que tal vez no sea el mejor pretendiente que puedes elegir...

Una risa nerviosa salió de los labios de ella, Arthur ni siquiera podía imaginar que era ella quien no estaba a su altura.

—No digas eso.

—Concédeme el privilegio de estar a tu lado, amarte todos los días de mi vida. - El tiempo pareció detenerse en ese momento en el que finalmente dijo con todas las letras lo que sentía por ella. Sus hombros parecían más livianos con la confesión; y tomando valor, se acercó más a Madeline, tan cerca que respiraba el mismo aire que ella. Entonces, sin poder resistirse más, su mano acarició su mejilla suave como la seda y así unió sus labios con los suyos.

Madeline tampoco mostró resistencia, ni podía, porque quería tanto como él ese beso, desde hace mucho tiempo.

Rendida, abrió los labios para que el beso se volviera más completo, después de sentir los brazos de él envolviéndola para mantenerla dentro de su abrazo, pudo escuchar un gemido salir de su boca, en el que él también se entregaba.

Las manos de Madeline cobraron vida y se enredaron en el cuello de Arthur, haciéndolo llevar sus besos hacia su mandíbula, bajando hacia su cuello y subiendo de nuevo a su boca.

Cuando ambos ya estaban sin aliento, finalmente separó su boca de los dulces labios que quería tener para siempre, con uno de sus brazos la mantuvo pegada a su cuerpo y con la otra mano acarició ese hermoso rostro con el que tanto había soñado.

—No podemos... —ella dijo con un hilo de voz, tratando de retomar el control.

—No puedo resistirte más...

Ella logró salir finalmente del entumecimiento que Arthur había causado con el beso y le dijo con voz más firme:

—No soy lo que tú piensas, Arthur...

—Querida —dijo Sandford con tono firme, haciendo que ella lo mirara. —No me importa lo que sucedió en tu accidente, si te quedaron secuelas.

—No, Arthur —volvió a hablar ella, ahora liberándose de su abrazo—, sé que no serías el tipo de hombre que se molestaría por la pequeña secuela que tengo en mi pierna, no estoy hablando de eso.

—¿Entonces de qué estás hablando? —Él volvió a acercarse a ella y tomó su mano. —Tú eres todo lo que quiero.

—Pero no soy lo mejor para ti, ya pasé la edad de casarme y es probable que no pueda darte un heredero.

—Por Dios, Madeline —Arthur la miró a los ojos con más firmeza -, ni siquiera lo hemos intentado y, además, no es algo que me importe tanto...

—Pero la sociedad se preocupa, en tu posición eso es importante y yo no...

—No me preocupa lo que dirán...

—Pero a mí sí, Arthur, y a mí también, al fin y al cabo, debes casarte con una mujer que no tenga ninguna mancha.

—¡Para mí, tú no tienes ninguna mancha!

—La tengo - dijo ella dando un paso atrás para mirarlo. —No me arrepiento de lo que hice, pero no soy... Cuando volví de Francia, ya no era la mujer respetable que salió de Inglaterra y tú mereces mucho más de lo que puedo ofrecer...

Cerró los ojos intentando detener las lágrimas que ardían en sus ojos, en un impulso, Madeline dijo algo que no debería haber dicho. Decidiendo que necesitaba irse de allí lo más rápido posible, fue hacia su caballo y lo montó, hizo que el animal galopara lo más rápido que pudo para dejar atrás otro amor.



UNA PROMESA CUMPLIDA

Agitación.

Esa era la palabra que podía definir al lord Arthur Conolly desde que vio a Madeline correr hacia su caballo y galopar lejos de él.

Sus ojos ardían, ya que no había dormido esta noche, y por las horas que dio vueltas en su cama, se reprochaba haberla besado, se culpaba por haber sido tan directo al expresar lo que sentía...

Sin embargo, no podía creer que su sinceridad o los besos intercambiados fueran la razón por la que ella escapó de él.

Porque si ese fuera el caso, seguramente sentiría que Madeline no correspondía sus sentimientos, y nunca la habría forzado a nada, sin embargo, o él estaba muy loco o lo que sucedió también era deseado por ella, porque podía jurar que la mujer en sus brazos deseaba el beso tanto como él, la urgencia que transmitía era la misma que él sentía.

Algunas palabras dichas por lady Avondale seguían rondando su cabeza, como cuando dijo que tendría una mancha, y que no era la mujer respetable que dejó Inglaterra, ¿qué quería

decir con eso?

Una cierta desconfianza pasaba por su mente y si fuera lo que estaba pensando, eso no le afectaba en absoluto, la amaría de cualquier manera, sin importar lo que hubiera pasado antes de él. Arthur no era como muchos hombres que querían a una mujer intocada, eso no le interesaba, lo que quería era su amor, su corazón, Madeline por completo.

Y todavía lo que se dijo sobre herederos, bueno, Arthur se aseguraría de intentar todos los tratamientos disponibles si ese fuera el caso, después de todo, en ningún matrimonio se tiene la certeza de que habrá hijos, otro argumento que se encargaría de refutar.

Sin embargo, necesitaba darle tiempo al tiempo, aunque quisiera ir a la casa de Madeline y hablar con el duque, pedir su mano en matrimonio, no lo haría. Sabía que necesitaba tiempo, quería conquistarla y después de los besos intercambiados, que aún quemaban sus labios, estaba más que dispuesto a entrar en la batalla, más que nunca.

Y como Arthur solo pensaba en Madeline, necesitaba alguna distracción, ya que toda la escena del día anterior se repetía en su mente, las sonrisas dadas, los besos intercambiados, todo hacía que su corazón latiera descompasado, su sangre hervía de pasión por Madeline, pero todo aquello que deseaba aún tardaría un poco en suceder, y él esperaría todo el tiempo necesario.

Así, terminó de vestirse solo y bajó las escaleras. Antes de tomar su café, Sandford fue hasta los establos y intercambió algunas palabras a pedido de su padre, que aún estaba enfermo debido a la fiebre que había comenzado hace dos días.

El médico de la familia lo visitó y lo dejó medicado, Arthur sabía que pronto el marqués estaría mejor.

Después de la conversación, se dirigió a la mesa del desayuno y al ver a la ama de llaves, la señora Maddison, pasar junto a él, aprovechó para preguntar por su madre y ella respondió:

—La marquesa bajará en breve, milord, su padre tuvo una noche agitada y su madre apenas durmió.

—¿Agitada?

—Sí, milord -respondió ella con expresión de preocupación—. La temperatura del marqués subió y tardó bastante en bajar, a pesar de tomar lo recetado por el médico.

—¿Por qué no me llamaron para ayudar?

—Estaba con su madre, ayudándola, y milady no quiso molestar.

—No sería molestia...

Arthur iba a continuar, pero en ese momento su madre, lady Evangeline Conolly, apareció en la sala. Para él, la marquesa siempre sería una de las damas más hermosas que había conocido, su estatura baja le daba un aire angelical y cariñoso que rara vez había visto en su vida, su acogedora sonrisa encantaba a todos, sin embargo, hoy su madre parecía cansada, tenía ojeras en su piel blanca, lo que era señal de una noche mal dormida debido a su padre.

Colocó su servilleta sobre la mesa y rápidamente se levantó para ayudar a su madre a sentarse a su lado en la mesa y recibió una sonrisa.

—Buenos días, querido mío —saludó la marquesa al hijo y solicitó la ayuda de la ama de llaves para resolver algunos asuntos.

—Me informaron que mi padre no pasó bien la noche —dijo Arthur a su madre, sirviéndole té.

—Ah, tu padre... —Eve dio un sorbo al té y, después de comer un trocito de pastel, continuó: —Ayer por la tarde la fiebre mejoró bastante y Caterham pensó que ya estaba bien y se esforzó yendo hasta la parte de atrás de la casa para hablar con algunos arrendatarios, sin hacer caso a mi petición de que no se quedara al aire libre, lo que hizo que la fiebre volviera más fuerte y su apetito disminuyera mucho.

Mostrando su descontento con la actitud del padre, le preguntó a su madre:

—¿Por qué hizo eso? ¿No sabe que necesita descansar para que estas cosas pasen pronto?

—Ay, hijo mío —Eve miró con ternura a su hijo —, tu padre siempre ha sido un hombre muy activo y con buena salud, siempre se ha jactado de eso, ya sabes...

—Lo sé bien y ahora va a tardar en recuperarse. Es bueno que el marqués vea que, quiera o no, ya no es tan joven.

—Le dije eso con todas las palabras, pero ya no sirve de nada hablar más. —La marquesa dio otro sorbo a su té. —Lo que necesitamos ahora es mantenerlo en la cama descansando y asegurarnos de que coma, si no se alimenta bien, tardará aún más en recuperarse.

—Hablaré con él, mamá —dijo el hijo, decidido.

—Gracias, querido, y debo avisar que tu tía Maggie vendrá aquí esta tarde para hacerle una visita a tu padre, ella también puede ayudar a mantener a la fiera más tranquila.

—¡Ojalá! —dijo Arthur y continuaron la conversación por unos minutos más. Cuando vio que su madre estaba terminando su comida, se levantó y pidió permiso para ir al cuarto de su padre, pero antes de que saliera, el mayordomo, Sr. Reeds, apareció llevando una cesta con varios artículos para un buen desayuno.

—Perdóneme por interrumpir su comida, milady —dijo, dirigiéndose a su señora. —Pero acabamos de recibir esta cesta para el marqués.

—¿Para el marqués? —preguntó lady Caterham sin entender bien.

—Exacto, marquesa, aquí está la tarjeta. —Redds colocó la cesta encima de la mesa cerca de la señora de la casa, quien leyó lo que estaba escrito en el trozo de papel y una expresión de sorpresa apareció en su rostro.

—Esperamos que lord Caterham se recupere pronto, con cariño, lord y lady Avondale. —Leyó en voz alta. —Esta letra es de Madeline, pero ¿cómo supo que tu padre está enfermo?

Aún admirado por el cumplimiento de la promesa de Madeline, Arthur le dijo a su madre:

—Estuve con ella ayer. —Dio dos pasos para ponerse al lado de su madre y mirar la

tarjeta y, en cuanto la tomó, sintió un perfume muy parecido al que sintió de Madeline, pero más débil.

—Ah, entiendo...

—Estaba en las tierras que compré con Northen y nos encontramos, lady Avondale me mostró un poco de la región donde están nuestras tierras.

—Sí, hijo, me gusta mucho la hija del duque, pero si no me equivoco, he notado que Madeline y tú os habéis visto con más frecuencia —Eve habló de forma tranquila y volvió su atención a la cesta frente a ella.

—Vamos, mamá, lady Madeline está más activa en estos tiempos y como es prima de James, acabamos viéndonos más —el hijo respondió, tratando de no mostrar nerviosismo, no quería que su madre notara su interés en ese momento, sin embargo...

—Claro, hijo mío, lo sé, pero espero que os encontréis más — y terminando de tomar su té, añadió: —Madeline es una mujer fascinante y fuerte, sin duda será una esposa maravillosa para quien la despose.

Parecía que la marquesa era más astuta de lo que el hijo pensaba y para no alargar la conversación, dijo:

—Bueno, voy a ver a mi padre y llevarle esta cesta, a ver si así mejora su apetito.

—Tenemos posibilidades... ¡El olor del pan es maravilloso! —Lady Evangeline respondió con una sonrisa y vio a su hijo desaparecer de su vista.

Arthur subió las escaleras hasta el cuarto de su padre con la cesta que Madeline había enviado, en el camino, sintió un poco de celos por su padre, después de todo, ella nunca le había enviado algo así...

Este sentimiento fue olvidado cuando entró en la habitación de su padre y lo vio acostado en la cama, el marqués estaba somnoliento y su ayuda de cámara personal lo acomodaba para

que estuviera más cómodo apoyado en el cabecero de la cama. Ver a su padre tan frágil en la cama hizo que un escalofrío recorriera su espalda.



UN CONSEJO

—Buenos días, padre —saludó Arthur al marqués tan pronto como el mayordomo salió de la habitación y cerró la puerta.

Lord Robert Conolly abrió más sus ojos para ver a su hijo, ya que no había notado su entrada.

—Buenos días, hijo —respondió el marqués con voz baja, demostrando cansancio, lo que alertó al hijo, ya que su padre tenía un aspecto pálido y parecía bastante abatido, con dificultad para respirar.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó el padre, saliendo de sus pensamientos.

—Ah, sí, ayer estuve con lady Madeline cuando visité las tierras que compré con Northen —dijo el hijo al padre, colocando la cesta en la pequeña mesa de la habitación —y mencioné que estabas indispuesto, así que ella y el duque amablemente te enviaron esta cesta deseándote mejoría.

—Agradéceles por mí —pidió el marqués a su hijo.

Al abrir la cesta, vio pequeños panecillos y cogió dos de ellos, poniéndolos en un pequeño

plato que estaba en la cómoda y llevándolos al padre.

—Estos dos parecen deliciosos.

Lord Caterham abrió más los ojos y dijo:

—No tengo hambre, hijo.

—Sí, mamá me lo advirtió, pero necesitas comer, sin alimentarte, no te recuperarás pronto.

Respirando profundamente, el padre replicó:

—Lo sé, pero desde ayer, cuando esta fiebre volvió, perdí el apetito.

—Es cierto, no deberías haber hecho esfuerzos, ¡ahora tendrás que descansar para mejorarte!

—No imaginaba que tendría una recaída así...

—Lo sé, padre —respondió Arthur y se sentó en el borde de la cama cerca del marqués. —Por eso es importante alimentarse. —Terminó de hablar, cortando un trozo de pan y entregándolo a su padre, quien lo comió con cierta dificultad.

—Te pareces a tu madre —dijo Robert con una pequeña sonrisa y se obligó a comer ese pequeño pan que apenas sintió el sabor. Cuando terminó, Caterham se dio por satisfecho y le preguntó a su hijo: - ¿Y cómo fue la visita que hiciste a nuestras tierras?

—Fue como se esperaba, el administrador nos dio algunas indicaciones y Northen y yo ya sabemos qué hacer. Creo que comenzaremos con las mejoras planeadas este mismo año.

—Muy bien, hijo mío... me hubiera gustado ir —respondió el padre y Arthur vio cierta tristeza en sus ojos, después de todo fue su padre quien, sabiendo de su deseo, lo animó a concretar este negocio.

—Lo sé —respondió el hijo, levantándose para colocar el plato cerca de la cesta. - Pero pronto podrás hacer una visita por allá. Por cierto, tuve la compañía de lady Madeline para

mostrarme lo que tenemos más allá de nuestras tierras, ella conoce ese lugar como pocos.

—Imagino que sí, la hija del duque ha demostrado ser una excelente administradora, pero es una pena que no todos puedan apreciarlo...

Arthur sintió un apretón en el pecho solo con la mención casual.

—Tienes razón, padre mío.

—Para quien pueda conquistarla, lady Avondale será una excelente compañera...

—¿Lo crees? —preguntó el hijo, casi interrumpiendo al padre con un genuino interés.

—Sin duda, Arthur —respondió el marqués a su hijo, diciendo lo que para él era obvio. —Lady Madeline es una dama hermosa, de buena cuna, con una fortuna esperando por ella, pero...

—¿Pero?

El marqués se acomodó mejor en la cama y respondió a su hijo:

—No será una esposa que se moldee a los deseos del marido, sin embargo, creo que ese es uno de sus mejores atractivos.

Aquella conversación estaba tomando caminos que Arthur no esperaba, debería dejar descansar a su padre, pero no podía, quería escuchar lo que tenía que decir sobre Madeline. — ¿Cómo así, mejor atractivo?

—Mira, hijo —Robert se posicionó mejor para hablar —Te digo por experiencia propia, es mejor tener una esposa que sepa ir en contra de tu voluntad que tener una que solo dice sí y no, es mejor una que te pueda alertar sobre cosas que ni siquiera imaginas que pueden ocurrir.

—Eso es verdad..., pero ella no parece estar inclinada al matrimonio en lo absoluto.

Aunque el marqués se sentía cansado por la noche de poco sueño y la enfermedad que lo aquejaba, notó cierto desánimo en la voz de su hijo. Ya había notado las miradas más prolongadas que su hijo dirigía a Madeline y en ese momento vio algo, quería despejar su duda.

—¿Cómo sabes eso?

—Bueno, las veces que la encuentro, siempre es muy educada, pero no da apertura para hablar de temas de esa naturaleza —Arthur le dijo a su padre, tratando de no mostrar decepción en su voz, pues a pesar del beso que robó, sabía que había sido una pequeña victoria, pero nada estaba garantizado.

—Entonces, necesitas encontrar alguna oportunidad para entrar... —Tan pronto como terminó la frase, el marqués recibió una mirada sorprendida de su hijo, quien intentó abrir la boca para decir algo, pero se mantuvo en silencio sin saber qué responder, y esto fue suficiente para que su padre continuara: —No me mires con esa cara de sorpresa, Sandford, eres mi hijo y he notado tus miradas hacia ella y quiero que sepas que estoy muy a favor, sin embargo, sé que no será fácil conquistarla.

Sabiendo que ya no podía ocultarlo más, Arthur decidió abrirse con su padre —Eso es lo que he estado haciendo, trato de hablar con ella de varias formas y decirle lo que siento...

—Hijo mío —el padre lo interrumpió y le dijo levantando un poco más su mirada —, a veces las palabras no son suficientes. Lady Madeline ha tenido su cuota de desdichas en la vida, la pérdida de su madre, su accidente y el fin de un compromiso, la vida la ha hecho crear una coraza.

—Lo sé, pero...

—Entonces te digo que además de las palabras, demuestra lo que sientes con acciones.

—Bueno, hice una, pero no sé si fue la mejor...

—¿Qué hiciste? —el padre le preguntó con tono divertido.

—Terminé besándola cerca de un arroyo después de lograr decirle que la quiero para mí.

—Ohh, entonces estamos progresando —el marqués le dijo a su hijo, riendo. — Parece que necesito recuperarme pronto para preparar una boda, que podría ocurrir pronto.

—Eso es lo que más quiero, pero sé que no la gané ayer.

—Por supuesto que no —dijo el lord Caterham cariñosamente. —Madeline no se rendirá ante una declaración de amor. Para conquistarla, necesitarás que ella realmente baje la guardia y luego poder entrar y ganar la guerra.

Arthur asintió con la cabeza afirmativamente y su padre concluyó:

—Demuestra lo que sientes con gestos, hijo, las grandes mujeres se preocupan más por los gestos y las acciones que por las palabras que se lleva el viento. Estate siempre preparado, las oportunidades aparecen cuando menos las esperamos.

—Entendido —respondió el hijo y se intercambiaron una mirada afectuosa.

—Ahora que ya te he dado varios consejos amorosos, necesito descansar un poco, me siento débil.

—Claro, padre —respondió Arthur y ayudó a su padre a acostarse en la cama. Dejándolo más cómodo, salió de la habitación con el corazón más ligero por haber compartido lo que sentía y ya maquinando en su mente lo que podría hacer, como su padre dijo, para que Madeline baje la guardia y finalmente la tenga consigo para siempre.



EL DESPERTAR DE LOS SENTIMIENTOS

Después de los besos, Madeline se encontró recordando su temporada en Francia, mientras se recuperaba.

Madeline estaba muy contenta con el progreso que estaba logrando con el Dr. Hubert, sus piernas y caderas parecían mucho mejores después de las consultas con el médico francés, pero a pesar de haberse encariñado mucho con él, su visita a la clínica durante las últimas semanas hacía que su corazón latiera más rápido y esto no tenía que ver con su mejoría, tenía que ver con otra persona.

Desde que se conocieron, ella y el Comandante Arnaud se habían visto cuatro veces y cada vez que Madeline lo veía, sentía que sus mejillas se sonrojaban, esto solo le había pasado muchos años atrás, al comienzo de su juventud, cuando fue presentada en sociedad.

Desde entonces, ella había logrado mantenerse muy tranquila frente a varios coqueteos, pero con él las cosas no estaban saliendo como ella esperaba. Y mucho se debía a la forma encantadora y ligera con la que Arnaud hablaba, no solo con ella, sino con todos a su alrededor. Lady Avondale se enteró por el propio Dr. Hubert que el simpático comandante era un militar muy respetado, responsable de muchas hazañas en la marina, y estas hazañas lo

habían elevado a un alto nivel jerárquico, algo poco común para su edad, pero Dominique sabía llevarlo todo sin jactarse de lo que había logrado.

Y de eso ella estaba segura, porque pudo ver que el comandante trataba a todos con la misma educación y empatía, desafortunadamente ese día su consulta terminó y ella no lo encontró allí. Su corazón latía dentro de su pecho, enojado, pero no podía hacer nada al respecto y así salió de la clínica, siguió a la Sra. Miller al centro de la pequeña ciudad donde se encontraban, las dos iban a recoger un pedido de telas y luego regresarían a casa.

—Milady, creo que vamos a tardar un poco en volver a casa. —La voz de la Sra. Miller la sacó de sus pensamientos, Madeline estaba mirando con interés fingido las telas de la tienda en la que estaban.

—Pero ¿qué pasó?

—Oh, milady, hubo un accidente con dos carruajes, muy cerca de aquí, por lo que otros se vieron involucrados, nuestro cochero resultó herido y...

Madeline no esperó a que ella terminara y siguió como una flecha para ver al Sr. Hughs. Tan pronto como salió de la tienda, vio el frenesí en el que estaba la tan tranquila plaza del lugar. Intentaba de alguna forma encontrar a su empleado en medio de tanta gente y cosas delante de ella.

—Venga, milady, Hughs está por aquí. —La gobernanta agarró su brazo para llevarla donde estaba el cochero, fue necesario esquivar algunos vehículos y caballos, pero cuando avistó al empleado, Madeline jadeó por el susto no por el estado del Sr. Hughs, sino por quien estaba ayudándolo a mantenerse de pie.

—Fue solo un golpe más fuerte, el señor tuvo suerte de no haber sido alcanzado por aquel caballo.

—Sí, verdad...

—Pero el señor no podrá conducir la carroza con ese brazo.

—Tendremos que llamar a un empleado —la Sra. Miller habló para ambos, que ahora se dieron cuenta de que habían llegado.

—Sí, pero yo puedo —el hombre que ayudaba al Sr. Hughs se detuvo en sus palabras, sus ojos cayeron directamente en Madeline, que parecía tan sorprendida como él.

—Milady.

Los ojos de Madeline parecían no creer lo que estaban viendo, el buen samaritano frente a ella era Dominique Arnaud, su corazón latía tan rápido que estaba preocupada de que la Sra. Miller pudiera oírlo. Él hizo una pequeña reverencia frente a ella y ella logró encontrar su voz para responder:

—Gracias por la ayuda, Comandante Arnaud.

Una sonrisa brillante apareció en el rostro de Dominique cuando ella terminó su agradecimiento, sus miradas se cruzaron por unos segundos, pero fue suficiente para que el corazón de Arnaud casi se saliera del pecho al verla. Arnaud, que altruistamente ayudó al señor después de lo que sucedió en la plaza, no imaginaba que la vería frente a él.

—No hay de qué, solo quise ayudar, y iba a decir que como el Sr. Hughs no podrá llevarlas de vuelta, asumo la dirección de la carroza y las llevo de vuelta.

—Comandante, no queremos abusar de su ayuda ni retrasarlo, podemos esperar a que algún empleado llegue aquí —intervino rápidamente la Sra. Miller.

—Sra. Miller —miró a la gobernanta que le habían presentado en la tercera vez que se encontró con Madeline, sí, estaba contando los encuentros que había tenido con ella en la clínica, y eso solo mostraba cuánto esa dama estaba entrando en sus pensamientos sin pedir permiso y eso lo estaba consumiendo —, No será ningún problema para mí, después de todo lo mejor es salir pronto de esta confusión y yo, dejándolas en casa, estaré más tranquilo.

—Bueno, si es así, creo que podemos aceptar su ayuda.

—Claro —respondió Madeline rápidamente, quizás demasiado rápido pensó, pero tenerlo un poco más a su lado era todo lo que quería.

Intentaba parecer tranquila y no mostrar el torbellino de sentimientos que la invadieron con la expectativa de llevarla a casa.

—Sr. Hughs, entre primero en la carroza, para que usted se acomode mejor —dijo Madeline al empleado que en un principio se resistió, pero pronto Arnaud tomó la delantera y el hombre estaba sentado, luego le tocó el turno a Madeline, Arnaud le ofreció su mano para que se apoyara y aunque llevaba guantes, cuando su mano tocó la de él, un calor reverberó por todo su cuerpo, un poco aturdida, ella entró rápidamente y fue seguida por la Sra. Miller.

Escuchó a Arnaud dar instrucciones a su empleado y antes de tomar el rumbo, habló con el Sr. Hughs por la pequeña ventana sobre qué camino tomar para llegar a su casa.

Con las instrucciones dadas, pronto estaban en movimiento y rápidamente llegaron a casa, donde fueron recibidos por los demás empleados y después de que la Sra. Miller contara lo que había sucedido, se apresuraron a ayudar al Sr. Hughs y lo llevaron adentro.

Cuando finalmente salió de la carroza, una vez más siendo ayudada por Dominique, Madeline le agradeció y recibió una hermosa sonrisa del comandante.

—Estoy a sus órdenes, milady.

—¿Le gustaría entrar a tomar algo?

—Si no es molestia...

—No es ninguna molestia, comandante —respondió ella, logrando relajarse un poco en su presencia. Abriéndole una sonrisa, entró en la casa y le pidió a su dama de compañía que llevara té y galletas a una de las salas donde estaría con la visita.

Arnaud la siguió, la sonrisa que ella le dio estaba haciendo que su autocontrol se desmoronara, la cercanía de los dos ahora en un ambiente más íntimo estaba llevándolo a

cruzar límites que no debería, él quería sentir más cerca el aroma a rosas que emanaba de la dama, sentir en sus dedos los hermosos rizos de su peinado, poder tocar esa piel que parecía tan suave.

Se acomodaron en una sala que tenía una pequeña biblioteca y pronto el servicio de té fue traído por la Sra. Adams, quien aprovechó para agradecer a Arnaud por lo que había hecho por el empleado.

—Bueno, estaba pasando por allí en el momento del incidente, por poco no fui alcanzado, pero el Sr. Hughs no tuvo la misma suerte —respondió él y aún dio algunos detalles de cómo todo sucedió.

Minutos más tarde, una de las empleadas se acercó a donde estaban y le informó a la Sra. Adams que la ama de llaves necesitaba su ayuda, así que se despidió del visitante.

—Bueno, debo irme, gracias por el té y las galletas estaban maravillosas, muy diferentes a lo que mi cocinero hace en mi barco —dijo Dominique, justo cuando la empleada salió.

Madeline terminó riendo y levantándose respondió:

—Transmitiré tu agradecimiento a nuestra cocinera y si quieres, le pediré la receta.

Fue el turno de Dominique reír y en ese momento, vio una pequeña fragata montada dentro de una botella, que estaba expuesta cerca de la estantería con los libros. Dando dos pasos, llegó hasta el objeto y Madeline lo acompañó.

—Es hermoso, ¿no?

—Sí, me impresiona cómo logran montarlo dentro de una botella.

—Si sabes cómo se hace, avísame —respondió ella, jugando y haciendo que él volviera a mirarla. Fue en esa mirada que Madeline quedó atrapada, en todo lo que podía ver, él sentía el mismo deseo que ella, su conciencia quiso sacarla de allí, pero su cuerpo y corazón se negaron a moverse.

Ella no sabría decir exactamente cómo todo se desenvolvió, pero Dominique dio un paso hacia ella, el olor amaderado de su perfume la invadió, una vez más su corazón empezó a latir desenfrenadamente, casi como un sueño. Lo sintió pasar cariñosamente los dedos por su mejilla, dejando un rastro cálido y lo escuchó decir:

—No debería desearte tanto como deseo, pero ya no quiero resistir más.

—Yo tampoco... —Fue la respuesta audaz para una mujer en su posición, pero si Madeline aprendió algo durante los angustiantes meses pasados, fue que la vida puede ser efímera y quería, de alguna manera, poder escapar de todas esas reglas a las que estaba sometida, al menos allí, lejos de casa.

Su respuesta hizo que algo cambiara en la expresión de Dominique, quien la rodeó por la cintura, acercándola a él y la besó con urgencia, pero con una dulzura que la desestabilizó y que hizo que ese momento quedara grabado para siempre en su memoria.

Sin embargo, minutos después, terminó lo que comenzó, sus ojos parecían arder de pasión y él dijo:

—Sé que no debería... no soy el hombre más adecuado para ti. —Pero su voz se silenció cuando Madeline acarició su mandíbula, él tuvo que quedarse completamente quieto para no avanzar aún más con esa locura.

—En muchos casos, lo que realmente importa es lo que ambos pueden sentir el uno por el otro —respondió Madeline y fue lentamente hacia la boca de Arnaud, quien la recibió aún más cálido, sabiendo que ya no quería estar más lejos de esa mujer, aunque no debería estar con ella.



Madeline, volvió de sus recuerdos y se quedó reflexionando sobre lo que estaba sucediendo en su vida.

La hija del duque de Avondale estaba despierta en su cama y agitada, revolviéndose de un lado a otro sin poder dormir, mientras la noche aún imperaba allí frente a su ventana.

Madeline hizo todo lo posible para relajarse: contó ovejitas, tomó agua, leyó algunas páginas del libro que tenía en su mesita de noche. Nada logró que ella pudiera tener una buena noche de sueño.

Sin embargo, ella sabía muy bien cuál era el motivo de toda esa agitación, tenía nombre y apellido, además de una presencia viril que la dejaba temblando. Madeline lograba disimular ante otras personas cuánto Arthur llamaba su atención, pero cuando se vio sola con él, como sucedió hace unos días, la situación cambió...

Hacía tres días que su corazón latía acelerado, su cuerpo deseaba el calor de otra persona, caricias que solo los amantes compartían y la última vez que se sintió así fue cuando dio su primer beso a Dominique, esa embriagadora sensación de alegría solo por recordar a esa persona.

Y todo eso sucedió hace mucho tiempo, hoy Dominique era un recuerdo que llenaba su corazón de buenos recuerdos, como había imaginado que sucedería, después de todo algunas situaciones que los rodeaban no tenían solución, tanto de su parte como de la de él. Arnaud siempre había sido sincero con ella y casi todo en su relación había sido su elección, por eso no había sentimientos de amargura hacia él, solo hermosos recuerdos, pero Arthur parecía querer ocupar ese lugar.

Y para su suerte, los primeros rayos de sol aparecieron y por fin podría salir de esa habitación. Con un salto, salió de la cama para hacer algo y tratar de drenar su agitación.



UN GIRO INESPERADO

Tan pronto como se levantó de la cama, Madeline fue a mirar el tiempo afuera, todavía hacía frío debido a la niebla de la noche, pero sin señales de lluvia. El cielo estaba azul turquesa, lo que prometía un hermoso día, y ella decidió montar a caballo.

—Sí, ¡un buen paseo matutino es lo que necesito! —se dijo a sí misma para intentar calmar su mente y su corazón, que no la dejaban dormir.

Pero su razón la reprendió una vez más, sobre todo por lo que estaba pasando en su mente, no podía sentir esto por el futuro marqués de Caterham, era una locura, después de todo, algo con él vendría acompañado de reglas que realmente no sabía si quería seguir y, al final, podría terminar de nuevo con el corazón roto y sola. Madeline necesitaba protegerse de alguna manera..., pero ¿cómo? ¿Cómo arrancar las pequeñas chispas que Arthur ha plantado en su corazón sin lastimarse? ¿O debería dejar que el amor crezca?

Sin respuestas a esas preguntas, se dirigió a su armario, cogió uno de sus trajes de equitación y comenzó a vestirse por sí misma para montar a caballo.

Después de unos minutos, escuchó un golpe en su puerta y luego la voz de la señora Adams. —Buenos días, milady, ¿ya está despierta? —La voz sorprendida de su dama de

compañía la sacó de sus pensamientos.

—Buenos días... sí, ya estoy despierta.

—Podrías haberme llamado, querida, para que te ayudara a vestirme —dijo la dama de compañía, viéndola casi lista.

—No tuve una buena noche de sueño, Lucy —respondió Madeline con tono atento, Lucy Adams había estado a su lado durante tantos años brindándole apoyo, no solo en cosas cotidianas, sino también en situaciones tan difíciles como la muerte de su madre, y sabía que Lucy se preocupaba por ella como una madre. —Y como no pude dormir más, decidí salir a montar a caballo. —Lucy la ayudó a terminar de vestirse.

Una vez que cerró la ropa de Madeline, la dama de compañía la giró con cariño y le pidió:

—Come un panecillo antes de ir a caballo, querida, apenas has comido durante estos días...

Ella asintió con la cabeza —Sí, señora —respondió con una broma y cogió el sombrero que más le gustaba usar para montar a caballo, que se asemejaba a un pequeño sombrero de copa, lady Avondale se apresuró por las escaleras y, como un rayo, pasó por la cocina y cogió un panecillo caliente que acababa de salir del horno. En menos de diez minutos, allí estaba ella, traspasando los límites de su propiedad con la esperanza de que el aire frío de la mañana pudiera suavizar el fuego de deseo que ardía en su pecho por Arthur.

Y de forma instintiva, llevó su caballo al lugar en el que estuvo con él hace unos días, ahora no más ese color anaranjado en el cielo al atardecer, sino los luminosos rayos del amanecer, tan fuertes que atraviesan la oscuridad y nos llevan de nuevo a la luz, y así se sentía cerca de Arthur, como si él pudiera aplacar todos sus miedos y desconfianzas y llevarla por un camino en el que solo había luz y amor...

Madeline volvió la cabeza, con los ojos cerrados, tratando de reprimir las lágrimas, suspiró y volvió a abrir los ojos que estaban con una fina capa de lágrimas.

—¿Qué hago, mamá? —Preguntó al infinito.

Arthur no sabía, pero en el lugar donde le dieron su primer beso, ella había coleccionado varios dulces momentos con su madre, desde la infancia hasta su prematura muerte, y solo allí se permitía llorar el duelo. En todos los demás momentos, Madeline aprendió a ser fuerte como una roca, como su madre le enseñó.

Una suave brisa sopló y, de alguna manera, ella supo que era su madre pidiendo que Madeline calmara su corazón, el tiempo se encargaría de las respuestas y, agitándose en la silla, se alejó de allí galopando e intentando no pensar tanto en el sentimiento que se había instalado en ella. Arthur representaba todo lo que siempre había deseado, pero debido a los contratiempos de la vida, decidió ocultarlo, pero parecía que esos anhelos querían emerger con fuerza en su interior.

Después de unos minutos más de paseo con su yegua, Madeline estaba más tranquila y regresó a casa, entregando su animal a un empleado. Regresó rápidamente a su habitación, pero en cuanto llegó al comienzo de las escaleras, tuvo una alegre sorpresa al ver a su padre bajando para desayunar.

—Buenos días, padre. —Maddie le dio un beso cuando el duque ya estaba cerca de ella. —Qué bueno que bajaste a desayunar.

—Sí, ya no soportaba ver las paredes de esa habitación. —La respuesta de él hizo que una sonrisa se abriera en los labios de la hija. —Y como sé que no tengo todo el tiempo del mundo, bajé para ver este hermoso día y espero que te unas a mí.

—Claro, solo voy a cambiarme y...

—No hace falta, Madeline, estás hermosa así con el olor del rocío —dijo el duque en un tono cariñoso y provocó una sonrisa genuina en el rostro de su hija.

—En ese caso, ¡vamos! —Ella tomó el brazo de su padre, que caminaba con un bastón, y pronto se sentaron juntos en la mesa llena de desayuno.

Avondale y su hija conversaron de manera despreocupada, ella le contó cómo fue el paseo matutino y su padre dijo:

—Si hay algo que extraño son esos paseos a caballo...

Las palabras de su padre apretaron el corazón de la hija, el duque era un hombre fuerte e intrépido, fue él quien la enseñó a montar a caballo tan bien, fue con los innumerables paseos juntos que ella exploró no solo las tierras del ducado, sino también las de varios otros lugares que visitaron juntos. La añoranza por su madre lo fue consumiendo poco a poco y, sumado a las grandes preocupaciones que tuvo por Madeline debido a su accidente, la salud de Avondale se fragmentó.

—Encontraremos la manera de que el señor pueda dar un paseo —dijo ella, sujetando su mano y su padre le dio una sonrisa cariñosa, y para tratar de quitarle esa tristeza de los ojos, Madeline inició una conversación sobre el barco que estaba a punto de llegar con mercancías que serían vendidas a un grupo distinguido de inversores, y después de unos sorbos más de té, la conversación llegó a William, el heredero del ducado.

—¿Ya ha decidido sobre la carta del rector de Eton, el señor Thompson, que pidió autorización para llevar a William y a algunos de sus amigos a un paseo al museo en Londres?

—Hum, recuerdo muy bien cuando fui al museo por primera vez. —Avondale hizo una pequeña pausa y surgieron escenas en su mente de él jugando con los chicos de su edad. Estos recuerdos lo llenaron de una nostalgia que sabía que nunca podría saciar. —Deja que vaya, hija mía, desafortunadamente su padre ya no está en sus mejores días para acompañarlo...

Madeline se acercó a él y, sujetando su mano de forma cariñosa, respondió:

—Puede ser, pero usted sigue siendo el mejor padre que podríamos tener. —El padre la miró con cariño y la hija continuó: —Y William me recuerda mucho a usted, lo que me hace desear haberlo conocido cuando tenía su misma edad.

Abriendo una media sonrisa, el padre, antes de responder, parecía haber sido transportado

a su pasado.

—Es verdad, él se parece mucho a mí, muy consciente de su deber, del papel futuro que desempeñará... y preocupado por el bienestar de aquellos que ama.

—Él será un excelente duque, mi padre.

—Sé que lo será, porque a pesar de ser tan joven, ya tiene un sentido del deber bien desarrollado y tendrá a su lado a ti, su hermana a quien tanto quiere.

—Siempre estaré allí, papá... y espero que me escuche cuando sea necesario.

—Sí, escuchará, querida. —Avondale tomó la mano de su hija y continuó: —Siempre serán un gran apoyo el uno para el otro, William. Mucho antes de su accidente, ya pensaba en cómo protegerte siempre.

—Lo sé, papá. ¡William es mi soldado personal de la guardia real! —La hija y el padre se rieron de la comparación que ella hizo. Desde pequeño, William siempre estuvo muy apegado a su hermana, especialmente después de la muerte de su madre, y eso hizo que el niño quisiera convertirse en el caballero que no permitiría que nada malo le sucediera a Madeline. —Pero quiero que él viva como un niño de su edad.

—Y lo hará, hija mía. Pero nuestro chico ya sabe lo que le espera en un futuro muy cercano y quiere ser quien te proteja, ya que ha notado que tal vez no quieras casarte.

—No seré una carga para él, papá.

—Claro que no, hija mía —respondió rápidamente —, pero tu hermano es un chico inteligente y se ha puesto en ese lugar para protegerte.

—Sí, también me lo ha dicho. Pero no debemos preocuparnos por el momento, vamos a vivir un día a la vez —dijo Madeline y el tema se volvió más ligero. Luego, ambos fueron a la sala de lectura, donde el duque quería leer el periódico y su hija se colocó a su lado para ver la correspondencia que había llegado.

Tan pronto como se sentó a ver las cartas, la atención de Madeline fue capturada por una en particular, dirigida a ella y escrita por su prima, lady Elizabeth Hughes. Así que tomó el abridor de cartas, rompió el sello y tomó el papel. La letra familiar de su prima le decía que ella, su hermano mayor y sus padres estaban yendo a América.

En correspondencias anteriores, Liz ya había mencionado esta posibilidad, considerando que la situación financiera de sus tíos, los barones de Higginson, estaba complicada y vieron en la oportunidad que se les presentó una oportunidad de comenzar de nuevo.

En la carta, Liz se disculpaba por no poder ir a su encuentro, ya que la decisión de partir se tomó rápidamente y, por lo tanto, en el momento en que Madeline esté leyendo esas líneas, la familia ya estará rumbo al barco que los llevará a través del océano.

Lady Avondale leía las noticias con dolor en el pecho, ya que Liz y ella eran muy unidas, pero después del accidente, Elizabeth se sintió enormemente culpable por lo sucedido y los tíos también se sintieron así.

Aunque ella, antes de ir al sur de Francia, les había pedido que no se sintieran culpables, ya que lo que ocurrió fue un accidente, sin culpa de nadie, su relación con su prima se debilitó.

Cuando regresó a casa, Liz y ella solo se encontraron una vez, la prima mostró una alegría genuina por su recuperación, sin embargo, Madeline vio que la amistad y compañerismo de antes se habían desvanecido y era con tristeza que terminaba de leer la carta. Liz informaba que, una vez establecidos, enviaría una carta contando cómo y dónde vivían, pero Madeline sabía que existía una gran posibilidad de que nunca más se volvieran a ver y con ello, la esperanza que aún mantenía en su corazón de que las dos pudieran retomar la convivencia del pasado era casi nula.

Pero esa carta no sería la gran noticia del día, sino la carta entregada en una pequeña bandeja de plata por el mayordomo, tan pronto como terminó de doblar la carta de su prima y solo con ver la mirada del empleado, Madeline supo que no eran buenas noticias.

Después de que el mayordomo salió haciendo una reverencia, Madeline rompió el sello de

la carta que había llegado de su tía, la condesa viuda de Northen, ella decía en pocas líneas que el marqués de Caterham había fallecido por una misteriosa fiebre esa madrugada.

Las letras un poco temblorosas de su tía mostraban sin duda el estado en que se encontraba, ella mencionaba algunos detalles del funeral, pero todo quedó confuso debido a las lágrimas que salpicaron sus ojos, su corazón se apretó solo al imaginar el dolor que Arthur debía estar sintiendo. Su padre, un hombre tan amable y robusto que Madeline nunca había visto estornudar, ahora yacía sin vida.

—¡Dios mío! —dijo, secándose rápidamente las lágrimas de sus mejillas.

—¿Qué ha pasado, querida? —preguntó su padre, con un tono que demostraba que tenía suficiente sabiduría para saber que algo había salido mal.

Ella levantó la cabeza, se levantó y se acercó a su padre, y sentándose en el sillón junto a él, le informó:

—Oh, papá, algo triste ha ocurrido, el marqués de Caterham falleció esta noche.

—¿Lord Caterham? —preguntó el duque, incrédulo.

—Él mismo, papá.

—Dios mío, qué gran pérdida.

—Sí, era un caballero muy honorable.

—Sin duda, hija, y era joven, ¿qué ha pasado? —Avondale hizo otra pregunta a su hija y ella le dijo lo que su tía le había escrito.

—Realmente, la vida es como un suspiro —dijo el duque, entristecido por la noticia-. Por eso debemos vivir el hoy y hacer lo necesario para no tener remordimientos.

—Tienes razón, padre mío —respondió Madeline, mirando la chimenea que los calentaba, se dio cuenta de que, si el miedo la paralizara, el remordimiento podría ser compañía en algún momento.



INCLUSO EM EL DOLOR, LA ESPERANZA PUEDE SURGIR

— Sabes que siempre estaré a tu lado, ¿verdad?

La voz del querido primo, que para él era como un hermano, fue lo que lo hizo volver a la realidad en aquella iglesia.

— Lo sé... — respondió Arthur, aún mirando incrédulo hacia donde el cuerpo de su padre yacía sin vida, adornado con una bandera del reino y algunas flores, lo cual parecía algo irreal para Arthur, que ahora era el nuevo marqués de Caterham.

Nunca en toda su vida imaginó que perdería a su padre a esa edad, un hombre sano y fuerte que nunca se había enfermado, al menos que él recordara, pero la realidad estaba allí frente a él. Su padre había contraído una fiebre que todos pensaban que no era algo grave, pero lo consumió en una semana y le arrebató la vida. Los médicos que lo atendieron no lograron de ninguna manera revertir su estado.

El reverendo habló por unos minutos más y finalmente dio por terminada esa parte del día, ahora era hora de enterrar a su padre.

Arthur, ahora lord Caterham, estaba sacando fuerzas de algún lugar dentro de él para no

derrumbarse en lágrimas como su madre, que estaba a su lado, necesitaba ser fuerte por ella, cuando todo hubiera terminado y estuviera solo, se permitiría llorar, pero ahora tenía que mantener la cabeza en alto.

Por supuesto, el apoyo directo de su tía Margareth, de James y de la adorable Lorraine, que estaba junto a su madre todo el tiempo, con infinita paciencia, ayudándola en todo, era de gran valor.

Los tres habían ido a su casa dos días antes de la muerte de su padre, cuando todos se dieron cuenta de que algo estaba muy mal, pero incluso con su apoyo y el de otros médicos que llegaron a ver a su padre, no se pudo hacer nada.

James seguía a su lado con pasos firmes, apoyándolo en silencio, al igual que Margareth y Lorraine, que lo sostenían cada una de un lado a la marquesa.

Varias personas se acercaron a él para solidarizarse con su pérdida, pero él literalmente no pudo recordar el rostro de ninguna de ellas, y al darse cuenta de su estado atónito, su primo se encargó de hablar con todos, con la maestría de alguien que ya había pasado por eso.

Después del final del funeral, él se dirigió rápidamente hacia la carroza, llevando a su madre y yendo a casa, que estaba silenciosa y vacía. Su deseo era desaparecer de ese lugar, pero no podía hacerlo, después de todo ahora era el señor de esa casa y muchas cosas necesitaban su atención.

Y dio las primeras órdenes a los abogados de su padre para que todo se hiciera, al menos en este primer momento, como a su padre le gustaría. Northen, que estaba a su lado, también dio algunas indicaciones que fueron aceptadas de inmediato y al darse cuenta de cuánto necesitaba su primo estar solo, el conde terminó esa pequeña reunión y los acompañó fuera de la oficina.

Caterham los vio salir y permaneció inmóvil, sentado en el sillón que perteneció a su padre y ni siquiera tuvo fuerzas para levantarse, minutos después, un leve golpe en la puerta llamó su atención y cuando miró hacia la puerta, vio a Lorraine con una pequeña sonrisa en su

delicado rostro, que ya mostraba signos de cansancio. Cerró la puerta y se acercó a él sosteniendo una bandeja.

—Sé cómo te sientes, sé cómo es el dolor de perder a un padre que tanto se quiere -dijo ella, manteniendo una sonrisa en el rostro, pero sus ojos ya estaban empañados-. Intenta comer algo, tu madre te necesita y muchas otras personas también.

Él logró enfocar su mirada en ella y respondió:

—Creo que nunca podré agradecerte lo suficiente por haber estado con nosotros durante estos días...

—No te preocupes por eso, primo, sé que harías lo mismo, pero come, al menos un poco -respondió ella, moviendo la cabeza.

Él suspiró lentamente, cuando Lorraine puso un plato de sopa frente a él.

—Bueno, te dejaré para que comas, si necesitas algo, avísanos.

Con una pequeña lágrima brotando de su ojo e intentando mantener la sonrisa, ella salió y cerró la puerta. El olor del plato frente a él parecía delicioso, lástima que su apetito no regresó, con todo lo que había pasado, Arthur no recordaba cuándo fue la última vez que comió, pero sabía que la condesa tenía razón y se obligó a comer, al menos unas cucharadas.

Cuando vio que ya no podía comer más, dejó la cuchara dentro del plato y logró levantarse, caminó lentamente hacia la ventana y vio aquellos campos verdes donde tantas veces jugó con su padre, más hacia el lado, podía ver el comienzo de los establos donde también aprendió a montar a caballo con él y hasta hace semanas, salieron muy felices para un paseo tan pronto como salió el sol.

Aquellas memorias tan felices hicieron que las lágrimas quemaran su visión y Arthur ya no tuvo fuerzas para retenerlas y se permitió llorar por primera vez desde la muerte de su padre, apoyando su cabeza en la madera de la ventana.

Después de un tiempo que él no sabría precisar, Arthur sintió brazos que lo envolvían, pero él, avergonzadamente, ni siquiera tuvo fuerzas para apartarlos y se dejó quedarse allí llorando su pérdida.

Arthur sentía una mano que acariciaba suavemente sus cabellos y cuando empezaba a calmarse, percibió un olor femenino. Su mente, cansada de todo lo que había pasado en los últimos días, no logró identificar con certeza a quién correspondía dicho olor, pero continuaba instigándose para establecer una correspondencia y mientras intentaba entender quién podría estar allí abrazándolo, se dio cuenta de que la mujer debía ser alta, ya que estaban a la misma altura, y luego escuchó una voz que resonó en sus oídos:

—¿Te sientes mejor?

La voz dulce y compasiva hizo que temblara de pies a cabeza, ¿no podía ser? Ahora, además del dolor devastador en su pecho por la muerte de su padre, estaba teniendo alucinaciones, ¿será que tenía la misma fiebre que su padre? Porque no podía ser ella...

—Si quieres que te traiga algo, dímelo...

La voz le dio fuerzas para soltarse del abrazo y voltearse, y allí estaba ella frente a él, ¡por Dios, era Madeline!

El impacto fue tan grande al verla que otro temblor sacudió todo su cuerpo, ella lo miraba con tanta serenidad y estaba tan hermosa en toda su belleza, incluso vistiendo ropa sobria, y él, por su parte, debía estar hecho un desastre.

El nuevo marqués estaba estático frente a ella, sin saber bien qué hacer cuando Madeline secó dos lágrimas que aún le corrían por los ojos.

—Perdóname por haber entrado aquí, golpeé la puerta, pero cuando te vi llorando, no tuve el coraje de dejarte solo y te abracé.

Él ni siquiera podía formar una frase, porque durante todos esos momentos difíciles, deseaba tanto tener el abrazo de Madeline para reconfortarlo de alguna manera, sabía que no era

posible, sin embargo, aquí estaba ella sosteniendo su mano.

—No necesitas disculparte yo... soy quien debería... —Él intentaba formular una frase coherente, pero su mente parecía aún adormecida ante todo lo que había pasado y también por su presencia.

—Vine a decirte que mi padre y yo sentimos mucho la partida de tu padre, el duque se disculpa por no poder venir, el marqués fue un gran hombre.

—Gracias. —La forma dulce en que Madeline hablaba con él apretaba su corazón y una vez más una ola de lágrimas quería salir. Arthur tuvo que contenerse para no deshacerse, una vez más, frente a quien tanto quería de alguna manera impresionar, para tener una oportunidad. En un intento por recomponerse, volvió a la mesa tratando de tener segundos más para estar más tranquilo.

—Tu padre sin duda hará mucha falta y sé muy bien el dolor que late en tu corazón en este momento... —Escuchó las palabras, que al final salían de forma más baja y tomaban fuerza, volvió su mirada hacia Madeline, que ahora también tenía los ojos llorosos y continuó: —Lo único que puedo decirte es que con el tiempo dolerá menos y los recuerdos que tienes de él serán una fuente de alegría.

—Es lo que quiero, recordarlo sin todo este dolor palpitante en el pecho.

Madeline se acercó a Arthur y sostuvo su mano una vez más y dijo: —Lo lograrás, Arthur, sé que en este momento tal vez no entiendas, pero Dios tiene sus propios designios, nos toca intentar sobrevivir en este momento y tu madre te necesita mucho.

—Sí —dijo, con pesar. —Aunque no sé bien qué puedo hacer para ayudarla.

—Está a su lado, aunque sea de forma silenciosa, porque ella sabrá que están juntos en este momento tan difícil.

Ambos intercambiaron una mirada larga y Arthur rompió el silencio:

—Quisiera que estuvieras también a mi lado. —Sus palabras salieron como una confesión de lo que ya sentía por ella.

Madeline abrió la boca, pero la cerró de inmediato, sabía lo que esas palabras querían decir, Arthur no las dijo como un deseo de amistad, sino de que estuviera a su lado como pidió aquella tarde, antes de que todo se volviera del revés.

Su corazón latió más rápido al darse cuenta de que, incluso bajo tanto dolor por la repentina pérdida de su padre, lo que sentía por ella todavía ardía en su corazón. Incapaz de contenerse, la hija del duque acarició su rostro abatido, que aún conservaba la belleza masculina que tanto le llamaba la atención.

—Arthur, no debemos hablar en este momento sobre lo que se dijo días atrás.

—Yo tampoco tengo esa intención. —Él se detuvo unos segundos para tratar de mantener su voz más firme y continuó: —Pero necesito que sepas que todo lo que dije es la pura verdad.

El nuevo marqués terminó de hablar y giró su rostro hacia abajo, Madeline vio lágrimas obstinadas surgir y, sin poder contenerse, se acercó más a aquel hombre destrozado por la muerte, al igual que ella años atrás por la muerte de su madre. Sin decir nada más, sostuvo su rostro y selló sus labios con los suyos.

Y una vez más, Arthur fue sorprendido, tardó unos segundos en reaccionar y abrazar el cuerpo de la mujer que tanto deseaba, el calor que ella emitía de alguna manera hacía que su corazón latiera más alegre, pero ese momento de felicidad en medio de su tristeza pronto acabó.

—Cuando las cosas se calmen, hablaremos sobre esa tarde, y sé que todo lo que dije es verdad, pero no sé si soy digna de todo tu amor.

—Claro que lo eres, Mad...

—Shhh. —Ella puso su dedo índice en sus labios para silenciarlo y concluyó: - Descansa en este momento, querido, tu madre, tu familia y tus arrendatarios te necesitan.

Mirando una vez más a los ojos entristecidos del nuevo marqués, Madeline salió de su oficina, llevando consigo lo que quedaba del corazón de aquel hombre y despertando en él una chispa de esperanza.



LA REVELACIÓN DE UN AMOR

Francia, ...

Los rayos del sol de verano brillaron en la hermosa habitación en la que Madeline se acomodó desde que llegó al sur de Francia y fue suficiente para despertarla de su sueño, que más parecía un sueño.

Y qué sueño, dicho sea de paso, pero no fue un sueño, ya que se sentía satisfecha de una manera que nunca pensó que existiría, los músculos de sus piernas estaban débiles y una sonrisa descarada se dibujaba en su rostro y esa sonrisa no había surgido esa mañana.

Madeline se volteó y al otro lado de su gran cama encontró una rosa, una más, siempre que la persona responsable de esa sonrisa salía, dejaba una. Al oler la flor, su corazón latía más fuerte, tanto por la felicidad que emergía como por la situación más complicada en la que se había metido.

Era muy cierto que ya no quería vivir bajo ciertas reglas, pero siendo la hija del poderoso duque de Avondale, Madeline necesitaba hacerlo.

Sí, la situación era muy dudosa, ya que el hombre en cuestión no podía darle un futuro, lo

había dicho abiertamente, Dominique Arnaud, el hombre que la hizo tener el coraje de correr riesgos, contó que él y su esposa tenían un matrimonio por conveniencia y a pesar de su intento al principio de vivir de manera más tranquila como pareja, ella lo rechazó, obligada a casarse con el comandante y separada de su verdadero amor, nunca perdonándole a Arnaud por no haber cumplido su petición de no aceptar su mano, y dejó en claro que no compartirían la vida juntos, y poco después del nacimiento de su hijo, los dos comenzaron a vivir vidas separadas. Ella en París y él navegando por los siete mares como comandante de la marina.

Durante la conversación en el encuentro que tuvieron después del primer beso, Madeline pudo ver la tristeza en sus ojos ante esta situación. Si Dominique la dejara, sería un escándalo en la marina y aún más para la mujer que era hija de un poderoso conde. Sin embargo, a pesar de la posibilidad de un escándalo, la vena de audacia y rebeldía que había surgido en Madeline desde que tuvo que luchar por vivir después de su accidente, le dio el impulso necesario. A pesar de todo, no se arrepentía.

Yendo por un camino que dejaría sorprendida a cualquier dama de los salones de Londres, se entregó a ese hombre. La hija del duque ya no quería ser como esas damas que dejó en Inglaterra, y de hecho, nunca volvería a ser la misma.

Sin embargo, no imaginaba que de ahí surgiría algo tan fuerte entre los dos, no esperaba sentirse tan amada por ese comandante que la trataba como una princesa encantada, incluso en el poco tiempo que tenían juntos.

Por supuesto, contaba con la ayuda de sus fieles escuderas, la Sra. Miller y la Sra. Adams, al principio las dos se quedaron sorprendidas al enterarse de toda la situación, pero Madeline les suplicó que la ayudaran, y al ver que la sonrisa de Arnaud le creaba una alegría nunca vista, la Sra. Miller le dijo que la ayudarían.

Pero los amores prohibidos estaban destinados a terminar y con el suyo no sería diferente. Aunque el sentimiento que los unía era fuerte, no sería capaz de romper tantas reglas

y escapar con Dominique por los mares que él conocía tan bien, sabía que no podía, ya que una acción así lastimaría demasiado a su padre y a su hermano. Gran parte de su ser se rebelaba como un león feroz atrapado en una jaula con la posibilidad de volver a Inglaterra.

Qué maravillosa sería la vida si pudiera vivir para siempre con Dominique a su lado, siendo feliz y pudiendo proclamar su amor en todas partes, pero la realidad estaba al acecho, prueba de ello era una carta de su padre preguntando cómo estaba. Madeline veía que incluso su padre escribiendo sin sentimentalismo, la extrañaba mucho. Madeline desearía poder hablar con su padre sobre Arnaud, pero era imposible, sentía un escalofrío en la espalda ante la posibilidad de que su padre se enterara.

El duque informaba en la carta que la visitaría dentro de cuatro semanas, y haciendo un cálculo rápido, sería el tiempo en que todo ya habría terminado, sintiendo una sensación de abandono, Madeline se movió para no angustiarse con eso antes de tiempo. Tendría días, semanas, años para poder vivir esa soledad y decidió arreglarse para otro día, allí en la ciudad de la que se había enamorado y donde encontró el amor por primera vez en su vida.

¿Sería la única vez? El pensamiento pasó por su mente y no sabía responder, pero si fuera la única vez, al menos tendría esta historia para calentar su corazón con los recuerdos, que estarían grabados para siempre en su memoria.



A pesar de la fina lluvia que caía durante su trayecto hasta la casa de los Condes de Northen, Madeline llegó relativamente rápido a su destino y tan pronto como el carruaje se detuvo, uno de sus empleados la ayudó a salir del vehículo. Ya en la puerta, el mayordomo la esperaba y la saludó, pero antes de que ella pudiera entrar en la casa, se encontró con su primo

Northen.

—Buenos días, milady —Él se acercó a ella y le dio un pequeño beso en el dorso de la mano.

—¿Vas a salir, primo? —Preguntó Madeline.

—Sí, perdóname —Dijo Northen con una mirada un poco decepcionada y cansada. - Me gustaría quedarme aquí contigo para hablar sobre cómo está mi madre, pero Arthur necesita ayuda con los abogados para tratar sobre la herencia que dejó mi tío.

—Oh cielos, no te preocupes, ve a ayudarlo.

James recibió su abrigo y su sombrero del mayordomo, Madeline dijo aún:

—¿Cómo está él, James?

Después de ponerse su abrigo, él respondió:

—Aún está inseguro de cómo debe actuar en una u otra situación, pero eso mejorará con el tiempo, sin embargo, está muy afectado por la pérdida y una nueva vida se ha abierto para él con tantas responsabilidades de repente y solo el tiempo puede ayudarlo.

—Entiendo —dijo con el corazón apretado. —Envíale mis saludos, primo.

—Sí, lo haré, después de todo, una mención tuya al ahora marqués puede animarlo de alguna manera —Respondió el conde con una sombra de sonrisa en su rostro y se despidieron. Pasados unos segundos desde su partida, una voz la llamó.

—¡Prima, perdóname por no venir tan pronto como llegaste!

Madeline se dio la vuelta y vio a Lorraine acercándose hacia ella, y después de un abrazo entre las dos, respondió:

—No te preocupes, prima, sé que estás muy ocupada estos días.

—Sí, es verdad, pero tengo que recibir a mi prima favorita en cuanto llegue a mi casa. —

Lorraine sonrió y ambas se dirigieron al interior de la residencia.

—Y mi tía, ¿cómo está? —preguntó Madeline.

— Bien, el médico vino de nuevo esta mañana y dijo que está mucho mejor, su malestar debe haber sido a causa de todos los acontecimientos de los últimos días.

—Sí... los últimos días no deben haber sido fáciles para ustedes.

—Ah, Madeline, en verdad no lo fueron —respondió la condesa con una mirada triste. — Ver todo desenrollándose frente a mí hizo que los acontecimientos pasados volvieran a la memoria y puedo entender cómo se siente el dolor de perder a un padre.

—Sé cómo te sientes... —El rostro de Madeline se entristeció.

—Y en medio de todo esto, Arthur necesita tomar decisiones importantes sobre el futuro.

—Sí, mi primo me dijo que iba allí a verlo.

—Fue y a pesar de que James lo está ayudando en todo lo posible, es Arthur quien tiene que decidir muchas cosas y sé que no tiene la cabeza para eso.

—No es nada fácil...

—En efecto, no lo es... —Lorraine se interrumpió, mirando a su alrededor y hablando en voz baja: —Pero, si me permites decirlo, él se sintió un poco más feliz con tu visita aquel día del funeral.

Lady Avondale no pudo ocultar su sorpresa y se vio obligada a preguntar:

—¿En verdad se sintió así?

—¡Claro que sí! —Lorraine dijo con una sonrisa. —Arthur sintió como si estuviera respirando aire fresco después de pasar días en una casa completamente cerrada, tu visita logró traerle cierta alegría.

Una tímida sonrisa se formó en su rostro y al darse cuenta de que Madeline se había

puesto un poco avergonzada, la nueva condesa cambió de tema:

—¿Y entonces vamos a ver a la condesa?

—¿Sí, pero no voy a molestar?

—Claro que no, Madeline —dijo la más joven, llevándola hacia arriba por las escaleras hasta el cuarto de Lady Margareth. —Le avisé que vendrías a verla y la condesa se emocionó con la visita.

Más pasos y entraron en la sala. La condesa viuda, que estaba leyendo un libro, lo dejó de lado y dijo feliz:

—¡Ah, mi querida sobrina ha venido a visitarme!

—Claro que sí, tía Maggie. —Madeline se acercó rápidamente y después de darle un cariñoso beso en la mejilla continuó: —Vine a ver cómo está, señora.

—Ah, querida mía, los últimos días han sido agotadores y han cobrado su precio, pero agradezco mucho a Dios por estar siendo tan bien cuidada por mi hijo y mi nuera, que es como una hija para mí.

Madeline miró a Lorraine, cuyas mejillas se pusieron rojas con las afectuosas palabras de su suegra, entonces le dijo a su tía:

—Mmm, veo que está siendo muy bien atendida.

Lorraine se acercó a las dos y comenzaron a hablar un poco sobre cómo estaba la condesa viuda y cómo estaban las cosas en la casa de los Caterham, a lo que su tía dijo:

—Ah, Madeline, todo ha sido muy triste, como siempre son estas cosas. Mi hermana está inconsolable, por supuesto, pero tiene un hijo que sé que la cuidará muy bien y se hará cargo de todas las responsabilidades.

—Lo sé, tía, el nuevo marqués es un gran hombre.

—Sí, lo es, y ahora necesita encontrar a una marquesa para estar a su lado, después de

todo, se necesita un heredero.

Las palabras de su tía la afectaron profundamente, todo lo que había dicho era verdad, el ahora Lord Caterham necesitaba una dama respetable a su lado, capaz de desempeñar el papel de marquesa de Caterham y de concebir un hijo, un heredero, y para ella, ambas exigencias disminuían enormemente sus posibilidades.



LA INEVITABLE DESPEDIDA

Francia, ...

Una de las cosas que más le gustaba estar allí era poder escuchar el ruido del mar, Madeline se sentía tranquila con ese sonido, era diferente a los sonidos que escuchaba en la casa de su padre, donde los pájaros cantaban durante la mayor parte del día.

Pero incluso el ruido de las olas no lograba calmarla ese día, su corazón latía desordenadamente, esperando la llegada de Dominique.

La brisa marina dejaba el aire más fresco cuando el reloj marcó las cinco de la tarde y ella escuchó el ruido de los caballos y un carruaje acercándose a la casa, Madeline cerró los ojos intentando mantener la calma, estaría feliz si no llorara copiosamente frente a él, pero una lágrima ya escapaba de sus ojos incluso antes de escuchar su voz, que llegó a sus oídos minutos después.

Fue solo entonces que Madeline abrió los ojos y, volteándose, vio a aquel hombre a quien amaba sinceramente en la puerta de la sala de visitas, donde dieron su primer beso.

Aquí comenzamos, aquí terminamos —Fue lo que ella pensó... Cuando inició este

romance prohibido, tenía plena certeza de que todo tendría un fin, pero no imaginaba que sería tan doloroso.

Dominique dio pasos cautelosos hacia ella y, al acercarse, tomó su mano y la besó con devoción y más rápido de lo que se dio cuenta, Madeline ya estaba con los labios sellados a los suyos.

Se abrazaron intensamente, tratando de que nada pudiera separarlos, pero la realidad era dura y eso Madeline ya lo sabía desde hace muchos años.

—Mi encantadora —Dominique dijo casi como un susurro para ella entre un beso y otro, luego la acurruco en sus brazos.

—Mi barco partirá hoy durante la madrugada... —le contó, acariciando aquellos cabellos sedosos, que sabía que nunca más encontraría en otra mujer... de hecho, Dominique sabía que no encontraría a otra Madeline en su vida, ella era única en toda su esencia.

Pensó en varias posibilidades de estar junto a ella, pero todas las llevarían al ostracismo, a los rumores más sórdidos en boca de todos y lo último que quería era provocar eso, Madeline ya había tenido que pasar por eso tiempo atrás con el fin de su compromiso.

Madeline contó cierta noche, en la que pasaron juntos abrazados bajo la luz de la luna, sobre cómo fueron aquellos días tan angustiantes, para la mujer de la que se había enamorado, y su corazón se rompió con todo lo que pasó a causa del accidente. Su salud muy afectada y el fin del compromiso de forma abrupta.

Dominique tenía ganas de matar al desgraciado de su exnovio por haber tirado a la basura la oportunidad que él daría todo por haber tenido. La niña que se convirtió en mujer en sus brazos no merecía a alguien que la rebajara, sino a alguien que la elevara y eso él no podía hacerlo.

Su corazón sangraba de dolor, al saber que tendría que dejarla. Por primera vez, Dominique experimentaba la daga de la separación del ser amado y podía atestiguar que este

dolor era desgarrador, como ya había visto en varios otros amigos, pero no le había dado la debida importancia.

—¿A dónde has sido enviado? —Escuchó la voz baja de Madeline.

—Voy en misión diplomática a América, mi querida.

—Ten cuidado, por favor, no vayas a caer de nuevo —dijo con los ojos llorosos, pero intentando sonreír.

La caída que sufrió en su barco meses atrás fue la razón por la que tuvo la gran suerte de conocerla y descubrir por primera vez los caminos del amor. Aunque no pudiera estar con ella, Dominique sabía que ese sentimiento nunca moriría en su corazón, sería ese amor el que lo nutriría en las noches en el mar y el amor que compartieron siempre sería un puerto seguro.

—Tomaré las precauciones necesarias, después de todo, si tengo que caer de nuevo, que esa caída me lleve una vez más a tus brazos. —Entristecido y seguro de que estaba haciendo lo mejor para ella, ya que la relación nunca sería aceptada por la sociedad y llevaría a la ruina, la besó nuevamente con toda la pasión que emanaba de sus poros. Su partida era inminente, no pudo retrasar más su viaje y su superior exigía que él fuera el jefe de esta misión.

—Madeline —la soltó y sosteniendo su rostro, secó las lágrimas que caían de sus bellos ojos, - sabes que te amo y te amaré siempre.

—Yo también te amo... —dijo Madeline, con todo su cuerpo temblando de desesperación por la partida.

—Lo sé, pero no puedo darte lo que mereces, así que cuando regrese a Inglaterra, te pido que enfrentes a los envidiosos con la cabeza en alto, sé fuerte como eres y sé feliz con un hombre honrado y que realmente merezca tu amor.

Ella asintió con la cabeza, sin poder decir nada, en su rostro ya se podían ver lágrimas rodando al igual que en el de él, y tomando aire en sus pulmones, Arnaud terminó:

—Si algún día necesitas algo, no dudes en buscarme, moveré cielo y tierra para ayudarte.

Fue lo que logró decir antes de besarla y abrazarla con todas las fuerzas que aún le quedaban en su cuerpo.

Y pasando aquellos últimos minutos, en los cuales se abrazaban en total silencio, finalmente Arnaud se desprendió y besando una vez más su mano de la forma más apasionada posible, miró una última vez aquel rostro amado en un intento de grabarlo en su mente y en su corazón. Dominique finalmente salió para dejar no solo su corazón, sino la mejor parte de él como hombre con Madeline.

Madeline lo vio salir, y sintió como si le arrancaran otro pedazo de su ser, como sucedió cuando perdió a su madre. Cuando vio, por la ventana, la carroza llevándolo lejos para siempre, sus piernas perdieron fuerza y se derrumbó en el suelo y allí lloró por el amor que nunca volvería a vivir.



Todo lo que Arthur estaba pasando de alguna manera parecía haber avivado los recuerdos de Dominique en Madeline.

Tal vez fuera porque el ahora marqués parecía estar fuera de su alcance, después de todo, ¿cómo le diría, sin rodeos, que ya no era pura como la mayoría de las jóvenes casaderas, y que había vivido la pasión en los brazos de otro hombre y no se arrepentía ni un segundo?

Pero... ¿por qué él la quería? ¿Por qué le dedicaba tanta atención y cariño? Aunque sabía que después del accidente podría tener dificultades o incluso no poder concebir.

Madeline se hacía estas preguntas y rápidamente su mente le recordaba las palabras de Arthur de que no estaba pensando en tener hijos, al menos por ahora.

Claro que no lo estaba pensando... murmuró Madeline para sí misma, porque ese día él aún no era el Marqués de Caterham.

Lo más probable es que haya cambiado de opinión... ¿o no?

¿Será que el título cambió eso y todo lo demás en Arthur tan rápidamente? ¿Y entendería él si supiera que ella no era pura como las demás damas que se arrojaban a sus pies? Bueno, si estuviera en una posición de combate como las demás damas en busca de un matrimonio, ¡seguramente iría a la carga en su búsqueda!

Una risita escapó de sus labios y la hizo recordar a ese hombre alto, con un rostro hermoso y penetrante, cabello negro liso como la seda, hombros anchos y brazos fuertes, tal como ella misma pudo comprobar cuando lo abrazó durante el funeral del difunto marqués.

No fue la actitud más prudente entrar en su despacho y verlo en ese estado y abrazarlo con tanta intimidad, pero ella ya había tenido suficientes acciones impensadas o mal vistas y una más no sería un problema.

Sin embargo, en el momento en que lo vio así, fue como si se viera a sí misma en el momento de la pérdida de su madre y lo único que quería era ser abrazada con cariño y eso fue lo que hizo. Aunque sabía que, si alguien los veía, comenzaría el chisme, y se preguntó, ¿Arthur la protegería? ¿El cariño que ella percibió en sus ojos en ese momento de tanto dolor era la verdad que estaba impresa en su corazón?

Madeline, en ese momento, respondió que creía en sus palabras, pero en su interior, la duda aún la corroía.

Y así, más preguntas surgían en su mente, pero sabía que no encontraría una respuesta, para eso tendría que estar frente a Arthur y revelar la verdad. Sabía que era cobardía huir de esa conversación, pero quería mantener guardada un poco más de tiempo esa mirada apasionada que Arthur le dio y no una que la mirara de arriba abajo con desprecio después de saber la verdad.

Sabiendo que divagar no ayudaría en nada, decidió que era hora de empezar el día y tocó

la campanilla de su habitación, levantándose para empezar a arreglarse. Lucy apareció enseguida y la ayudó a vestirse.

—La lluvia que empezó ayer parece que va a quedarse —dijo Lucy mientras daba los últimos toques a su cabello.

—Sí, y va a impedirme montar a caballo y ver cómo van esas plantaciones al sur.

—El Sr. Johnson, nuestro administrador, fue allí ayer por la mañana y cuando regresó, dijo que todo estaba bien.

—Sí, también me lo comunicó, pero siempre me gusta ir yo misma, así mi padre tiene más detalles. Y hablando del duque, ¿ya despertó, Lucy?

—Sí, querida, su ayuda de cámara ya lo vistió, pero hoy su Gracia quiso quedarse en la habitación para desayunar.

—Iré a verlo entonces. —Las dos aún hablaron de un vestido que necesitaba un pequeño arreglo y Madeline se dirigió a la habitación de su padre, situada muy cerca de la suya.

Golpeó la puerta y pronto uno de los empleados la abrió, Madeline pudo ver a su padre en la sala que precedía a su habitación con una taza de café en la mano.

—Buenos días, mi hija.

Ella entró en la habitación y encontró a su padre un poco sonrojado, pero su salud aún era una preocupación que afligía su corazón.

—Buenos días, padre mío. ¿Dormiste bien?

—Sí, mi querida, ¿vas a algún lugar ahora? —Avondale preguntó con una mirada ansiosa hacia su hija.

—No, padre mío...

—Entonces siéntate conmigo para compartir esta comida juntos.

Sabiendo que allí su padre hacía una petición no solo para comer, sino para tener una conversación, Madeline se acomodó en el sillón junto a él y, tomando otra taza, esperó a que hablara.



LA HISTORIA DE UN AMOR

El duque de Avondale, desde muy joven, siempre fue alguien con una personalidad pragmática, raramente hacía berrinches o desobedecía las órdenes de sus padres.

La disciplina le fue enseñada por los duques y se vio muy propenso a seguir las reglas y las buenas costumbres, aunque, cuando ya estaba en su juventud, entendió que a veces las reglas impuestas no eran siempre beneficiosas.

Sin embargo, a pesar de tener unos padres muy correctos, se encontró en un ambiente mucho más amoroso que la mayoría de sus pares, y con el paso de los años, supo que su destino era heredar el título de su padre y casarse con una dama de buena familia y tener un heredero.

Cuando tenía diecisiete años, todavía no entendía muy bien los caminos del corazón y pensó que todo sería fácil, pero se equivocó, ya que heredó su título de forma repentina, siendo aún muy joven, apenas habiendo salido de Oxford.

La muerte del padre del lord Arthur Conolly lo hizo recordar aquel triste episodio de su propia vida, ya que su padre falleció de forma similar al difunto marqués, de la noche a la mañana. El antiguo duque tuvo un malestar repentino y pronto quedó sin vida.

El título le trajo fortuna, tierras y poder, sin embargo, el peso de todo eso resultó ser muy complicado para el joven de aquel tiempo, y solo con el tiempo aprendió lo que realmente era lo correcto.

Pero otra responsabilidad, la de engendrar un heredero, también se volvía cada vez más imperiosa con cada día que pasaba, y pensando que todo se resolvería rápidamente, entró en sociedad en busca de una novia. Sin embargo, desde los primeros bailes, el duque se dio cuenta de que no podría casarse por conveniencia, como hacía la mayoría de la gente.

El joven duque no imaginaba que su corazón tomaría el control de la situación y no permitiría que se entregara a una unión sin el mínimo de afecto, así que numerosas pretendientes pasaron por él, pero ninguna lo conquistó.

Los años pasaron, y en una noche que no tenía nada de especial, algo sucedió. Avondale ya estaba bajando las escaleras para irse, cansado de tener que sonreír a todos, cuando una hermosa dama apareció frente a él y terminó chocando con él, y solo no cayó porque él la agarró de forma ágil. La dama en cuestión era lady Jaqueline Gayle, hija del conde de Ambershire.

Aquel fue uno de sus primeros bailes, su familia, como tantas otras, atravesaba dificultades y, claramente, sus hijas eran una manera de solucionar los problemas financieros.

El duque la vio en el baile y la encontró tan hermosa, pero también con rasgos tan inocentes para estar en un entorno tan complicado como la sociedad. No pudo acercarse a ella, sin embargo, el destino parecía tener sus propios caminos y ella llegó a él de forma inesperada. Cuando el duque la miró directamente y ella se mostró indefensa, con el rostro lleno de lágrimas, su corazón se apretó y un sentimiento que nunca había experimentado antes nació dentro de él.

Más tarde, se enteraría de que Jaqueline lloraba por una grosería cometida por otro señor al que la familia veía como uno de sus pretendientes, pero esas lágrimas fueron las últimas que vería en aquel bello rostro, porque a partir de ese momento, Avondale la conquistaría y la convertiría en suya. Con solo dieciocho años ella y él con más de treinta, se convirtieron en la

pareja más sorprendente de la temporada y al final de ese año, el duque compartía, ahora con lady Jaqueline, la nueva duquesa de Avondale, todas sus alegrías y preocupaciones. En ella encontró el amor que siempre había deseado vivir.

Algún tiempo después de la boda, fueron bendecidos con el nacimiento de Madeline, él descubrió un nuevo amor, tan fuerte que hacía que su amor por la duquesa fuera aún más grande, pero aún se necesitaba un heredero y pasaron algunos años más antes de que finalmente concibieran y naciera William.

Por alguna razón que él no podría explicar, después del nacimiento de su segundo hijo, la salud de su amada Jaqueline comenzó a deteriorarse, su duquesa fue perdiendo fuerzas y después de unos días de malestar que los médicos no supieron explicar ni aliviar, su esposa ya no tenía fuerzas para levantarse de la cama, su eterno amor le dirigió una última mirada apasionada y cerró sus ojos para siempre.

Ese dolor lo atravesó como la espada más afilada que pudiera existir, Avondale deseaba morir antes que estar sin su duquesa a su lado, pero no podía sucumbir, no en ese momento, tenía a Madeline y William aún muy jóvenes y tenía que ser fuerte.

Pero sus fuerzas para resistir ese dolor tan palpitante que cada día lo mataba un poco, y lo que le sucedió a su amada hija Madeline, que tenía la misma personalidad fuerte y la belleza incomparable de su madre, fue otro golpe duro.

Se dio cuenta de que no viviría mucho tiempo y casi ver a su hija sucumbir por meses de agonía lo dejó sin palabras, rogaba a Dios que no se llevara de su vida a alguien que amaba tanto, ya que la pérdida de un hijo sin duda le quitaría todas sus fuerzas.

Sus oraciones fueron escuchadas y su hija comenzó a mejorar. Siguió los consejos del médico lo más rápido que pudo, logrando una mejoría eficiente. Su hija mayor necesitaba estar en un lugar más cálido por un tiempo, y eso fue lo que hizo, enviándola al sur de Francia, a su Maddie, que ya había tenido muchas desgracias: la pérdida de su amada madre, el accidente que

casi le quitó la vida y que terminó con su compromiso debido a su estado de salud.

Deseaba tanto que su hija pudiera vivir el mismo amor que él había tenido con su madre, y por eso, cuando supo lo que había ocurrido en el sur de Francia, a través de las cartas de la señora Miller que decían que su hija estaba enamorada, decidió ir a su encuentro y tomar la decisión de poner fin a esa situación definitivamente y proteger el nombre de su hija, evitando que la sociedad londinense se enterara de su error.

Por eso, le pidió a su fiel sirvienta que vigilara a su hija. Cuando informó a su hija sobre su llegada, era para forzar la partida del comandante Arnaud, a pesar de sus objeciones. Utilizó su influencia para que el comandante fuera enviado en una misión.

Su corazón se alegró cuando llegó y vio a su hija, se dio cuenta de inmediato de que Madeline ya no era esa niña frágil que había salido de Inglaterra, irradiaba una fuerza diferente, Avondale se dio cuenta de que ella había madurado sin duda, gracias a lo que estaba viviendo.

Cuando hablaron sobre su regreso, ella le dijo valientemente que no quería casarse, Avondale aceptó su decisión, porque lo más importante para él era tenerla de vuelta. El tiempo que le quedaba era precioso y debía ser utilizado para enseñar a su hija todo lo que sabía, ya que sus días no serían muchos en esta tierra.

Por eso, cuando miraba a la niña/mujer en la que se había convertido su Madeline, estaba muy orgulloso, había pasado por grandes pérdidas y sufrimientos, pero ahí estaba, de pie y lista para ser el sustento de su propia vida y del hermano que la adoraba.

—Este panecillo está delicioso. —Lo escuchó decir, ya habían conversado sobre trivialidades, pero quería entrar en un tema más delicado y esperaba que su hija no se enojara con él, ya que solo quería su felicidad.

—Sí, nuestra cocinera se lució. —Respondió él, y con una sonrisa hizo una pregunta: —Querida mía, ¿sabes cómo está lord Caterham?

Se dio cuenta de que su hija, que estaba muy entretenida comiendo su segundo panecillo,

de repente prestó toda su atención solo por la mención del lord.

—Bueno, padre, según supe a través de Northen cuando fui a su casa, el nuevo marqués aún está muy triste, pero se está recuperando y ocupándose de lo necesario.

—Entiendo. —Avondale dio un último sorbo a su taza y la colocó en la pequeña mesa a su lado. —Me gustaría que cuando estés con él, hija, le digas que, si necesita algo, puede contar con nosotros.

—Claro...

—Me cae muy bien ese joven y cuando estuvo aquí con Northen, conversamos y vi cómo se convirtió en un gran hombre.

La hija, que removía su té con una cuchara, se sorprendió con las palabras de su padre y no resistió:

—¿Ustedes conversaron?

Avondale se dio cuenta de que la pregunta era una trampa.

—Sí, querida, cuando tú y tu primo fueron a ver el caballo que estaba llegando, conversamos por algunos minutos.

—Ah sí, lo recuerdo... —Sorbiendo su té, su curiosidad por saber qué pensaba su padre del hombre que ocupaba cada vez más sus pensamientos ganó y se encontró preguntando. —¿Y de qué hablaron?

—Sobre algunos asuntos, pero durante la conversación me di cuenta de que él es un hombre sincero y que no oculta sus sentimientos.

Más interrogantes surgieron en su mente y, colocando su taza en la mesita al lado, le dijo a su padre:

—Wow, no imaginaba que ustedes dos hubieran tenido una conversación tan profunda.

—No fue profunda, querida, pero disipé la duda que tenía desde hace algún tiempo...

—¿Qué duda?

—Que Caterham se ha enamorado de ti.



UNA CONVERSACIÓN ENTRE PADRE E HIJA.

Avondale vio a su hija parpadear varias veces con sus largas pestañas intentando entender lo que había salido de su boca, él sabía que había sido más directo de lo que pretendía, pero lo hizo porque a su hija no le gustaban los rodeos, al igual que a él. Sin embargo, no quería decirle a su hija que había sido él quien confrontó al joven sobre el asunto.

La observó frente a él sin reacción, un ligero rubor apareció en sus mejillas, otro indicio de que Madeline también estaba muy interesada en el ahora marqués.

Después de todo, no solo en Caterham el duque vio nacer un sentimiento, también lo había percibido en su hija, quien se hacía la difícil, fingía poco interés, pero el padre sabía que ese era uno de los indicadores de que lord Caterham también la afectaba.

—Vamos, Madeline, no te pongas así, no es la primera vez que esto sucede...

—¡Pero es la primera vez que escucho algo así de ti!

El padre le dedicó una sonrisa cariñosa y continuó:

—Es cierto, pero apuesto uno de mis caballos a que el sentimiento es mutuo.

Con esa respuesta, los ojos de Madeline brillaron de sorpresa y ella giró un poco la cara.

—Mi Maddie —el padre dijo cariñoso y se acercó —, soy tu padre y sé muy bien qué tipo de hija tengo, debo decirte que me alegraría mucho si quieres casarte con Caterham, es un buen hombre, honesto y...

—Lo sé, padre, pero no lo merezco —dijo la hija, interrumpiéndolo. —Él merece una dama mejor que yo.

—¿Y quién sería esa dama? ¿Quién sería mejor que tú en elegancia, gracia y belleza, además de ser hija del duque de Avondale? —preguntó el padre con un tono incisivo.

—Una mujer pura y respetable que no hubiera tenido tantos problemas en su pasado. —respondió la hija en el mismo tono.

El duque escuchó la pronta respuesta de su hija, su corazón se contrajo al ver que ella no se consideraba merecedora de experimentar un nuevo amor. Avondale sabía que, debido a lo que había hecho, Madeline no se arrepentía, pero siempre se colocaba por debajo de esas damas recatadas que seguían rigurosamente las reglas impuestas, sin embargo, no siempre las reglas eran tan importantes...

—Querida, créeme cuando te digo —el padre se adelantó un poco y puso su mano sobre una de las manos de su hija —, el hombre que realmente te ame no se preocupará por lo que haya pasado en tu pasado, ni siquiera por lo que ocurrió en Francia.

—No es así...

—Sí, lo es. —Esta vez fue el padre quien la interrumpió. —Si un hombre realmente ama a una mujer, es capaz de negociar con el mismísimo diablo para tenerla en sus brazos para siempre.

—No sé si soy merecedora de eso...

—Claro que lo eres, Madeline —dijo el duque y apretó cariñosamente la mano de su hija. —Por Dios, mírame.

La hija, que ya tenía una pequeña capa de lágrimas en los ojos, se volvió tímidamente hacia su padre.

—Mi niña, todos podemos cometer algún desliz, pero eso no define nuestro carácter, sino nuestras acciones diarias.

La hija, mientras el padre hablaba, sentía cómo su corazón se aceleraba, nunca imaginó que su padre hablaría de Arthur, pero él la conocía demasiado bien como para no haber notado cómo se sentía cerca de él. Meses atrás, cuando su padre estaba mejor, se encontraron con la familia Conolly en algunas cenas organizadas por nobles de la región, y Madeline intentó de todas las formas posibles no mostrarse encantada por el hombre que la miraba con tanto cariño e interés.

Cuando él estuvo en su casa, semanas atrás, Madeline quedó deslumbrada por tenerlo en un ambiente íntimo y vio con alegría la excelente interacción entre él y su padre, pero una lágrima escapó de sus ojos antes de confesar.

—Me encantaría tener esa certeza...

—Hija, te lo digo no de manera frívola, sino porque tengo algo de experiencia de vida, es imposible fingir un amor apasionado como el que Caterham siente por ti.

Ella apartó la mirada de su padre, porque sabía que comenzaba a ruborizarse, pero él continuó:

—Y sé que este corazón, que ha pasado por algunas adversidades, late más fuerte cuando lo ve.

—Sí, late... —confesó ella con un hilo de voz, hacía mucho tiempo que quería expresar lo que sentía, pero no tenía el coraje de hacerlo, sin embargo, sabía que su padre nunca la reprimiría por sus sentimientos.

El duque miró a su hija con todo el cariño posible y le dijo:

—Mi amada hija, tu madre y yo te criamos con todo nuestro amor y dedicación, y deseamos que seas exactamente lo que eres hoy, una mujer fuerte y maravillosa con aquellos a quienes amas, pero no huyas de la felicidad que está llamando a tu puerta. Lo que pasó, pasó. Reúne valor y abre la puerta de tu corazón a la felicidad, porque solo tú puedes recibirla en tu vida.

Madeline miró profundamente a los ojos de su padre, que mostraban signos de que su salud estaba frágil, pero vio en esa mirada la misma fuerza, determinación y amor que sentía por ella cuando era una niña. Y se dio cuenta de que su padre tenía razón, no podía acobardarse, debía de alguna manera aceptar el amor que Arthur tanto quería darle, aunque solo fuera por un tiempo.

Secando algunas lágrimas, respondió a su padre:

—Está bien, intentaré dejar de lado algunos miedos y abrirme...

—Sé que situaciones pasadas te han hecho mantener una actitud cerrada con respecto al matrimonio... —dijo Avondale, acariciándola.

—Sí... —respondió ella, asintiendo con la cabeza.

—También sé que hoy en día, la idea de relacionarte con un heredero que tiene un título y asumirá inmensas responsabilidades, al igual que tú, te pone nerviosa, pero...

—¿Pero? —la hija lo miró con expresión de interrogación ante el repentino silencio de su padre.

El duque volvió su mirada hacia ella y finalmente dijo:

—Pero creo que Caterham es diferente a la mayoría.

—¿Por qué crees eso?

—Porque veo que no quiere moldearte según sus deseos, no te quiere solo para tener una marquesa y herederos, él te quiere para amarte y cuidarte.

Al escuchar las palabras de su padre, Madeline sintió que su corazón se apretaba, porque eso era lo que siempre había deseado para sí misma, pero había escondido ese deseo en un lugar cerrado de su corazón.

—Por eso, hija, dale una oportunidad a Caterham y ve cómo se comporta y con el tiempo, sé que tendrás confianza para dar un paso más grande. —Avondale secó una lágrima que se deslizó por el hermoso rostro de su hija.

—Está bien, padre, seguiré tu consejo —respondió ella, acariciando la mano de su padre y su rostro.

—Bueno, ahora vamos a desayunar, estos pasteles parecen deliciosos para hacer que la sonrisa vuelva al rostro de mi niña, no quiero que estés preocupada tan temprano.

Las palabras de su padre hicieron que una sonrisa apareciera en el rostro de Madeline, quien siguió su pedido y comenzaron a desayunar de hecho, pero su corazón latía más rápido con un pequeño coraje que se formaba en su pecho.

Realmente necesitaba intentarlo, si no lo intentaba, nunca sabría cómo sería tenerlo a su lado, anhelaba descubrirlo, ser abrazada y acariciada por sus labios.

Su padre hablaba animadamente sobre los nuevos caballos del establo, pero la hija terminó mirando distraídamente más allá de las grandes ventanas de la habitación del duque, ella decidió que haría algo para estar más cerca de Arthur, solo necesitaba saber cómo, y mientras su mente buscaba una salida, una idea surgió para que su viaje finalmente comenzara.



UMA AYUDA BIENVENIDA

Las ruedas del carruaje que llevaban a lady Avondale a su primer destino de esa tarde comenzaban a perder fuerza para que su compañera pudiera subir.

—¡Buenas tardes, querida! —fue lo que Madeline dijo, con una amplia sonrisa, a la esposa del primo, lady Lorraine, tan pronto como esta apareció en la entrada del carruaje.

—¡Hola! —Lorraine subió con la ayuda del cochero y devolvió la sonrisa que recibió, ya acomodada al lado de Madeline, las dos se abrazaron rápidamente mientras el vehículo volvía al camino hacia el destino ya acordado.

—Ah, espero que a lady Evangeline le gusten estas galletas que preparé para ella.

—Le van a gustar, sí, ¡son maravillosas!

— ¡Ah, gracias! —Lorraine respondió con una sonrisa tímida y volvió a atar el lazo de la caja que llevaba.

—Y espero que la marquesa le guste esta mermelada de mora que traje del pueblo que está cerca de nuestra casa.

—¿Esta es la mermelada que comí cuando fui a tu casa la semana pasada?

—¡Sí, esa misma! —Madeline dijo, volteándose para agarrar otro paquete. —Y como sé que te gustó mucho, ¡este frasco aquí es para ti!

—Ah, gracias —dijo la condesa, recibiendo el pequeño paquete. —¡Me enamoré de esta mermelada y supe que a James también le gusta mucho! —Lorraine dijo con una expresión entusiasmada.

—Me di cuenta de cuánto te gustó esta mermelada, así que tenía que traerte una.

—Gracias, Madeline, ¡la compartiré con tu primo!

—¡Hazlo, sí! —Sonrió y continuó: —Mi madre también amaba esta mermelada y la compartió con mi padre desde el principio de su matrimonio, como tú.

Lorraine, que miraba a Madeline, notó una rápida sombra de tristeza pasar por los ojos de la hermosa mujer frente a ella, la condesa sabía cuánto extrañaba a su madre, ella misma no podía imaginarse viviendo sin la suya y por eso decidió cambiar de tema y hablar de un caballero en particular.

—Espero que antes de que nos vayamos, Caterham pueda llegar... —Y sus palabras lograron llamar la atención de la mujer a su lado.

—Bueno, ¡estoy contando con la suerte!

—¡Ah, y ella nos sonreirá! —Lorraine respondió con los dedos cruzados y continuó: —Y gracias por confiar en mí para esta pequeña aventura.

—¡Oh, cuando dije que había encontrado una compañera de aventuras, no estaba bromeando! —Ella respondió con una amplia sonrisa y Lorraine pasó su brazo por los hombros de Madeline para darle un pequeño abrazo.

Las dos conversaron y después de unos momentos más, finalmente la carruaje se detuvo y la puerta se abrió para que las dos salieran y fueran recibidas en la casa de los Marqueses de Caterham.

El mayordomo, que las esperaba en la puerta, después de tomar sus capas, las guió hacia donde lady Evangeline las esperaba y tan pronto como sus figuras aparecieron en el umbral de la sala de visitas, la marquesa se levantó para recibirlas.

—Ah, mis queridas, ¡qué bueno que llegaron!

Lorraine fue la primera en saludar a la marquesa, seguida por Madeline, quien dijo:

—Nosotras agradecemos marquesa por haber aceptado nuestra visita.

—Siempre es bueno recibir a quienes realmente nos quieren bien, especialmente en momentos como los que estoy viviendo.

—Es verdad, milady —dijo Lorraine y ambas se sentaron donde la marquesa indicó.

—A pesar de extrañarlo mucho en mi corazón —Lady Evangeline hizo una breve pausa, mientras sus ojos se dirigían a un cuadro donde ella y el difunto marqués estaban inmortalizados por los trazos de un pintor, volvió a hablar aún mirando la imagen —, sé que mi Robert nunca hubiera querido verme llorando por los rincones.

—Seguramente no —confirmó Madeline.

—Bueno —con una fina capa de lágrimas en sus ojos, la marquesa se volvió hacia las visitas - mandé traer té y algunas galletas para nosotras.

—Muy amable de su parte, marquesa, pero las galletas corren por nuestra cuenta... —dijo Lorraine con una sonrisa, mostrando la caja que había traído en un pequeño bolso.

—¡Y también la mermelada! —completó Madeline.

—Las dos me han sorprendido, ¡estoy encantada! —Lady Caterham sonrió ampliamente a ambas y tomó una de las galletas que le ofreció la nueva condesa de Northen, y después de darle un mordisco, dijo: —¡Qué maravilla estas galletas, querida!

En ese momento, una de las criadas llegó a la sala y colocó el servicio de té y los acompañamientos que la marquesa había pedido.

La dueña de la casa tomó un pequeño cuchillo y untó un poco de la mermelada traída por Madeline en una de las galletas regaladas y quedó encantada con la combinación.

—Veo que las dos me han traído un regalo más que delicioso.

Ambas sonrieron entre ellas con una mirada triunfante y agradecieron a la marquesa, luego las tres comenzaron a hablar, los temas fueron sobre cómo Arthur estaba lidiando con las nuevas responsabilidades, y en esta parte Madeline tuvo que contener una sonrisa de orgullo al escuchar cómo se estaba desempeñando muy bien en la administración, a pesar de extrañar mucho a su padre.

—Sin duda, milady, su esposo siempre será recordado por nosotros con mucho cariño - dijo Madeline sinceramente.

—Seguramente, a pesar de que yo misma pasé poco tiempo con él, ¡siempre estará en mi corazón! - completó Lorraine.

—¡Gracias queridas! —Lady Evangeline respondió con voz cariñosa, cambiando el rumbo de la conversación a cosas más mundanas, como una nueva especie de flor que estaba germinando en su invernadero. Al ver el interés de las dos frente a ella, mencionó que el difunto esposo dejó una colección de libros sobre el cuidado de varias especies de flores y plantas, y después de un tiempo más de conversación, la marquesa dijo a la condesa:

—Y tenemos este piano desde hace mucho tiempo... —Lady Evangeline notó las miradas de Lorraine hacia el piano. —Condesa, ¿por qué no nos da el privilegio de escuchar un poco de la melodía que milady sabe tan bien tocar?

Colocando su taza de té en la mesita frente a ella, Lorraine sintió que sus mejillas se calentaban, ya que se dio cuenta de que la marquesa había notado sus miradas ansiosas hacia el piano que estaba a unos tres metros de distancia.

—Ah, milady...

—Vamos, sé lo bien que sabes tocar, y sería maravilloso poder escuchar algo de música

en mi casa.

—Bueno, si es así. —Y con pasos rápidos, la condesa se sentó frente al instrumento y escuchó a la marquesa decir:

—No sé cuánto está afinado esto, pero creo que milady puede superar este pequeño problema.

Y tocando tres notas, dijo:

—El piano está bien, solo necesita afinarse un poco. —La condesa hizo algunos movimientos en los pedales y en las cuerdas, pronto se pudo escuchar un sonido claro.

Mientras una melodía alegre comenzaba a viajar por la residencia, fuera de la casa aparecía otra carroza en el horizonte.

Esta, que estaba completamente lacada en color negro y tenía el escudo de armas de la familia Conolly, traía de vuelta a casa al marqués.

Lord Caterham venía de un día tumultuoso, su cabeza latía por la situación que había pasado. El nuevo marqués había tenido su primer enfrentamiento con uno de los administradores de sus tierras. Arthur intentó mantener la calma junto al administrador de todas las formas posibles, pero parecía que el hombre, al saber que aún no se había adaptado completamente a su nuevo papel, lo provocó para obtener lo que quería, es decir, que su voluntad prevaleciera sobre la de él. Sin embargo, lo que no esperaba era que, a pesar de no estar tan bien adaptado para ser el nuevo marqués, Caterham supiera responder de manera tan contundente que hacía que todos quedaran alertas.

—Sr. Dincks, lo que dije sobre las tierras es lo que se hará, después de todo usted es mi subordinado.

—Pero soy yo quien cuida de estas tierras y...

—Y ya llevamos dos temporadas de fracasos con su administración —Arthur lo

interrumpió, pero el empleado siguió hablando:

—Eso no fue un error mío, las lluvias y el frío no colaboraron.

—Y es su deber como administrador estar preparado para superar contratiempos como este.

—Y estoy preparado, milord es muy joven y aún no tiene experiencia, por eso tomé la decisión...

—¡Usted no va a decidir nada! —Arthur lo interrumpió una vez más, su tono de voz alto hizo que el hombre frente a él y los demás empleados asintieran de inmediato. Respirando profundamente, habló en un tono de voz más bajo, pero que salió de manera más cortante que su frase anterior. —Usted es mi empleado y hará lo que yo decida que se haga, y si no se siente cómodo recibiendo órdenes mías, puede pedir su renuncia.

Caterham dijo todo mirando a Dincks, pero pudo percibir la sorpresa en las expresiones de los demás y, poniéndose su sombrero, salió de la habitación a pasos firmes y con cara de pocos amigos hacia su carroza. Dentro, lejos de todos, logró relajarse y percibió un dolor de cabeza que empeoraba aún más su humor. Arthur ansiaba llegar a casa para poder descansar, pero el destino tenía otros planes.



UNA VISITA INESPERADA

El sacudir de la carroza hacía que el dolor de cabeza del lord Caterham aumentara en cada momento y cuando vio aparecer, en el horizonte, su casa, agradeció a los cielos por estar llegando, sin embargo, en cuanto la puerta del vehículo fue abierta, otro sonido, poco familiar para su casa, fue percibido.

Arthur se extrañó del sonido y cuando estaba a dos pasos de la puerta principal, su mayordomo apareció y lo recibió.

—Buenas tardes, milord —El señor Callie lo saludó —Ha llegado...

—¿Quién está tocando el piano? —el marqués no dejó que el empleado terminara.

—Es la condesa de Northen, señor —el mayordomo respondió, tomando para sí el abrigo del marqués y su sombrero.

—¿Lorraine? —preguntó, ya contento con la visita.

—Sí, y Lady Avondale está con ella.

—¿Madeline? — Sin embargo, Arthur, que miraba despreocupadamente hacia la dirección del sonido, en ese instante volvió sus ojos ávidos hacia una confirmación, el mayordomo que permanecía imperturbable.

—Exactamente, milord —Callie respondió, tranquilo —¿Puedo llevarlo...?

—No es necesario, señor Callie, no voy a tomar más su tiempo, iré yo mismo hacia ellas.

—Como desee, milord. —Con un gesto de cabeza, el mayordomo se alejó y el corazón de Arthur latía tan fuerte como la parte de la música que era tocada con tanta fuerza por Lorraine.

Caterham avanzó con pasos firmes agradeciendo mentalmente por la música, pues sentía que su corazón latía tan fuerte que estaba preocupado de que escucharan los latidos.

Cuando estaba a tres pasos de la puerta, respiró profundamente y espió como un gato por

la rendija de la puerta, su intención era sondear por unos segundos antes de entrar, para tener un vistazo de quién era la razón de su corazón casi saltar de la boca. En su primer intento, no vio a nadie. Así que se acercó más cambiando de posición, finalmente sus ojos encontraron el objetivo que tanto anhelaba.

Allí estaba la mujer que aparecía en sus sueños, pero cuando amanecía, su cama estaba vacía, sin el calor de los besos y abrazos que él le daba durante la madrugada y pasaba todo el día recordando las sensaciones.

Madeline estaba mirando atentamente a Lorraine tocar, su perfil delicado y fuerte era lo más hermoso que había visto en una mujer, su piel blanca y delicada recordaba a la porcelana proveniente de China que su padre había comprado, sus hombros bien definidos estaban un poco expuestos por el escote del vestido y Arthur ni siquiera tenía que cerrar los ojos para recordar el calor que había sentido emanar de su piel cuando la besó semanas atrás. Esa tarde era sin duda la más vívida de su vida, y él quería tanto, pero tanto poder revivir todo lo que había sentido con ella en sus brazos.

Aunque Caterham podría quedarse allí mirándola durante horas, estar más cerca de ella era aún mejor y por eso, con un pequeño golpe en la puerta, anunció su llegada.

—¡Miladis, buenas tardes! —Arthur dijo, tratando de mantenerse tranquilo. Dirigió toda su atención hacia la madre, para que no quedara demasiado evidente el efecto que la mirada de Madeline provocaba en él.

La marquesa lo recibió con una sonrisa cariñosa y él fue al encuentro de su madre, que ahora, después de muchos días tan triste por la casa, tenía un poco de la alegría característica en sus ojos.

—Ah, hijo mío, qué bueno que has llegado.

Él le dio un tierno beso a su madre y sus ojos se volvieron hacia la izquierda, donde Lorraine ya se había levantado del piano y se acercaba hacia él.

—¡Primo Arthur!

Él hizo el mismo gesto afable y cálido con la esposa del primo, desde el principio le gustó mucho Lorraine, especialmente por hacer tan feliz a su primo, pero poco a poco encontró puntos en común con la ahora condesa y la relación de los dos era la mejor posible. Y, después de todo lo que ocurrió con la muerte de su padre, podría decir que sin duda ya la amaba como a una hermana.

—¡Llegué aquí y me encontré con esa melodía tocada por milady!

—¡Gracias! —respondió Lorraine, poniéndose un poco colorada en las mejillas, lo que hizo reír a Arthur. —Vinimos a hacer una visita a tu madre y ella me pidió que tocará.

—Me alegra mucho y puedes venir siempre a tocar a mi casa —respondió la condesa, abriéndole una sonrisa genuina y ese momento, más ligero, lo preparó para dirigirse a la última dama que faltaba saludar, pero al marqués siempre le gustó dejar lo mejor para el final.

—Buenas tardes, milady, me alegra que hayan venido a visitarnos.

—El placer es mío, milord. Lady Northen y yo vinimos a pasar unos momentos con tu madre y te estábamos esperando para el té.

Madeline respondió suavemente, como a Arthur le gustaría estar, pero mirándolo profundamente a los ojos, una vez más vio una pequeña chispa en la que ella lo deseaba tanto como él a ella.

Los dos se miraron durante segundos que fueron intensos, el contacto fue interrumpido por su madre.

—Ah, sí, querido, te estábamos esperando y discúlpame por no haberte avisado que íbamos a recibir visitas.

El marqués miró a su madre y respondió:

—No te preocupes, madre. Me hiciste una sorpresa muy agradable. —Arthur se volvió

hacia Madeline después de pronunciar la última palabra y en su pensamiento completó. —Mucho más que agradable.

—Me alegra que hayan esperado por mí para el té —volvió a decir Arthur, apartando la mirada de lady Avondale, su autocontrol se estaba desmoronando y necesitaba distraerse con algo. —Así podré disfrutar de la presencia de nuestras visitas por más tiempo.

Caterham intentó entablar conversación con su madre y Lorraine durante el té, pero no pudo evitar intercambiar miradas intensas con la otra visitante, aunque solo fuera por segundos, Madeline, que estaba frente a él, parecía atraerlo como un imán. La satisfacción de al menos tenerla tan cerca ya dejaba su estado de ánimo más satisfecho de lo que había sentido en días, sin embargo, la proximidad hacía que quisiera mucho más que esa distancia medida y esa educación pulida.

La madre y Lorraine hablaban de un tema y otro, él siempre era invitado a dar su opinión y Madeline, acompañaba a las dos de forma más comedida, más observando que hablando, al igual que él.

—Ah, estos pastelitos están deliciosos —dijo Lorraine después de haberse comido el último trozo, colocando el pequeño plato que sostenía en la mesita que estaba en medio de la sala.

—Es verdad, lady Caterham, felicite a la cocinera de nuestra parte - añadió Madeline.

—Le transmitiré los cumplidos y me alegra que a las dos les haya gustado —respondió la marquesa con una sonrisa en el rostro, removiendo su té. El hijo, que a pesar de estar encantado de ver a su madre más relajada después de todo lo que había ocurrido, estaba maquinando una forma de poder hablar a solas con Madeline antes de que ella se despidiera y se fuera. Tenía poco tiempo, después de todo estaba empezando a anochecer, sin embargo, la ayuda vino de un lugar que no esperaba.

—Ah, milady - dijo la condesa, levantándose de su asiento para ponerse al lado de la

marquesa —Pronto tendremos que partir, pero antes me gustaría pedirte, si no es mucho pedir, que veas esos libros sobre botánica que mencionaste antes.

—Claro, querida —dijo la marquesa, poniendo su taza en la mesita y levantándose — ¡Vamos! Estos libros serán más útiles contigo. —Y así las dos se fueron sonriendo y casi como por un milagro, Arthur se quedó solo con quien tanto deseaba estar.

Toda su atención se dirigió directamente a la mujer con quien compartía la habitación, y sus miradas se encontraron cargadas de la misma intensidad. Arthur mantuvo la emoción suspendida en el aire el tiempo que pudo, porque pronto su cuerpo olvidó todo a su alrededor y acortó la distancia entre los dos más rápido que dos latidos de su corazón.

Caterham estaba frente a ella y Madeline aprovechó que estaba a su alcance y finalmente dio rienda suelta a sus deseos más secretos, de tocar al hombre que estaba haciendo que su figura estoica se resquebrajara de dentro hacia fuera, sus delicados dedos recorrieron la mandíbula de Arthur, el contacto hizo que un escalofrío recorriera su cuerpo y sus ojos se encontraron con los suyos, pero el contacto duró poco, porque el marqués la agarró y la besó ávidamente.

El beso fue duro, como si los dos se castigaran por la abrumadora añoranza que sentían, su cuerpo fue tirado hacia adelante chocando con el de Arthur, pero Madeline logró salir de ese momento, porque sabía que no tendrían mucho tiempo y necesitaba hablar.

—Necesitamos encontrarnos para hablar —su voz salió casi como un susurro, pensó que él podría no haberla oído, pero la respuesta casi inmediata la tranquilizó.

—Sí, por favor, cualquier día y hora que quieras...

—Entonces nos encontramos mañana alrededor de las cuatro de la tarde, en ese arroyo de hace unos días.

—Sí, estaré allí —respondió Arthur, agarrando su mano, completó: —Por Dios, Madeline, no aguanto más estar lejos de ti. —Esa era una de las grandes verdades de la vida del nuevo marqués, suspiraba en los rincones solo pensando en la mujer frente a él. Con delicadeza,

llevó su otra mano a acariciar sus labios rosados, que debido a los besos parecían un poco más grandes, volvió a hablar: —Pídeme cualquier cosa, pero no me dejes lejos de ti...

Sintiendo su piel hormiguear donde los dedos de Arthur pasaban tan suaves como una pluma, Madeline hizo un gran esfuerzo para responder:

—Conversaremos mañana...

Pero al dar su respuesta, su lengua tocó la punta del dedo índice de Arthur, esto hizo que su armadura se resquebrajara aún más y ella podía ver claramente que él intentaba contenerse para no besarla. Sería ella quien acortaría una vez más la distancia y selló sus labios con los suyos, sintió cómo él rodeaba su cintura con el brazo, haciéndola desear mucho más que ese beso.

Madeline sabía que esto era una locura total, en cualquier momento la marquesa volvería o algún empleado podría entrar en la habitación, pero quería probar una vez más sus labios, sentir su cuerpo adaptarse al cuerpo rígido de Arthur.

Sintió el otro brazo de Caterham envolver su cintura, el movimiento la hizo pegarse aún más al cuerpo fuerte de él, incluso con toda la ropa, pudo percibir la protuberancia rígida que crecía entre los dos. Fue imposible que el beso no se volviera más intenso, pequeños gemidos salieron de sus bocas, lo que hizo que Madeline deseara estar allí recibiendo su amor por todos los días de su vida, pero la realidad no era esa y con mucho esfuerzo logró soltarse de él.

—No... —dijo Arthur, suplicante, ya no sintiendo el calor y el sabor de ella.

—Shii - ella lo silenció, poniendo un dedo en sus labios. —Mañana... No te olvides.

—No soy capaz de olvidar todo lo que más deseo en mi vida —Arthur respondió y dejó caer sus brazos para liberarla de su posesión.

—Entonces nos vemos mañana —Madeline respondió y recomponiéndose, siguió con pasos un poco vacilantes alejándose de Arthur, dejándolo una vez más con un apretón en el pecho mientras esa distancia se trazaba. Caterham sabía que esa noche sus sueños con ella serían

más reales que nunca.



LA CONVERSACIÓN ESPERADA

Dormir fue algo difícil para Arthur, su mente solo podía recordar la sorpresa que tuvo cuando llegó a su casa. Lo que sucedió antes de eso dejó de tener importancia, sus sentidos estaban agudizados por la figura de Madeline, por su visita, algo que él deseaba que se repitiera más veces, de hecho, deseaba que ese fuera su hogar, quería una vida con la dama.

Sus recuerdos también pasaban por los besos que dio en sus labios, que después del interludio de pasión, se volvieron más rosados de lo que ya eran. Para dejarla ir, necesitó mucha concentración y, después de su partida, una buena ducha fría en cuanto estuvo en sus habitaciones.

Y allí estaba él, en la privacidad de su habitación, rodando en la cama, desesperado porque amaneciera y comenzara el nuevo día.

Pero la noche aún se mantenía y el amanecer tardaría, su mente no quería calmarse, ya que la anticipación de la conversación al día siguiente lo dejaba ansioso, pero su intuición, que era aguda, le decía que sería una conversación un poco difícil. Algo parecía susurrarle al oído que Madeline abriría una parte de su pasado, imaginaba que eso la dejaba tan tensa como él estaba ahora.

Arthur no podía imaginar algo que ella dijera que lo alejara, pero nada ayudaba a esa ansiedad en ese momento, así que se dio la vuelta, cerró los ojos e intentó relajarse y dormir de alguna manera. Después de todo, necesitaba estar bien para el día que se acercaba.

Finalmente, el sueño llegó y solo despertó con la entrada de su ayuda de cámara en su habitación, que abrió las cortinas dejando que la luz clara de la mañana llegara directamente a sus ojos.

—Buenos días, milord. Veo que estás logrando volver a dormir y solo despertar después del amanecer —dijo Jenkins, su valet, organizando sus ropas.

—Sí, un poco. —Desde la muerte de su padre, Arthur había tenido sus noches de sueño interrumpidas antes del amanecer. Todos los días, cuando su ayuda de cámara entraba en su habitación, ya estaba despierto, pero Jenkins no necesitaba saber el verdadero motivo de despertar solo a esa hora.

—Milord, ¿debo preparar su ropa para montar?

—No, Jenkins, saldré solo por la tarde, hoy por la mañana resolveré lo que necesito en mi oficina.

—Como desee, señor. —El valet se adelantó al armario y comenzó a organizar las ropas del marqués y después de unos minutos, Arthur ya bajaba las escaleras para tomar su desayuno junto a su madre, que había bajado hace poco, según su ayuda de cámara informó.

—Buenos días, madre —saludó el hijo y le dio un cariñoso beso en la mejilla, como solía hacer.

—Buenos días, querido. Siéntate para que comamos —pidió la madre y con una sonrisa lo vio sentarse a su lado y comenzaron a conversar sobre el día de la marquesa.

—Y no te preocupes, Arthur, hoy iré al té benéfico de lady Swanson.

—Claro, madre —dijo Arthur, dando el último sorbo a su café. —Me alegra que poco a

poco estés volviendo a tener una vida normal.

—Bueno, lo estamos. —La madre miró a su hijo con una fina capa de lágrimas en los ojos. —Sé muy bien que tu padre nunca querría que yo o tú nos quedáramos llorando por su partida. —Y después de un suspiro, concluyó: —Aunque su ausencia todavía sea muy difícil.

Tomando la mano de su madre, él respondió:

—Siempre lo será, madre, pero tenemos que seguir y honrar su memoria.

Su madre asintió con la cabeza positivamente y emocionada, Arthur imaginaba lo difícil que debía de estar siendo para ella, ya que, para él, como hijo, la muerte prematura de su padre fue demasiado dura. El matrimonio de sus padres había sido muy feliz. El antiguo marqués era un hombre vigoroso, justo pero exigente. Sin embargo, con su madre, era uno de los hombres más cariñosos que había conocido, si por alguna razón la molestaba, al día siguiente aparecía con un vestido u otro regalo para ella y después de hablar, las cosas volvían a la normalidad.

Y con estos recuerdos, su corazón se apretó, ya que quería ser exactamente como su padre había sido, con Madeline. Necesitaba conquistar ese papel en su vida y hoy sería la primera prueba, por lo que era importante resolver los problemas que esperaban su atención.

—Madre, estaré en la oficina si me necesitas.

—Claro, hijo mío —respondió la marquesa, viéndolo levantarse y preguntó: —¿Vas a almorzar conmigo?

—Seguro, cuando la comida esté lista, avísame y estaré contigo.

—Lo haré —respondió lady Caterham y luego él se dirigió a la oficina, con pasos decididos y esperando que las horas pasaran lo más rápido posible, para encontrarse con la dama que quería como su marquesa.



Las horas pasaron, no tan rápidas como al marqués le gustaría, pero finalmente allí estaba él, tomando su camino hacia el lugar de su encuentro con Madeline.

Ya ganando fuerza y velocidad con su caballo, Arthur miró su reloj de bolsillo y se dio cuenta de que llegaba un poco tarde, un problema de última hora con uno de sus administradores lo hizo salir minutos después de lo que hubiera deseado.

Guardando el reloj en el bolsillo de su chaqueta, hizo que su animal cabalgara más rápido y minutos después, cuando ya estaba cerca del lugar acordado, su corazón latió más acelerado, pues vio a lo lejos la silueta de Madeline de espaldas a él.

Sus manos que sostenían las riendas temblaron y solo pasaron unos minutos más para que finalmente bajara del animal y se acercara a ella, una sonrisa nació en sus labios cuando se vieron.

Dando unos cuantos pasos más, Arthur llevó su caballo para amarrarlo junto al árbol, donde el caballo de Madeline descansaba a la sombra también.

—Perdóneme por mi retraso —dijo Arthur, yendo hacia ella.

Y para su sorpresa, Madeline llevó la mano al bolsillo de su vestido, del tipo que las damas usaban para montar a caballo, y de allí sacó un reloj de bolsillo dorado. Después de mirar la pieza que relucía al sol, ella respondió:

—No está retrasado, milord, cuando el reloj marcó las cuatro de la tarde, su figura apareció en el horizonte para mí.

Finalmente, sus pasos lo llevaron cara a cara con la mujer que desde hacía mucho tiempo

era dueña de sus pensamientos.

—Al final, no salí a tiempo como pretendía, pues uno de mis administradores apareció con un problema de última hora.

—Ah, eso también sucede siempre en mi casa, he perdido la cuenta de los asuntos de emergencia que surgen repentinamente y cambian mis planes.

Él la miró con más atención y continuó:

—Su padre es un hombre visionario por haberla puesto al frente de la administración de sus propiedades. Si fuera otro, es muy probable que no hubiera tenido en cuenta sus talentos.

Con una sonrisa cariñosa, ella respondió:

—Bueno, realmente tengo que agradecerle a mi padre por esa muestra de confianza, son pocos los nobles que harían lo que él hizo.

—Por eso lo considero un hombre adelantado a su tiempo —respondió él, y el reloj que ella sostenía llamó nuevamente su atención al ver un monograma grabado en él. —No sabía que a milady le gustaban los relojes de bolsillo, no es común entre las damas.

—Ah, este... —Lady Avondale levantó la pieza a la altura de su rostro. —Realmente no es algo que las damas usen con frecuencia, pero puedo decir que mi gusto viene de cuna, porque este reloj perteneció a mi madre.

—¿La duquesa?

—Sí, mi padre se lo regaló como regalo de bodas. —Acercándose más a Arthur, ella mostró mejor el objeto. —Mira, aquí grabó el monograma que mi padre mismo diseñó, con las iniciales de ambos. Desde que recibió el regalo, mi madre nunca dejó de usarlo y antes de fallecer, me lo dio a mí.

—Es una hermosa pieza —dijo Arthur con un pequeño apretón en su corazón, pues ahora sabía exactamente cómo era el dolor de perder a uno de sus padres y en su caso, debió haber sido

aún más difícil al ser mujer y tan joven aún.

—Sí, mi padre se lo regaló, porque mi madre siempre encontraba encantadores los relojes de bolsillo, pero mi abuelo pensaba que solo los hombres debían usarlos y mi padre, sabiéndolo, se lo regaló en cuanto se casaron.

—Recuerdo muy poco de ella, pero sé que eran una pareja feliz y parecían ser muy compañeros el uno del otro.

Guardando el reloj en el bolsillo de su vestido, varias imágenes de sus padres surgieron en su mente.

—Así era. —Madeline miró hacia el horizonte donde el sol comenzaba a ponerse. —Lo que ellos vivieron siempre fue como un sueño para mí, pero no creo probable que pueda alcanzarlo.

Madeline sintió lágrimas brotar en sus ojos, eso solía suceder cuando tocaban ese tema. Intentando evadirse, se dio la vuelta, pero Arthur le agarró el hombro y la obligó a mirarlo.

—No digas eso...

—Esa es la realidad, Arthur...

—Una realidad que estoy dispuesto a cambiar si me lo permites. —Agarrando su otro brazo y acercándola delicadamente a él, dijo: —Déjame, Madeline, entrar en tu vida.

Ante su silencio, él continuó:

—Dime qué te preocupa tanto, necesito saber qué hacer, si es necesario mover cielo y tierra para cambiar eso y tenerte conmigo...

—Yo no... —Madeline habló, pero una de las manos de Arthur tocó sus labios, silenciándola, y él volvió a hablar:

—Por favor, no me digas que no una vez más, te quiero a mi lado, ¡y debes saber que te quiero como mi marquesa!

Finalmente, lo que había pensado durante tanto tiempo salió de su boca, pero la expresión de asombro en el rostro de Madeline aumentó aún más su tensión.



UN PASADO REVELADO

Con las palabras que dijo, Arthur sintió el cuerpo de Madeline temblar, la cercanía de sus rostros hizo que viera una lágrima correr por el rostro de la mujer a la que amaba.

Ambos se quedaron en silencio, sosteniendo la mirada del otro y momentos después, fue lady Avondale quien rompió el silencio:

—No soy todo lo que parezco...

Ella intentó alejarse, pero Caterham sabía que, si la dejaba ir una vez más, no sabría lo que realmente la atormentaba.

—Entonces, cuéntame, querida, ¿qué sucedió en tu pasado? Prometo no juzgarte.

Viendo que los brazos de Arthur no la dejarían ir, Madeline solo pudo voltear el rostro para tomar coraje y hablar:

—Conocí a una persona mientras estaba en el sur de Francia para tratar mi salud, un hombre... nos enamoramos y no solo nos limitamos a besos inocentes...

Arthur ya imaginaba que Madeline debía haber tenido a alguien, una mujer tan maravillosa como ella no pasaría desapercibida, incluso en el frágil estado en el que estaba

cuando salió de Inglaterra para el tratamiento.

—¿Y por qué no estuvieron juntos? —se atrevió a preguntar.

—Bueno... no estuvimos juntos porque... él no era libre, a pesar de tener un acuerdo con su esposa, a quien despreciaba y había rechazado, llevando vidas separadas desde el matrimonio...

—Por Dios, él te utilizó y...

—¡No! —fue con una respuesta rápida que Madeline lo volvió a enfrentar. —Sabía que tenía esa limitación cuando decidimos estar juntos, fue muy sincero, pero yo lo quería, como una forma de sanar en ese momento.

Arthur sintió cómo se le helaba la sangre, porque su mente encontró rápidamente una respuesta de por qué ella no quería a nadie más, ya que probablemente aún lo amaba. Sin saber de dónde sacó el valor, preguntó casi susurrando, con miedo de escuchar una confirmación.

—¿Todavía lo amas?

—No, ya no —Madeline respondió sin mostrar ninguna incertidumbre, lo que hizo que Caterham se calmara un poco más. Por parte de Madeline, se sentía nerviosa con las revelaciones, pero él necesitaba saberlo. —Todavía siento un gran cariño por él, por otro lado, con lo que sucedió, ya no soy como las demás damas...

Iba a seguir hablando, pero Arthur la interrumpió:

—Mi querida, sé de muchos enlaces en los que la dama ya no era inocente.

—Bueno, pero no solo me refiero a eso...

—¿Y a qué te refieres?

Lady Avondale dudó un poco, pero finalmente habló con un tono de voz inseguro:

—No sé si puedo tener hijos...

—¿Quién te dijo eso? —preguntó el marqués, haciendo que ella se girara completamente hacia él.

—Fue hace muchos años...

—¿Cómo así, Madeline? —dijo Arthur en un tono de voz más controlado que antes, no quería dar la impresión de ser brusco.

—Después de todo el revuelo de mi accidente, uno de los médicos que me atendió dijo que el golpe en mi vientre causó la hinchazón que pudo haber afectado algo en esa área de mi cuerpo.

—Madeline, muchas mujeres han tenido accidentes y han podido concebir hijos normalmente.

—Lo sé, pero... las dudas persisten, ante lo que pudo haber ocurrido.

—Pudo haber ocurrido, pero no pasó. —Arthur terminó la frase dejando escapar una pequeña sonrisa. Estaba agradecido a los cielos porque ella no había quedado embarazada, pero pronto una parte de él se manifestó diciendo que era un hombre despreciable por alegrarse de eso, y entonces una pregunta salió de sus labios sin mucha contención.

—¿Eso era lo que querías en ese momento?

Madeline se tomó un momento para responder, claramente estaba eligiendo sus palabras, pero finalmente respondió.

—No, a pesar de amarlo, sabía que no tendríamos un futuro juntos, pero si hubiera sucedido, nunca hubiera hecho algo en contra de mi bebé.

Y con esa respuesta, otro sentimiento se removió dentro de él, el puñal del cielo. Arthur ni siquiera sabía el nombre del hombre del que estaban hablando, pero la envidia de ese hombre por haberla poseído ya se había instalado rápidamente en él.

El marqués ya lo odiaba, eso era seguro, intentaba no mostrar todo lo que sentía hacia el

desconocido sin rostro, pero sus ojos debían estar mostrando lo que pasaba en su interior, porque cuando Madeline se volteó hacia él, notó su estado y mirándolo con cariño, dijo:

— Pero ya no es él quien llena mis pensamientos y mi corazón. —Tan pronto como terminó la frase, una de sus manos acarició el rostro de Arthur, quien reaccionó acercando más su rostro al de ella.

—¿Y quién está en tus pensamientos? —La pregunta sonó suave, intentaba no mostrar tanto su aflicción, porque allí tenía la confirmación de que Madeline ya había amado y había sido amada por otro. Antes era solo una suposición, pero ahora había llegado a la verdad, y el marqués vio claramente cuánto quería ese lugar en su corazón, pero no sabía si aún había espacio para él.

Sin embargo, no todo estaba perdido para el lord, después de todo Madeline ya había tenido tiempo de llorar el amor perdido, su corazón, ahora curado y aunque queriendo construir muros para su protección, ya latía más fuerte por el marqués.

Anoche, mientras intentaba leer un libro para conciliar el sueño, se preguntó si debía contarle todo a Arthur, pero en ese momento, frente a él, Madeline no tuvo ninguna duda, no quería ocultar nada.

—Eres tú, Arthur...

En ese momento, una brisa de final de tarde los envolvió, el aire fresco trajo el olor de las flores que crecían allí. Para crecer, las flores necesitaban el agua del arroyo que pasaba por allí, y Arthur se sentía como esas plantas, necesitaba a Madeline para crecer, fortalecerse, para vivir el amor que latía fuertemente en su pecho. Esa frase, tan corta, parecía una pequeña abertura para recorrer el camino hacia la felicidad, juntos, superando los obstáculos.

Las manos de Arthur temblaron mientras sostenían los brazos de Madeline, él se acercó cuidadosamente.

—Ah, sí supieras cuánto tiempo has dominado mis pensamientos... —dijo, trazando la

línea de su mandíbula.

—No sé qué puedo ofrecerte...

—Ofréceme tu bondad, tu inteligencia, tu brillo, querida, darán mucho más color a mi mundo. —Y Arthur la besó.

Casi al instante, Madeline reaccionó a su beso, rodeando el cuello de Arthur con sus brazos, mientras él la acercaba más a su cuerpo, su boca se abrió y él pudo sentir una vez más su sabor. Ahora, ella correspondía a toda su pasión.

Llevó una de sus manos a su cabello, los rizos que eran acariciados por sus dedos tan suaves como la mejor seda, en un movimiento salió de su boca e inició un camino de besos por el cuello de Madeline. Escuchó un gemido de ella cuando su lengua pasó por la vena más pulsante de esa región, se detuvo allí por unos segundos preciosos y volvió a su boca.

Esta vez, el beso fue más tierno, pero no significaba que afectara menos a Arthur, temía abrir los ojos y ver que todo era un sueño, pero su aliento se acabó y, a regañadientes, separó sus labios de los de ella. Lo primero que vio, cuando abrió los ojos, fue los labios hinchados de Madeline.

—Mi amor... —Fue lo que logró decir, mientras sostenía ese rostro que cada vez que estaba frente a él, su mente intentaba memorizar más detalles.

—Arthur —respondió ella, sujetando sus puños. - Esperaba hablar contigo antes de besarte.

Una sonrisa triunfante surgió en Caterham y acariciando su rostro, dijo:

—Me encanta escuchar tu voz, pero sentir tus labios y tu cuerpo tan cerca del mío es aún mejor. —Y terminó pasando su pulgar por los labios rosados.

Cuando Arthur comenzó a acercarse de nuevo con su rostro, Madeline logró encontrar fuerzas para liberarse de sus brazos.

—Pero todavía necesito hablar...

—Entonces dilo... —respondió él, con un tono ansioso.

—Te deseo mucho, pero...

—¿Pero? —Arthur la interrogó dando un paso hacia ella.

—No sé si puedo ser tu marquesa... —ella dijo, siendo lo suficientemente valiente como para mirarlo. Vio el instante en que Arthur entendió la frase, en ese mismo momento se arrepintió de cómo se expresó, no tenía que haber sido tan directa.

Sin embargo, el marqués se mantuvo tranquilo y preguntó:

—¿Por qué no?

—Por todo, Arthur. —Madeline dio un paso adelante, acercándose más a él. —No me veo como tu mejor elección.

Innumerables pensamientos pasaron por la mente de Arthur hasta que volvió a hablar:

—No pienses así, no me importa lo que pasó antes.

—Sé que eres un caballero como pocos y tal vez por eso no me veo como tu mejor elección y aún tenemos el tema de los herederos...

—¡Por Dios, ni siquiera lo hemos intentado! —Arthur dio dos pasos más y terminó con la distancia entre ellos. —¿Cómo puedes decir algo así, Madeline?

—Porque es la situación en la que estoy —ella respondió, retrocediendo un paso.

—¿Por qué no quieres casarte conmigo? ¿Es porque ves que no puedo hacerte feliz como en tu pasado?

—¡No es eso!

Caterham la acercó nuevamente a su cuerpo antes de hablar:

—Entonces, dame una oportunidad, aunque sea pequeña, para mostrarte que puedo

hacerte feliz.

Madeline abrió la boca, pero no salió ningún sonido de sus labios y ella apartó la mirada, pero Arthur vio un destello de angustia en sus ojos, se dio cuenta de que, si la presionaba, todo terminaría allí. Así que dijo algo que ni en mil años pensó que diría:

—Si eso es lo que quieres, es lo que tendrás, acepto lo que puedas darme —dijo él, pero dentro de sí complementó, y que Dios me ayude a conquistarla para que me quieras a mi lado, y que pueda hacer que un bebé florezca dentro de ti.

Se acercó a ella con la pasión que tanto intentaba reprimir, pero esta vez dejó que ese sentimiento fluyera y tomó su boca en un intento de ganar la primera batalla por su corazón y esperaba que la mujer a la que besaba, de alguna manera, pudiera abrirse a todo el amor que quería ofrecerle.



UN CORAZÓN QUE LATE MÁS ALEGRE

—¡Ah, buenas tardes, milady! —Este fue el recibimiento de la cocinera de la casa de los Avondale tan pronto como Madeline entró por la puerta trasera.

Apareció con una capa negra que ocultaba su vestido rosa claro, a pesar de que la tarde hacía calor, la capa era necesaria ya que rodar por el césped había ensuciado un poco su vestido, pero a Madeline eso no le importaba y sonrió a la mujer que conocía desde hacía muchos años, después de todo, había sido elegida para ser la ayudante de la antigua cocinera de la casa. Entregando la cesta que llevaba, ahora vacía, respondió:

—Gracias por el refrigerio, señora Christie, ¡todo estaba maravilloso!

—De nada, querida mía, me alegra que les haya gustado lo que hice —la mujer dijo en un tono bajo y ambas intercambiaron una mirada cómplice, y antes de que más personas las vieran, salió de la cocina y se dirigió rápidamente a su habitación.

Ya pasaban las dos de la tarde y su almuerzo por los prados, que estaban a una buena distancia de su casa, había sido el lugar perfecto para pasar algún tiempo con Arthur. Estos momentos con él tenían el poder de hacerla sentir como si estuviera en las nubes.

Una risa brotó de sus labios solo al pensar en cualquier recuerdo de las horas que pasaron juntos.

—Milady. —Tan pronto como puso el pie en el primer escalón de la gran escalera de la casa, su dama de compañía la llamó y se acercó rápidamente a ella. —Qué bueno que ya has regresado, ¿debo preparar un baño?

—Sí, por favor —Madeline respondió, subiendo los escalones con la señora Adams a su lado. —Quiero refrescarme, y luego todavía necesito resolver algunos problemas relacionados con la administración de las tierras.

—Como desees, milady. —Fue la respuesta sucinta de la señora Adams.

Tan pronto como las dos entraron en la habitación de Madeline, ella preguntó:

—Y mi padre, ¿cómo está?

—Según sé, Su Excelencia, estaba en la biblioteca organizando algunos libros con la ayuda de los empleados.

—Mi padre debe estar viendo qué libros va a donar a la biblioteca de Eton.

—Eso fue exactamente lo que me dijo cuando fui a la biblioteca para preguntar si necesitaba ayuda.

Las dos siguieron conversando un poco mientras elegían la ropa que Madeline usaría y, tras unos minutos más, ya estaba sumergida en el agua caliente de la bañera.

Madeline pidió que la señora Adams saliera un momento, ya que quería estar allí en silencio, en privado, durante unos minutos. Necesitaba agradecer a su ama de llaves, a la cocinera y a su dama de compañía, ya que no habían dicho nada hoy, ni en los días anteriores, cuando no estuvo en casa durante varias horas, y habían hecho todo lo posible para que su camino estuviera despejado cuando regresara a casa.

Pero a pesar de esperar que el agua caliente pudiera calmarla, aún sentía que su corazón latía fuerte y todo esto se debía a los besos y abrazos intercambiados con Arthur, que parecían cada día más vitales para Madeline.

Exhalando aire, Madeline se sentía como no se había sentido en muchos años, extasiada por estar en los brazos del hombre que había elegido y que la quería de verdad, sin importarle su estatus como hija del duque de Avondale.

Eso debería ser maravilloso para ella, después de todo, realmente quería estar con Caterham, pero también era un terreno complicado, ya que no estaban casados y toda esa felicidad podría escapársele de las manos tan rápido como había llegado.

Y era esto lo que tanto temía, pues cada día que pasaba al lado de Arthur, y ya habían pasado dos semanas desde aquel encuentro marcado al atardecer, en el cual poco resistió a él y se dejó conquistar.

Estaban siendo días felices, no podía negarlo, pero en cada encuentro, en cada beso intercambiado, se veía más encantada por el marqués de Caterham y era eso lo que una parte de ella gritaba con atención.

Llegaría el momento en que tendría que decidirse, ¿seguiría adelante y aceptaría ser su marquesa? Madeline estaba segura de que Arthur le agradaba y haría cualquier cosa para conquistarla, para que en algún momento pueda pedirle matrimonio. Lo percibía en los pequeños detalles, en la forma en que conducía la conversación.

Y ese era el punto clave de la cuestión, ¿aceptaría ella? ¿O rechazaría y con su negativa rompería no solo su corazón, sino también el suyo, y tendría que dejarlo para siempre y vivir una vez más en soledad.

A Madeline le gustaría no preocuparse tanto por esta cuestión, pero la verdad era que aquello le estaba robando la calma, la situación le recordaba su pasado, lo que la dejaba inestable. Ella se hacía la fuerte, pocas personas lograban ver sus debilidades ante su postura imponente, que había aprendido de su padre.

Sin embargo, Madeline sabía que necesitaba calmarse, pensar de manera más objetiva con relación a toda la situación y para eso, contaba con hablar con su tía Mary, hermana de su difunta madre.

Lady Mary era la hermana menor de lady Jaqueline, ambas, a pesar de la diferencia de edad, ya que su madre era casi diez años más joven, fueron muy unidas.

Hubo innumerables veces en que Mary pasó temporadas en la casa de Avondale para escapar un poco de su madre, abuela de Madeline, que tenía una personalidad difícil y solo veía al primogénito, lord Ian, frente a ella.

Pero Mary creció y fue presentada a un duque escocés, lord Eric, el matrimonio no se hizo esperar mucho, pero hizo que las hermanas estuvieran separadas.

Con el paso de los años, muchas cosas ocurrieron y la tía, con la muerte de la hermana, se convirtió en un puerto seguro para ella y su hermano. En aquel momento, la duquesa dejó de lado sus compromisos y se mudó a su casa y vivió allí durante más de seis meses, para estar con sus sobrinos y de alguna manera ayudar en el comienzo de esta nueva fase en sus vidas.

Desde entonces, se han intercambiado innumerables cartas y para su suerte, una conversación ocurriría pronto, después de todo, su prima lady Davina se casaría con el futuro barón de Cheltham y la propiedad de la familia estaba cerca, la cena de compromiso sería en unos días, así que pronto vería a su tía y podría hablar sobre Arthur.

Tal vez la tía pudiera, con su sabiduría, mostrarle si de hecho estaba preparada para ser marquesa, porque solo así podrían vivir este amor de forma libre, sin esconderse.

Pero Madeline se preguntaba si realmente quería eso, porque queriendo o no, fue criada para ser la esposa de un noble destacado, pero ha disfrutado de una independencia que pocas mujeres han tenido la oportunidad de disfrutar y se ve dividida al respecto. Temía que con el matrimonio pudiera perder la libertad de ser ella misma.

El sonido del reloj en su habitación la sacó de sus pensamientos y decidió que era hora de salir de la bañera y enfrentar los problemas, ya que aún no tenía respuestas.

Se levantó, se cubrió con una toalla y tocó el timbre, llamando a la señora Adams, quien pronto acudió a su encuentro y después de pasar algunos momentos más, Madeline ya estaba vestida y bajando al piso de abajo, dirigiéndose a la biblioteca, donde aún estaba su padre. Al abrir la puerta, lo vio en su escritorio y una sonrisa se formó en su rostro.

Verlo allí traía tantos recuerdos alegres, pues a pesar de tener tantas tareas, el duque siempre prestaba mucha atención a sus hijos. Incluso cuando él era un niño que solo quería jugar, esa oficina ya había presenciado muchas risas entre los dos.

—Buenas tardes, hija —Avondale la saludó tan pronto la vio.

—Buenas tardes, padre, vine a verte. —Cerrando la puerta detrás de ella, se acercó a su padre y, dando la vuelta al escritorio, le dio un beso. - Veo que ya has separado los libros que enviarás a Eton.

—Sí, aproveché que estaba más dispuesto y con algo de ayuda, logré separar los libros para que William los lleve a la escuela.

Lady Avondale se acercó a las tres pilas de libros, echó un vistazo a algunos y volvió a hablar:

—Son buenos libros, William estará contento de entregar estos libros.

—Separé los que considero apropiados para jóvenes muchachos que están a punto de comenzar la vida adulta.

La hija miró otros dos libros y regresó junto a su padre.

—Pero encontré, en esta organización mía, algo que te pertenece, hija.

—¿A mí?

—Estaban dentro de uno de tus libros de poesía. —El padre extendió un paquete envuelto en papel de seda. En un primer momento, Madeline no identificó qué era, pero cuando se acercó más, sus ojos se enfocaron en un pequeño montón de cartas y su corazón latió como un tambor, porque no eran solo cualquier carta.

Ella tomó las cartas extendidas y se sentó frente a su padre, quien continuó en un tono de voz tranquilo:

—No te pongas con esa cara asustada, hija mía.

Madeline bajó la cabeza y desenrolló el paquete, y su padre volvió a hablar:

—No pude evitar notar que tenían como remitente a ese hombre, el comandante Dominique Arnaud.



RECUERDOS DE UN PASADO

Escuchar el nombre de Dominique pronunciado por su padre provocaba una extraña sensación, tal vez una mezcla de vergüenza y timidez era la mejor traducción de lo que sentía en ese momento.

Esas cartas que tenía en sus manos traían recuerdos vívidos a la memoria de Madeline.

Madeline todavía podía recordar la voz de Arnaud en los varios momentos que habían compartido, no podía mentirse negando la felicidad que aquel tiempo le había traído, a pesar de todas las cosas que los rodeaban.

Dominique fue una pasión imprudente, pero en ese momento la hizo fuerte, un hombre cariñoso que nunca ocultó su situación, ayudando a sanar sus heridas emocionales, aunque no fuera lo que ella quería, le estaba muy agradecida por todo lo que habían vivido.

No se arrepentía de sus decisiones, aunque ya hubieran pasado muchos años, pero aún se sentía avergonzada frente a su padre, quien se enteró de su romance con Dominique. Sin embargo, en lugar de empezar una gran pelea, fue tan compasivo que la dejó completamente desconcertada.

No era necesario cerrar los ojos para recordar la mirada amorosa de su padre cuando hablaron, cuando Avondale la fue a buscar, a pesar de saber lo que él pensaba de sus acciones, su padre la miró de esa manera de nuevo.

—No te preocupes, nunca he leído ni una sola línea de ellas, nunca invadiría tu intimidad de esa manera —dijo el duque, arrepintiéndose un poco de haber entregado las cartas, al ver lo avergonzada que estaba su hija.

—Lo sé, padre.

—Entonces, ¿por qué estás tan tímida?

Aún mirando las cartas, Madeline vio que ahí estaba la última carta que recibió de Dominique hace casi un año, en ella le preguntaba cómo estaba y deseaba una pronta recuperación para el duque. Arnaud supo por una carta anterior que el noble estaba enfermo y mostró una verdadera preocupación, terminando por pedirle que le avisara si necesitaba algo, ya que haría todo lo posible por ayudarla.

—Porque recuerdo nuestra conversación en Francia y eso me hace sentir cierta vergüenza sobre las decisiones que tomé durante mi estadía allí. —Tomando coraje, Madeline levantó la cabeza y se encontró con los ojos de su padre, marrones como los suyos, pero que expresaban un gran amor.

—Ah, hija mía —el duque se inclinó hacia adelante - una vez más te digo que entiendo, de cierta forma, todo lo que ha ocurrido, sé muy bien que la mayoría te juzgaría, pero tú eres mi amada hija...

Avondale extendió el brazo con la palma de la mano hacia arriba, su hija puso su mano sobre la suya.

—Sé todo lo que has tenido que pasar y agradezco a Dios por no haberte llevado de mí.

El padre terminó de hablar con los ojos llenos de lágrimas, al igual que los de su hija.

—Porque no soportaría perder a mi hija, tampoco haría algo para alejarte de mí.

—Nunca haría eso, papá —dijo Madeline, apretando fuertemente la mano de su padre. - Y te agradezco tanto por tu amor hacia mí...

—Ah, mi niña, tú y tu hermano son el fruto del amor y la mayor felicidad que tuve en esta vida, ¡que fue tu madre!

Secando las lágrimas que brotaban de sus ojos, la hija respondió:

—Soy una parte que te dio buenos problemas para resolver.

—Bueno, ¡las grandes personas tienen grandes problemas para resolver! —El comentario del duque hizo que una sonrisa incómoda apareciera en el rostro de la hija, quien se levantó y abrazó a su padre y, una vez que se separó, habló: —¡Gracias por todo!

—Pero sé que un nuevo camino ha surgido para ti, Madeline, un camino liderado por una persona que puede hacerte muy feliz, hija, ¡no tengas miedo de seguirlo!

No era necesario decirle que su padre se refería a Arthur, por segunda vez en el día, su padre la sorprendió, así que decidió solo asentir con la cabeza. No podría hablar sobre lo que estaba sucediendo, hablar de Caterham de manera objetiva todavía era difícil.

Para su suerte, el mayordomo entró en la habitación preguntando si se podía servir el té, así que Madeline pudo distraerse y dejar el tema de lado. Los dos continuaron conversando sobre otro tema, dirigiéndose a la sala donde se serviría la comida.

Unas horas después, lady Avondale se retiró y, una vez que estuvo en su habitación, un poco después de la cena, con las cartas que recibió ardiendo en sus manos, cerró la puerta, se sentó frente a su tocador y abrió la carta que estaba encima.

Esta carta Dominique la envió cuando aún estaban juntos, en ese momento, él tuvo que pasar tres semanas trabajando en Cerdeña con una embarcación más pequeña, la región atravesaba algunos problemas políticos y su superior lo convocó para ir allí en una pequeña misión extraoficial.

En las líneas que escribió, contaba cómo las aguas de la isla eran de un azul tan cristalino que parecían irreales.

"... no parece que este mar en el que navegué sea real, el azul tan claro se combina con las arenas claras que casi pueden igualar a la nieve, desearía que tú, mi adorada, estuvieras a mi lado y pudieras contemplar todo lo que he visto desde que llegué".

Después de esta carta, cuando regresó al sur de Francia para encontrarse con Madeline, Dominique le contó todo lo que vio en detalle, este fue el período en que estuvieron separados por más tiempo, hasta su separación.

Lady Avondale vio otras cartas que el comandante envió desde París, cuando recibió la noticia de que necesitaría salir en una misión más larga y, con ello, su período de licencia fue oficialmente revocado. Madeline vio allí que llegaba el momento de separarse, sabía que sucedería, pero ya sentía el dolor del final anticipadamente.

Y finalmente, la última carta, que estaba en el mejor estado de conservación, ya que estaba fechada hace menos de un año, en ella Arnaud, que ya conocía el estado de salud del duque, deseaba una pronta recuperación al padre de Madeline y le avisaba que había sido asignado a una misión más larga y un poco más complicada por África, pero que, si ella necesitaba ayuda, se comunicara con él a través de un amigo, cuya dirección enviaba en esa oportunidad.

Desde esa carta, Dominique no había tenido más contacto, y con todo lo que Madeline tuvo que resolver y enfrentar durante todos esos meses, la falta de comunicación pasó

desapercibida.

Sin embargo, en una cena hace casi dos meses, inició una conversación casual con el embajador francés y logró saber que hasta ese momento no había habido ninguna baja en las misiones de la marina de ese país, por lo que pudo estar más tranquila.

Madeline aún esperaba noticias más objetivas de Dominique mismo, porque a pesar de que su corazón estaba siendo conquistado por Arthur, quería que él estuviera bien, después de todo, Arnaud era parte de su historia, una de las partes más felices que había vivido.

Pero ya era hora de acostarse, sus ojos estaban cansados del agitado día que había tenido, Madeline guardó las cartas en una de sus cajas de madera en su armario y se preparó para dormir, apagó la vela que estaba en su tocador y, al acostarse, un sueño reparador la envolvió.



—Es una pena que la duquesa, lady Mary, no venga a quedarse con nosotros - dijo la gobernanta, sra. Miller, mientras ella y la sra. Adams acompañaban a Madeline durante su desayuno. En estos momentos, las dos señoras lograban conversar de manera menos formal con la hija del duque y resolver muchos problemas de la residencia con la dama.

—Estoy de acuerdo contigo —respondió Madeline después de tragar un pedazo de pan. —¡Quería tanto que mi tía se quedara aquí con nosotros, sería tan maravilloso! - terminó diciendo con cierta decepción.

—Ah, mi querida —la dama de compañía, al ver la expresión de desagrado en su rostro, habló: —También estoy triste porque no se queden con nosotros, pero tu tía tiene razón, de cierta manera, porque serán días agitados para todos y eso no es lo mejor para tu padre.

—Sí, pensando por ese lado, también entiendo su decisión —dijo la sra. Miller. —Solo imagino cómo debe estar exultante lady Mary por casar a su primera hija, pero realmente toda la agitación no sería buena para el duque, que a pesar de todo ha tenido una pequeña mejoría.

—Sí, gracias a Dios mi padre ha logrado ponerse más fuerte y hasta creo que poco a poco pueda tener una mejoría aún mayor.

—¡Dios te oiga, hija! —dijo la sra. Miller y la dama de compañía complementó:

—¡Que los ángeles digan amén!

—Amén.

Fue la respuesta automática de las tres, que acabaron riendo una a la otra y poco después, después de que lady Avondale terminara su desayuno, salieron de la habitación donde estaban y fueron a revisar algunas habitaciones de la casa.

El duque, esa mañana, se despertó menos dispuesto que en días anteriores.

—Aunque me gusta ver a mi padre por la casa, hoy amaneció más lluvioso y la temperatura ha bajado, así que creo que es mejor que se quede en sus habitaciones, con la chimenea calentándolo.

—Sin duda, milady —dijo la sra. Adams, mientras veían un poco del trabajo de los empleados, que estaban empacando los libros que lord Avondale había dejado separados para enviar a Eton.

Las tres salieron y fueron a las otras habitaciones de la casa donde la sra. Miller señalaba algo que necesitaba la atención de la hija del duque y allí mismo decidían qué hacer. Poco antes de la hora del almuerzo, uno de los empleados se acercó a ellas y dijo:

—Milady, con su permiso.

—Sí, Carl - respondió ella al chico, que volvió a hablar: —Un mensajero dejó esta carta para usted y espera su respuesta.

Madeline, que estaba en su oficina revisando algunas cuentas de la casa, se volteó hacia Carl sin entender bien lo que sucedía, pero tomó el papel que le estaba extendido, lo abrió y leyó el mensaje:

"Sé que nos vimos ayer, pero la añoranza de estar a tu lado resuena fuerte en mi pecho y como estoy en tierras que limitan con las tuyas, quiero pedirte que me des la alegría de estar contigo por algunos momentos.

Con todo mi amor.

A."

Una vez que terminó de leer las líneas escritas con una letra que indicaba ser de una persona decidida, fue imposible que no apareciera una sonrisa tonta en su rostro, su pecho se contrajo con la inminencia de estar una vez más con Arthur y ¿cómo podría negar esa solicitud?

Sin querer tener opción, Madeline escribió su respuesta debajo del texto de Caterham, respondiendo que lo encontraría en el límite entre las dos propiedades alrededor de las tres de la tarde y, sellando la carta, se la entregó al criado, quien la dejó rápidamente en la habitación llevándose consigo la respuesta.

Tanto la ama de llaves como la dama de compañía se miraron rápidamente, ambas sabían solo por la forma en que Madeline miró el mensaje que debía ser del marqués, ambas tenían conocimiento de lo que estaba sucediendo.

Cuando Madeline lo contó, ambas se alegraron, ya que conocían al marqués desde que era pequeño y lo consideraban un hombre muy justo y de buen carácter, un compañero ideal para ella. Ambas deseaban que su señora encontrara el amor y pudiera vivirlo realmente con Arthur, por lo que la ama de llaves preguntó rápidamente:

—¿Continuamos más tarde, milady?

—No será necesario. —Madeline volvió su atención a lo que estaba haciendo anteriormente. —Solo saldré después del almuerzo, mientras tanto podemos continuar.

Y así se hizo, pero su corazón ya latía desordenadamente en la expectativa de ver a aquel que cada día rompía un poco del muro que ella había construido para protegerse.



RECUERDOS DE UN ACCIDENTE

No era la mejor tarde para dar un paseo, después de todo, hacía pocas horas había llovido bastante en la región, lo que hacía que todo el suelo por donde cabalgaba estuviera muy empapado, dificultando su desplazamiento.

Madeline era una amazona perfecta y si no fuera porque iba a encontrarse con un cierto marqués, ya estaría con las piernas a cada lado del caballo, lo que le daba mucha más seguridad.

Sin embargo, ahí estaba ella de lado en la silla, con uno de sus trajes más llamativos para montar a caballo, tratando de no llegar demasiado tarde, ya que ya había pasado la hora acordada.

Pasando por algunos árboles, finalmente pudo ver a lo lejos la figura que tanto deseaba, Caterham ya se encontraba al lado de la cerca de su propiedad, mirando hacia adelante, pero fue solo cuando ella cabalgó unos metros más en su dirección que él se volteó y, aunque estuviera lejos, le dio esa sonrisa que hacía que el corazón de Madeline, que intentaba de todas las formas no rendirse, latiera eufóricamente.

Para su suerte, el suelo allí estaba menos húmedo y pudo aumentar el ritmo del caballo y llegar más rápido a su destino.

El marqués se acercó a ella y tan pronto como se detuvo a su lado, tomó una de sus manos y la besó con adoración, haciendo que un escalofrío recorriera el cuerpo de Madeline y ella lo escuchó decir:

—Por fin has llegado. —Arthur besó una vez más su mano y la presionó contra su rostro. —Imagino que no debe haber sido tan fácil venir con este suelo tan mojado.

—No lo fue, pero por esta región, el césped está más seco.

Arthur llevó su mano una vez más a sus labios y luego la soltó para ir hacia su caballo.

—Sí, por aquí la lluvia no fue tan intensa. —Y así montó en su caballo.

—Pero el tiempo sigue muy cargado —dijo Madeline, mirando al cielo que estaba de un tono gris y se podían ver nubes cargadas. Estar en un ambiente así no era agradable, hacía que ella recordara su accidente.

—Es cierto, por eso quería que fuéramos hacia el oeste, allí tenemos más árboles para protegernos de una posible lluvia, ¿qué te parece?

—Está bien, vamos para allá —respondió ella y fue recompensada con otra de esas sonrisas, y comenzaron el camino indicado. El marqués, al emparejar su caballo al lado del suyo, notó cierto nerviosismo en Madeline, sin creer que fuera por su presencia, pero como no quería preguntar, para no ser descortés, habló sobre cosas que sabía que eran de su interés para que ella se relajara más.

El marqués entonces contó la resolución de un problema que él y el conde de Northen habían pasado días y días tratando de resolver.

—Así se resolvió la situación de las semillas. ¡Northen, como siempre muy diplomático, logró calmar los ánimos con su conversación! —Arthur dijo con un tono de voz orgulloso.

—Ah, mi primo tiene ese talento —respondió Madeline con una sonrisa en los labios.

—Sin duda —dijo Arthur, al ver que ya habían cabalgado bastante y estaban en una zona más tranquila. —¿Qué te parece si descansamos un poco debajo de ese árbol? —Caterham dijo, señalando un árbol enorme que se mostraba a la izquierda del camino, y con un gesto afirmativo de cabeza de la hija del duque, ambos se dirigieron allí.

El marqués fue más rápido a la hora de bajar de su caballo para no perder la oportunidad de ayudarla.

Sosteniéndola por la cintura, Madeline descendió y al tocar el suelo, su cuerpo quedó pegado al de Arthur, su respiración pasó por su cuello haciéndola temblar una vez más. Esta vez él lo notó y no la soltó, en cambio, llevó sus labios a ese trozo de piel expuesta y depositó varios besos allí.

—Te echo tanto de menos —fue lo que él le dijo mientras ella conseguía moverse y llevar sus manos al rostro masculino que aparecía en tantos de sus sueños.

Lady Avondale no dijo nada, solo acarició sus mejillas, mandíbula y sus ojos intentaban captar cada detalle de ese rostro, memorizar su belleza y su fuerza.

Pero, dejando de resistirse, llevó sus labios a los de él para sentirse una vez más en el mejor lugar en el que podría estar y cómo amaba estar allí, en esa burbuja de amor, que incluso lograba hacerla olvidar del miedo creciente que sentía por ese tiempo cargado.

Pronto se dio cuenta de los brazos que la rodeaban, escuchó gemidos bajos provenientes de él, sintió la pasión que los unía y poco a poco el beso se volvió más carnal y todo lo demás parecía no existir, y cómo deseaba que todo lo demás dejara de existir para poder amarlo libremente, sin embargo, la realidad se haría más que presente y un rayo rasgó los cielos en ese instante y alcanzó un árbol a unos cinco metros de ellos.

—¡Ah! —El estruendo asustó tanto a Madeline que se separó de Arthur tan bruscamente que llegó a desequilibrarse y solo no cayó porque el reflejo de Caterham fue más rápido y logró

agarrar su mano.

—Madeline —dijo Arthur, sosteniéndola y comenzó a caer una fuerte lluvia.

Iba a decir algo, pero vio en la expresión de Madeline algo como pánico, mientras ella miraba inmóvil el árbol destruido. En ese instante, él se dio cuenta de por qué ella estaba tan nerviosa, era la tormenta, eso debía estar trayendo de vuelta los recuerdos del accidente que había tenido años atrás, prueba de ello es que la lluvia comenzaba a mojarlos, pero ella seguía estática.

—Mi amor - Arthur la abrazó fuertemente llevándola con él bajo un gran árbol cerca de ellos.

—Querida —la llamó de nuevo, pasando la mano por su rostro para secarlo, la besó nuevamente y solo entonces ella se volvió hacia Caterham.

—Ese rayo... podría habernos...

—Shii —Arthur la calló con otro beso y solo en ese momento ella respondió a su cariño.

—Podría habernos alcanzado, pero estamos bien, no nos ha pasado nada —Arthur dijo la última parte de la frase más bajo y se dio cuenta de lo frías que estaban las manos de Madeline, sabía que tenía que hacer algo.

—Mi querida —la llamó y ella volvió su mirada hacia él. —La lluvia debería empeorar y para volver el camino es más largo, pero sé que hay una cabaña cerca de aquí...

—Pero...

—Te doy mi palabra de que es seguro allí, mi amor —Arthur dijo, sosteniendo sus manos con cariño. —Lo mejor es ir hacia allá y esperar a que pase esta lluvia.

Lady Avondale todavía nerviosa, logró asentir con la cabeza y se dejó llevar por Caterham hasta su caballo.

—¿Puedes montar? —preguntó de forma delicada.

Madeline se sintió tan avergonzada en ese momento, porque estaba claro que Arthur había notado su estado, él nunca haría esa pregunta si no estuviera mostrando tanto pánico en sus rasgos, pero esa era una reacción que no podía controlar.

Habían pasado años desde su accidente y aún se veía afectada. Poco después de lo sucedido, cualquier ruido de lluvia, truenos o rayos la hacían temblar de pies a cabeza, pero con el tiempo, su nerviosismo disminuyó, pero desde el día del accidente hasta ese momento, Madeline nunca había enfrentado una lluvia como esa y ¡estaba pasando por esa situación justo en presencia de Arthur!

Buscando fuerzas de donde ni siquiera sabía que existían, subió todavía temblorosa a su caballo, un poco torpe. Cuando se acomodó, agarró con fuerza las riendas para intentar disminuir el temblor en sus manos.

Después de ayudarla a montar, Arthur salió lo más rápido que pudo para subirse a su caballo.

—Nuestro camino está más al este, si logramos mantener el ritmo, ¡llegaremos pronto! — habló más alto, ya que la lluvia comenzaba a aumentar, así hizo que su caballo se pusiera a la par una vez más con el animal de la dama.

El marqués rezó durante el camino para que ningún rayo cayera cerca, al menos hasta que estuvieran a salvo en la cabaña, ya que sabía que, si algo le sucedía a Madeline encima del caballo, no tendría mucho control y una caída era inminente.

Así que, para ir más rápido, agarró parte de la montura del caballo de Madeline y logró guiar mejor y más rápido a ambos. Madeline solo necesitaba mantener el equilibrio, después de casi quince minutos bajo la lluvia, en la que las gotas parecían volverse cada vez más pesadas, finalmente Caterham avistó la cabaña que sabía que existía por esos lugares.

Y agradeció a Dios por haber participado en algunas cacerías en la residencia de los Parr, después de todo el lugar pertenecía al Duque de Parr, un viejo amigo de su padre.

Sin embargo, el suelo hasta llegar estaba muy embarrado, lo que dificultaba aún más las cosas y para colmo, el caballo de Madeline casi se descontroló con un trueno que hizo temblar el suelo e incluso asustarlo a él.

Dando unos pasos más hacia adelante, pronto estaban en la puerta de la cabaña, el marqués saltó de su caballo y fue a encontrarse con Madeline, quien estaba completamente mojada y sus labios ya se estaban poniendo morados por el frío, él creía que no estaba muy diferente, pero sabía que ella necesitaba más cuidados.

Él la ayudó a bajar del caballo y abrió la puerta del lugar con cierta dificultad, ya que estaba un poco atascada, pronto estaban dentro de la cabaña, finalmente podrían acomodarse frente a la lluvia que parecía que no daría tregua tan pronto.

Tan pronto como entraron, sus ropas goteaban tanto que formaron dos charcos.

—Ven, mi querida —Arthur dijo para que saliera de la puerta, la llevó a una silla cerca de la chimenea y la sentó allí.

—Quédate aquí, voy a encender el fuego.

Tiró a un lado la chaqueta que llevaba puesta y rápidamente fue a buscar leña para poder tener una llama encendida.

Arthur ya había estado allí con el duque y su padre varias veces, sobre todo antes de ir a Oxford, los tres pasaban horas paseando por esas tierras y el señor Parr siempre mantenía esa cabaña bien arreglada, ya que les decía a sus amigos que, si necesitaban refugio por esos lugares, no dudaran en usarla.

Yendo al depósito de leña, cogió algunas trozas y vino con pasos decididos a hacer el fuego. A pesar de que sus manos temblaban un poco por el frío, Arthur logró encender el fuego bastante rápido, ese calor de la explosión del fuego era bastante reconfortante, así que se acercó a Madeline y se sentó a su lado cerca de la chimenea. Su corazón se contrajo, ya que ella todavía parecía tan frágil después de lo que había sucedido unos momentos atrás. Se sintió de cierta

manera culpable, ya que su invitación había precipitado todo esto.



UNA NOCHE INESPERADA

La lluvia afuera parecía aumentar y al darse cuenta de que tendrían que quedarse allí por un buen tiempo, Arthur supo que debía actuar, así que tomó las manos de Madeline y dijo:

—Mi querida, necesitarás quitarte la ropa empapada —dijo, llamando su atención.

—Pero no...

—No te preocupes, aquí tenemos un pequeño vestidor y seguramente haya algo que puedas usar allí. —Arthur hizo que se levantara y la llevó hacia donde mencionó.

—Aquí. —Abrió la puerta y entraron en el pequeño cuarto. Al ver un armario, abrió sus puertas. —Estas prendas pertenecen a la duquesa, pero puedes usarlas, después de todo si no te quitas esas ropas, será peor.

Sintiendo un frío intenso que hacía temblar su cuerpo, Madeline solo asintió con la cabeza de forma positiva, pero pidió un favor antes de que él saliera.

—Necesito que desabroches mi vestido. —A ella le gustaría que la frase que había dicho sonara de forma más seductora, pero la situación era muy diferente.

Sin embargo, no pudo evitar notar una leve sonrisa en el rostro de Arthur, pero él no dijo

nada, simplemente hizo lo que le habían pedido y, siendo un caballero, la dejó sola para que se cambiara.

Tan pronto como se quedó sola, Madeline comenzó a desvestirse, pero su ropa estaba tan mojada que fue muy difícil quitársela. Después de un tiempo, finalmente solo llevaba puesta la camisola de algodón. No había ningún espejo a la vista, pero podía imaginar lo mal que debía estar su cabello, así que intentó arreglárselo de alguna manera.

En el exterior, el marqués logró cambiarse y, vistiendo ropas secas, caminaba por la pequeña cocina en busca de algo de té para preparar, ya no sintiendo tanto frío. El breve vistazo que tuvo de la espalda de Madeline cuando tuvo que desabrochar su vestido lo encendió, y se sentía terrible por eso. Ella estaba sensible por todo lo que había sucedido y Arthur, al haber abierto solo unos botones de su vestido, quería arrojarla a la cama que había en la habitación.

Cuando finalmente el agua hirvió, encontró lo que buscaba y al terminar de hacer la infusión, ella apareció en su campo de visión. La camisola que llevaba puesta estaba completamente abotonada y sin duda era una de las más simples que había visto, pero era Madeline quien la vestía y la tentación de tocarla aumentaba. Tuvo que concentrarse aún más en su tarea, no podía actuar como un salvaje y agarrarla allí mismo.

Después de todo, no era difícil darse cuenta de cuánto estaba aún aturdida, sus pasos indecisos eran muy diferentes a los de la mujer decidida que conocía, y eso despertaba en él un fuerte deseo de protegerla de todo.

Madeline se sentó en la misma silla de antes, frente a la chimenea, y pronto notó que Arthur se acercaba hacia ella.

—Veo que ya estás más seca.

—Sí, pero necesito acercar la ropa al fuego para que se seque.

—No te preocupes, mi amor, lo haré yo, pero antes —se arrodilló frente a ella — perdóname por hacerte pasar por esta lluvia... te quería tanto a mi lado que no le di importancia

al mal tiempo y a que esto pudiera traerte malos recuerdos.

Madeline sintió que sus ojos se humedecían, las palabras sensibles de Arthur hicieron que su corazón se calentara. Después de mantener su mirada en la de ella por unos segundos, Arthur bajó la cabeza y besó delicadamente sus manos, cada caricia lograba calentar su cuerpo mucho más rápido que el fuego que ardía frente a ellos.

—No tienes la culpa, Arthur, yo debería haberme quedado en casa —finalmente logró responder.

—No quería recordarte algo tan difícil de tu pasado —Él dio un último beso en la palma de su mano y la miró. —Vi en tus ojos el miedo que viviste años atrás y nunca fue mi intención.

—Lo sé... —Madeline respondió, sintiendo que su vista se nublaba, lo último que quería era llorar frente a él, así que el marqués, al darse cuenta de que ella necesitaba espacio, se levantó y fue a buscar sus ropas para que se secaran junto al fuego.

Una vez que las dejó extendidas sobre otra silla, regresó a la pequeña cocina para tomar la tetera en la que estaba el té y servir para ambos.

—Logré encontrar un poco de té y lo preparé para que nos calentáramos - Caterham entregó una de las tazas a Madeline, quien ya se sentía mejor y lo vio acomodarse a su lado. Con su movimiento, lady Avondale tuvo una pequeña visión del pecho de Arthur, que llevaba una camisa seca, pero sin estar completamente abotonada.

Y esa visión logró calentarla más que el té, del cual ya había dado su primer sorbo.

Cuando salió de la habitación, su figura de espaldas ya le había quitado el frío, sabía que debía contenerse, pero con él tan cerca era difícil. Madeline aún temblaba, pero ya no por el frío, sino por el deseo, por estar más cerca de él de lo permitido.

—Espero haber puesto la dosis correcta, pero al menos nos calentará —Arthur habló, dando un sorbo al té, y Madeline intentaba mantener la calma mientras luchaba contra sus ojos traicioneros para no mirar por la abertura de la camisa de Arthur.

Pero no era solo ella quien intentaba mantener la calma, esta nueva perspectiva también afectaba mucho a Arthur, estar tan cerca de ella comenzaba a convertirse en una tortura, el marqués intentaba resistir tanto como pudiera el deseo de tocarla y, para distraerse, inició una conversación.

—Menos mal que pudimos llegar aquí antes de que la lluvia más fuerte cayera.

—Sí - asintió ella y continuó: —Parece que la lluvia tardará en pasar. —Terminó su frase y no pudo evitar mirar, aunque de reojo, una vez más el pecho de Arthur, cuando un trueno retumbó en el cielo y la asustó. Madeline terminó agradeciendo el trueno, ya que el estruendo le quitó la atención de la figura del hombre a su lado, que era sin duda tan atractivo con ropa sencilla como con el mejor traje de baile.

Por su parte, Caterham notó el susto de Madeline y volvió a hablar:

—Pero no te preocupes, podemos quedarnos aquí el tiempo que sea necesario.

—¿Y de quién es esta cabaña? —preguntó ella, un poco curiosa, dando otro sorbo a su té.

—Pertenece a lord Parr —respondió Arthur.

—¿El duque de Parr?

—Eso es —confirmó Caterham levantándose y tomando la taza vacía de las manos de Madeline para servirle el resto del té que había preparado.

—Él fue un gran amigo de mi padre, desde niño estuve junto a ellos en paseos a caballo y cacerías por la región, y hemos estado aquí varias veces cuando nos sorprendía una lluvia más fuerte en el camino.

Madeline dio otro sorbo al té y vio cierta melancolía en los ojos de Arthur al mencionar a su padre.

—Perdóname. —Ella sostuvo la mano de Arthur, que estaba más cerca de ella. —No quería hacer que mencionaras a tu padre, sé muy bien que lleva mucho tiempo recuperarnos de

una pérdida así.

El marqués apretó suavemente la suave mano que estaba encima de la suya y respondió:

—Tienes razón, todavía duele mucho cuando recuerdo que nunca más lo veré frente a mí, no podré abrazarlo ni reír juntos, o simplemente pasar tiempo en silencio cabalgando...

Arthur sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas y se volteó hacia la chimenea. Estaba haciendo todo lo posible para seguir adelante, porque sabía que así estaría honrando la memoria de su padre, pero la añoranza aún apretaba fuertemente su corazón. Después de un momento en el que solo se escuchaba el ruido de la lluvia, continuó:

—Pero recordarlo también tiene el poder de darme más fuerza para seguir su legado, después de todo, siempre me inspiraré en su figura.

Luego volvió a mirar a Madeline, su corazón exultante, porque la persona que tanto quería a su lado estaba allí, en esa cabaña con él, el lugar donde había tenido muchas alegrías.

—Y quiero ser como mi padre, siguiendo su camino en la administración de las tierras y siendo justo con las personas.

—Fue un gran hombre, Arthur —dijo Madeline, recordando algunos recuerdos del antiguo marqués.

—Pero también quiero ser como él, especialmente por la forma en que amó a mi madre. Fue un matrimonio arreglado, es cierto, pero él supo respetarla, conquistarla y amarla como pocos hombres que he conocido.

Cuando Madeline se quedó en silencio, él continuó:

—Todo lo que te he dicho es la pura verdad acerca de lo que siento por ti.

—Nunca dije que estabas mintiendo... —respondió Madeline con voz baja, sabiendo que poco podría resistirse a la mirada apasionada del marqués. Intentó apartar su mano para cortar el contacto, pero Arthur la sostuvo y con cuidado le quitó la taza que sostenía en la otra mano.

—Lo que más quiero es estar a tu lado... —continuó Arthur y, con una delicadeza que hacía que cada parte de su cuerpo se tensara, acarició sus dedos. Madeline intentó decir algo, pero pronto fue silenciada. Él se acercó más y, con la otra mano, tocó su rostro, sus dedos pasaron por su barbilla y llegaron a sus labios, y volvió a hablar: —Y no me importa el pasado ni lo que puedan decir, porque siempre dirán algo, lo que me importa —se detuvo unos segundos para enfocar su mirada en los ojos de ella —es que me des una oportunidad...

Ella no apartó la mirada, y en lo más profundo él podía jurar haber visto la voluntad de intentarlo.

—Dáme la oportunidad de estar a tu lado, de conquistarte, porque es lo que más quiero en mi vida, una existencia sin ti será mi mayor tormento.

Al escuchar esas palabras, Madeline ni siquiera supo exactamente cómo sucedió, tendría tiempo después para pensar, pero en un impulso se acercó a él y lo besó como había deseado durante mucho tiempo. Sin más reservas, pasó sus brazos alrededor de su cuello y un segundo después, Arthur la atrajo hacia su regazo.

Allí, él pudo abrazarla con más intensidad y sintió el mismo deseo del marqués, quien con uno de sus brazos la mantenía cautiva junto a su cuerpo y con la otra mano deshacía aún más el peinado ya suelto.

Los besos se volvieron más intensos, más eróticos, ambos se perdieron rápidamente el uno en el otro, pero Arthur quería ir con más calma y por eso pidió algo cuando separó sus labios de los de ella:

—Agárrate de mí.

Madeline hizo lo que se le pidió y fue levantada fácilmente por sus brazos, que la envolvieron y, unos pasos después, Caterham volvió con ella a la habitación donde se había cambiado y la acostó en la cama.

Ante una mirada llena de deseo, ella extendió la mano para que Arthur se acercara a ella,

pronto se cumplió la petición silenciosa y el marqués la besó con todo su ardor, comenzando un rastro de besos hasta llegar nuevamente a la boca de Madeline, sus cuerpos volvieron a entrelazarse, pero con el apoyo de la cama, él logró imprimir un ritmo más lento a sus caricias que poco a poco llegaron hasta el valle de los senos de Madeline.

Pero antes de finalmente probarlos, él la miró esperando su anuencia y al darse cuenta de su actitud, ella misma desabrochó la camisola, dejando al descubierto uno de sus hermosos senos, que pronto recibió el aire fresco, pero no por mucho tiempo, la boca de Arthur lo envolvió y un gemido débil salió involuntariamente de Madeline.

Pronto su otro seno fue agraciado por el mismo ardor que Arthur imprimió a sus caricias en el primero, ella sostenía sus cabellos y necesitando sentir finalmente su piel en la suya, Arthur se desprendió y se quitó sus ropas lo más rápido que pudo.

Cuando Madeline lo vio, pensó que era exactamente como lo había imaginado, los hombros anchos eran más imponentes que con la ropa y todo su cuerpo parecía emanar virilidad, pero la realidad era aún mejor que sus sueños. No tuvo mucho tiempo para admirarlo, porque pronto fue ella quien se quitaba la camisola y sin la tela cubriéndola, Arthur la miró con deseo renovado.

—He soñado tanto con verte así. —Pasó una de sus manos por el cuerpo de ella, desde los senos hasta sus caderas. —Te deseo desde hace tanto tiempo que todo esto parece no ser real.

—Pero estoy aquí, cariño, y quiero sentirte completamente en mí. —Las palabras de Madeline fueron como una mecha de pólvora y él la besó vigorosamente, olvidando ser tan caballeroso como le gustaría, ya no podía resistir más, su piel en la de ella era como su mejor sueño, porque era la realidad.

Él lanzaba besos por todo su cuerpo y mordisqueaba áreas sensibles, lo que hacía que Madeline se retorciera aún más en expectativa y cuando sintió que su miembro la penetraba, perdió el aliento. Aunque estaba preparada, su cuerpo se tensó con la intrusión y hizo que Arthur

retrocediera al instante y la mirara con cariño.

—Querida... —Acarició su rostro.

—Solo necesito un momento para acostumbrarme. —Ella dijo, viendo cierta preocupación en él.

Arthur volvió a besarla con todo el cariño y cuando se dio cuenta de que ella ya no estaba tensa, comenzó a moverse, su cuerpo lo seguía en un compás perfecto. Aumentaba el ritmo cada minuto y pronto él ya se sumergía en las sensaciones que Madeline le proporcionaba, su cuerpo parecía arder con toda la pasión que emanaba de él, pero necesitaba escuchar de ella una afirmación de que también lo deseaba.

—Dime que me quieres... tanto como te deseo...

Su habla salió entrecortada por todo el placer que se desprendía de él, y entre gemidos, ella respondió

—¡Sí, la quiero mucho!

Entonces, Arthur agarró su cuello para besarla de la manera más apasionada posible en ese momento, los gemidos de ambos comenzaron a hacerse más fuertes, los cuerpos chocaban con más intensidad en cada instante y Arthur finalmente tuvo la visión que quería, vio a Madeline deshacerse debajo de él y eso fue el detonante para que encontrara su liberación llamando su nombre.

Y esa liberación lo golpeó de manera tan intensa que solo tuvo fuerzas para girar hacia un lado para no lastimarla, atrayéndola hacia él inmediatamente. Se quedaron así durante un período que no supo precisar.

Sentía que su cuerpo tenía espasmos que iban disminuyendo poco a poco, en la misma medida en que él tomaba más conciencia y cuando finalmente se sintió completamente relajado, Madeline estaba durmiendo tranquilamente en sus brazos.

La visión invadió su pecho y lo llenó con la misma fuerza que un mar agitado, era hermoso de ver, pero sentía miedo solo por pensar que ese momento podría ser el único.



UNA DESPEDIDA BAJO LA AURORA

El ruido al fondo de la lluvia golpeando en la ventana fue lo primero que Madeline tomó conciencia mientras emergía de un sueño que la hacía sentir tan descansada como hacía mucho tiempo no sentía.

Pero tan pronto abrió sus ojos y vio la pequeña chimenea encendida y los muebles que la rodeaban, se asustó. No reconoció dónde estaba, solo segundos después su conciencia le recordó de lo que había ocurrido horas atrás y fue imposible no sonreír.

Mientras las imágenes de la pasión entre ella y Arthur corrían en su mente, un sentimiento de alegría la invadió, aunque también se dio cuenta de que estaba sola en la habitación. Por la pequeña ventana, vio que la noche había caído afuera, pero la lluvia aún persistía.

A la vez que no quería levantarse, pues deseaba aferrarse un poco más a esa cama y a todo lo que había sucedido, sabía que necesitaba ir al encuentro de Arthur para saber qué harían, ya que aparentemente tendrían que pasar la noche allí.

Así que reunió coraje y se levantó, arregló su cabello como pudo frente al pequeño espejo de mano que encontró en un cajón y en cuanto dio dos pasos fuera del cuarto, lo vio.

Arthur estaba poniendo más leña en la chimenea de la pequeña sala y arreglaba la ropa de ambos para que se secaran.

Pasó solo un minuto bajo su mirada para que él se diera cuenta de que estaba siendo observado y pronto se volteó hacia ella, una sonrisa de un hombre enamorado surgió en su rostro, lo que hizo que el corazón de Madeline diera un vuelco. En ese momento deseó con todas sus fuerzas que lo que estaban viviendo pudiera perpetuarse, aunque sabía que no era digna de tal felicidad.

—Veo que mi bella princesa despertó —dijo, acercándose a ella y Madeline lo encontró en medio del camino.

—¿Dormí mucho?

Él sonrió nuevamente y acariciando su cabello respondió:

—Solo unas tres horas, pero ese tiempo no fue suficiente para que la lluvia cesara y la noche llegara.

—Sí, es verdad —respondió Madeline, dando unos pasos hacia la gran ventana de la sala. —Por lo visto tendremos que quedarnos aquí, pero todos estarán preocupados —terminó de hablar con cierto temor en la voz y Caterham lo percibió.

—Sí, tendremos que pasar la noche aquí, querida, es peligroso salir. —Fue hacia ella y la abrazó por detrás.

—Lo sé... —respondió Madeline y se dejó estar allí con él, de alguna forma Arthur le daba seguridad, aunque se sentía impotente, realmente no era seguro salir en esas condiciones, pero sabía que, si su padre se enterara de su pequeña desaparición, eso podría afectar su frágil salud.

Adivinando su preocupación, Arthur la abrazó con más fuerza, acercando su cuerpo aún más al suyo, entonces besó sus hombros y dijo:

—Sé que estás preocupada por tu padre, pero en unas horas amanecerá y podremos salir en cuanto los primeros rayos de sol aparezcan.

En silencio, ella agarró con fuerza esos brazos que la rodeaban y parecían traer la paz que tanto deseaba sentir.

—Tienes razón, no es seguro salir en esta oscuridad y con esta lluvia que no para... espero que mi gobernanta y mi dama de compañía no mencionen mi ausencia.

Un poco curioso, Arthur preguntó:

—¿Las dos saben sobre nosotros?

Riendo por el tono de curiosidad en su voz, se giró hacia él y respondió: —Saben, pero no te preocupes, las dos nunca nos meterían en problemas.

Arthur, a su vez, solo la miró a los ojos, acariciando su rostro y la besó con todo el cariño. Después de unos minutos, abrazados el uno al otro, la llevó a la cocina para que comieran lo que había encontrado.

—Por suerte, algún empleado debe haber venido a limpiar la casa y reabastecer la despensa.

Ella luego vio lo que había separado, algunas frutas cristalizadas y pan.

—No es mucho, pero con los huevos revueltos que voy a hacer, no pasaremos hambre. — Madeline se quedó encantada de ver a Arthur tomando posición en la pequeña estufa de leña que ya estaba preparada, con una destreza que nunca imaginó, comenzó a hacer el plato.

—No imaginaba que el marqués de Caterham supiera cocinar —dijo Madeline, acercándose a él y recibiendo una media sonrisa.

—Bueno, no sé hacer muchas cosas, pero mi madre se aseguró de enseñarme algo a mí y a Northen en caso de que alguna vez lo necesitéramos.

—Lo veo. —Lady Avondale se acercó más y ya podía oler el maravilloso aroma de los

huevos revueltos. Después de unos minutos más, el apetitoso plato estuvo listo y Arthur se aseguró de servirla.

—Si quieres más sal, toma aquí —dijo Arthur, terminando de poner los huevos en su plato, y después de servirse, finalmente se sentó a su lado. Y allí comenzaron a vivir en una intimidad perfecta que no pensaban que experimentarían cuando se encontraron esa tarde. Mientras comían y conversaban en esa simple cabaña, una complicidad nacía y venía llena de significado, y ese sentimiento los arrebató.

Madeline sentía que más murallas caían de su corazón, Arthur intentaba ocultarlo, pero para ella estaba claro que él sentía el mismo deseo arrebatador de que esa intimidad despojada pudiera ser vivida por ellos para siempre.

Cuando terminaron, Arthur llevó en silencio los platos al pequeño fregadero de la cocina, al regresar se puso a su lado y no pudo evitar acariciar los cabellos sueltos de Madeline.

—Necesitamos descansar para levantarnos al amanecer.

Fue solo una ligera caricia, pero que hizo que todo el cuerpo de Madeline se tensara y un escalofrío recorriera su espina dorsal, ella quería no sentirse tan indefensa ante él, pero la realidad era otra.

La verdad es que durante mucho tiempo se negó a aceptar lo que sentía por Arthur. Desde la vez que apareció en su primer baile, entre tantos hombres, algunos incluso más atractivos que él, algo surgió, una conexión. Madeline no podía entender por qué sucedió, pero sus fuerzas se fueron extinguendo y ahora que había probado todo lo que él podía ofrecerle, cada célula de su cuerpo exigía estar más cerca y eso fue exactamente lo que hizo. Se giró y cuando lo miró a los ojos, no fue necesario decir nada más, en un segundo el marqués la besaba con pasión y al siguiente, ya la llevaba en sus brazos.

Arthur la siguió de vuelta a la habitación, le gustaría hablar más, buscar más cosas que pudiera usar para conquistarla, pero la conquista hoy tendría que ser de manera más física, entre

besos, abrazos, gemidos y todo lo demás que pudiera darle durante la noche que pasarían juntos, bajo el mismo techo.

Pronto los dos estaban abrazados en la cama, piel con piel, boca con boca, y nada podía detenerlos de entregarse nuevamente el uno al otro.

La chimenea encendida emanaba calor en la habitación, pero un calor abrasador venía de los dos, que se dejaban quemar por un fuego mucho más fuerte, el de la pasión.

Arthur besaba cada rincón del cuerpo de la mujer que tanto amaba, demostrando toda su adoración, para que ella percibiera cuánto no solo la deseaba, sino cuánto la amaba y que finalmente Madeline aceptaría ser suya para toda la vida.

Y así, los dos se convirtieron en uno y todo se transformó en otro hermoso recuerdo, que los dos guardarían para siempre en sus corazones.



Sin embargo, incluso los sueños más hermosos tienen su fin y un poco antes de que los primeros rayos de sol aparecieran, Arthur despertaba con besos a la mujer que había marcado su vida para siempre.

Una adormilada lady Avondale intentaba arreglarse y contaba con la ayuda de un marqués que deseaba fervientemente que aquella noche se extendiera por todos sus días.

Y así, finalmente, el sol venció a la oscuridad y la lluvia dio una tregua. La pareja salió de la cabaña que fue testigo de aquella inolvidable noche hace algunas horas.

Madeline, que caminaba junto a Arthur, miró hacia atrás para, de alguna manera, memorizar la cabaña y finalmente logró darle un nuevo significado a los días lluviosos, disipando un poco su animosidad. Ahora regresaba a casa con un recuerdo maravilloso de días de

tormenta.

Si su accidente hacía que temblara solo al oír un trueno fuerte, ahora cada vez que los truenos, los rayos y las lluvias surgieran del cielo, una sonrisa se dibujaría en su rostro, porque lo que vendría a su mente sería toda la pasión vivida junto a Arthur.

Pero la realidad comenzaba a hacerse presente para ambos cuando llegaron al punto en el que debían separarse. A lo lejos, vieron la residencia del duque y Caterham sintió un apretón en el pecho. Era hora de despedirse. Apretó con más fuerza las riendas de su caballo para contenerse y no robar a Madeline unos momentos más juntos.

Lady Avondale disminuyó el ritmo hasta detenerse a una distancia prudente y tener al marqués a su lado. Su corazón latía tan fuerte ante la inminente despedida. No debería ser así, pero no podía controlar ese sentimiento. Tuvo que respirar profundamente para evitar que las lágrimas cayeran de sus ojos.

Ambos se quedaron en silencio, mirando la imponente residencia que se mostraba en el horizonte. Ninguno de los dos quería irse, pero la despedida, al menos por ahora, era necesaria.

Madeline intentó decir algo, pero su corazón latía tan fuerte que su voz no salía y fue Arthur quien rompió el silencio acercándose más a ella.

—Nunca olvidaré lo que vivimos esta noche.

—Yo... yo tampoco... —finalmente logró hablar con un hilo de voz y miró sus manos intentando ocultar sus ojos llorosos.

—Te amo con todas mis fuerzas —repitió el marqués la frase que había dicho varias veces la noche anterior y completó acercándose más y tomando su brazo—. Dame la oportunidad de hacerte feliz, porque no sé cómo viviré sin ti.

Madeline quería decir tantas cosas, pero la avalancha de emociones era tan fuerte que no podía comenzar una frase. El hombre a su lado sabía que aquel silencio era porque sentía las mismas emociones que él, simplemente no podía expresarlas. Y así, para no ser vistos, él tomó

delicadamente una de las manos de Madeline y la besó con ternura.

Entonces ambos se miraron una vez más y con un gesto de despedida, Caterham giró su caballo y se dirigió a su casa. Madeline todavía lo vio alejarse y finalmente pudo respirar con tranquilidad, pero su corazón y su mente estaban en éxtasis. Había llegado el momento de decidir su futuro.



UNA VISITA ANSIADA

La lluvia podía ser vista desde la ventana del carruaje, en la cual lady Avondale iba rumbo a la casa de su tía Mary, el tiempo lluvioso ya llevaba cinco días siendo rutina.

Pero ahora, Madeline veía la lluvia con otros ojos, y para ser sincera, incluso le estaba gustando ese clima, ya que así solo tenía que cerrar los ojos con el sonido, y muchas memorias surgían en su mente y una sonrisa tonta nacía en sus labios.

Esos labios que extrañaban los besos de un cierto marqués, que desafortunadamente estaba ocupado con varios asuntos de sus tierras y por eso no había podido ir a su encuentro. La distancia no era exactamente un problema, ya que incluso sin estar a su lado físicamente, Arthur se hacía presente de alguna otra forma, ya sea a través de las rosas rojas que envió al día siguiente de la noche que pasaron juntos, por medio de uno de sus empleados más fieles, ya sea a través de la caja de chocolates y otras golosinas que envió al día anterior, o incluso a través de las notas que expresaban sus disculpas por no poder ir a su encuentro, pero que también decían cuánto la quería.

Suspirando por los recuerdos que la mantenían soñando despierta, Madeline finalmente llegó a su destino. Tan pronto como se abrió la puerta de su carruaje, la duquesa de Dalkeith

apareció en la puerta rompiendo todos los protocolos, pero era algo más que esperado de lady Mary hacia los hijos de su difunta y amada hermana, ya que los trataba como si fueran sus propios hijos.

Las dos se encontraron a mitad de camino y se abrazaron efusivamente, la nostalgia era inmensa y fue la duquesa quien habló primero:

—¡Cuánto tiempo sin verte, mi niña! —dijo, mirándola con alegría. —¡Cómo estás hermosa! —La duquesa continuó una vez que se separaron del abrazo.

—Tú también —Madeline dijo, sonriendo y mirando a su querida tía que llevaba puesto un vestido verde oscuro que combinaba muy bien con sus ojos verdes.

—Y me imagino que esta sonrisa —la duquesa dijo con voz más baja —es por el asunto del que dijiste que querías hablar conmigo.

La sonrisa de la sobrina solo aumentó ante la confirmación de la tía y ambas intercambiaron una mirada llena de significado, luego entraron a la casa y Madeline pudo volver a ver a todos, a quienes había extrañado tanto.

Tan pronto como apareció en la sala, lady Avondale fue recibida con entusiasmo por el resto de la familia, el tío, el duque de Dalkeith, las dos hijas y el hijo, lord Alexander, la recibieron con besos y abrazos, y Madeline se sintió como en casa.

Las dos niñas, que eran más jóvenes que ella, la acapararon de inmediato, hablando sobre vestidos, lazos y Davina, la futura novia, se mostraba nerviosa y emocionada por el compromiso.

Madeline realmente se alegró de que el matrimonio de su prima fuera por amor, la pareja se conoció cuando el novio pasó un tiempo en la casa de un tío en Escocia, y este era amigo de los duques de Dalkeith, y cuando se conocieron, todos dijeron que fue amor a primera vista y desde entonces, casi un año después, estaban allí, a pocos días de su compromiso y ya arreglando la boda, que se celebraría en la residencia de los duques, algunas semanas más tarde.

Junto a ellos, Madeline se sentía completamente relajada, ya que olvidaba por completo

los muchos desengaños vividos, alegrándose de estar rodeada de su familia materna.

Por supuesto que su visita duraría todo el día, ella pudo ver y ayudar a sus primas a elegir sus vestidos para el día del compromiso y prometió que usaría el hermoso vestido que su tía y sus primas le regalaron.

Un poco después de que todos tomaran el té, lady Mary finalmente logró quedarse a solas con su sobrina.

—Entonces dime cómo van las cosas... parece que una cierta persona ha captado tu atención —dijo la tía en un tono bajo, ella conocía a lord Arthur, después de todo, los Avondale eran amigos de los Caterham, pero la duquesa no lo veía desde hace muchos años, la última vez fue poco antes de que su sobrina se fuera al sur de Francia.

—Están muy bien —dijo Madeline y una sonrisa tonta apareció en sus labios y ella contó, con algunos detalles, lo que estaban viviendo.

Lady Mary sonrió de felicidad mientras su sobrina hablaba, porque veía que Madeline estaba feliz y esta vez realmente tenía la oportunidad de seguir así. Sabía que su sobrina había regresado de Francia con una armadura invisible para protegerse de todos, no la culpaba, pero siempre supo que eso podría perjudicarla.

La duquesa fue el único miembro de la familia que conoció al comandante Arnaud. De hecho, lo conoció de repente cuando llegó sin avisar a lady Avondale, en ese momento la tía estaba muy preocupada por no poder acompañar a su sobrina en su tratamiento, temía que la hija de su hermana no pudiera llegar viva a su destino, pero se calmaba al recordar que ella viajaba con dos personas en las que confiaba mucho: su dama de compañía y la señora Miller. Tenía la certeza de que ambas cuidarían de Madeline como a una hija.

Y Madeline llegó a su destino, el tiempo pasó, la duquesa se dio cuenta a través de las cartas que intercambiaba con su sobrina que no solo estaba mejorando su salud, sino que un cierto comandante había conquistado su corazón, se dio cuenta por algunas menciones que

sonaron como solo una mujer enamorada hablaría, sin embargo, Madeline no decía nada sobre un compromiso.

Preocupada por la situación y sin hacer ruido, decidió ir sola a donde estaba su sobrina y justo el día de su llegada, sorprendida, conoció a Dominique Arnaud, que salía de la residencia.

Y por la mirada que mezclaba sorpresa y cierto temor en ambos, la tía supo instantáneamente que estaban juntos.

La duquesa decidió hacer el viaje porque temía que su sobrina pudiera estar en manos de un hombre que la lastimara y la abandonara, la confirmación de la relación vino de parte de Madeline, que nerviosa, pedía perdón por eso. Era evidente que se preocupaba por lo que pudiera suceder, pero cuando su sobrina comenzó a contar lo que estaba viviendo, se dio cuenta de que no estaba siendo engañada, porque sabía de los problemas de Arnaud, pero ingenuamente decidió vivir esa pasión, a pesar de saber que podría haber consecuencias en su vida.

Sin duda, era una situación inusual para una dama como su sobrina, sin embargo, la tía se dio cuenta de que ella no se arrepentía de su elección y después del susto, la duquesa comenzó a entender sus motivos. Madeline, frente a ella, llegó descreída de su vida allí, enferma y desilusionada, ese hombre logró de alguna manera avivar y fortalecer la llama de su vida para que tuviera una nueva oportunidad de vivir.

Y a pesar de ser una situación bastante inusual, Mary no juzgaba la relación de la pareja, porque había visto con sus propios ojos cómo Madeline había viajado, su corazón temía lo peor, que también perdería a su sobrina, como había perdido a su hermana, que ella sucumbiría a la enfermedad, pero al verla tan saludable, alegre y fuerte, se desarmó por completo. La niña se había convertido en una mujer valiente, lista para asumir riesgos y enfrentar la vida de frente y al verla así, a pesar de todo, no condenó la situación, porque solo el amor podría rescatar a su sobrina. Vio con sus propios ojos que Madeline estaba siendo amada por él y fue la fuerza de ese sentimiento lo que los unió, lo que hizo que todos los males se disiparan.

Por otro lado, le gustaría mucho que la situación fuera diferente y que pudieran estar juntos, la ternura con la que el comandante miraba y se refería a Madeline, la última vez que lo vio, dejó su corazón apretado, triste, porque ahí percibió un amor verdadero. Sin embargo, no todo es posible, ya que Dominique no era un hombre desocupado, además de ser militar, tenía una fecha para volver a la actividad y, con eso, el final era inminente.

Días después, mientras regresaba a Escocia, iba con el corazón tranquilo, pues sabía que su sobrina estaba lista para enfrentar su regreso a la sociedad y eso fue exactamente lo que sucedió, pero desde entonces, Madeline se había cerrado al amor, algo que Mary consideraba normal, sin embargo, parecía que los sentimientos habían cambiado y tal vez, esta vez, ella pudiera realmente vivir el amor.

—Y ahora está resolviendo algunos asuntos de sus tierras—, decía Madeline a su tía sobre Arthur, —Pero me gustaría tanto que usted lo viera antes de la cena de compromiso...

—Oh, pero ya he pensado en eso—, dijo lady Mary con una sonrisa, y al ver la cara de duda frente a ella, continuó, —Vamos querida, ya he venido pensando en qué hacer y he mandado preparar una pequeña lista, solo estaba esperando hablar contigo, voy a ofrecer un desayuno para las familias más cercanas a la de tu padre, con las cuales también he creado lazos, durante el tiempo que viví aquí en el pasado, y los Caterham están en esta lista.

—¿Un desayuno? —preguntó la sobrina con una sonrisa en los labios.

—Sí, pero será algo sencillo —dijo Lady Mary rápidamente, —Es solo para que nosotros podamos reunirnos con los amigos y así poder ver con más calma a tu marqués, pues en la cena de Davina estaré muy nerviosa.

Ambas rieron y Madeline no podía estar más feliz con la idea de su tía, y pronto se ocuparon de todos los detalles y al día siguiente se enviarían las invitaciones para que todos se reunieran en cinco días.

Y después de despedirse de todos, prometiendo que volvería pronto, Madeline regresó a casa con una sonrisa más radiante en el rostro, estaba feliz no solo por la presencia de su tía y su familia, pues su presencia la reconfortaba y la hacía sentir más cerca de su madre, sino también porque su tía quería ver a Arthur pronto y por la conversación que habían tenido. Madeline se dio cuenta de lo fuertes que eran sus sentimientos por él, solo le faltaba el coraje para admitirlo y dejarse llevar por la felicidad que este sentimiento le brindaba.



UN ALMUERZO LLENO DE FELICIDAD

Finalmente, la lluvia había dado una tregua y el sol brillaba, aunque de manera pícara, en el cielo. Y la pausa en el feo clima llegó en el momento justo, ¡porque así el evento de los duques de Dalkeith sería perfecto!

Pero para un joven lord, ese evento era mucho más que un simple almuerzo, el encuentro podría ser bajo una lluvia torrencial y él estaría allí, con su mejor traje, en el lugar y fecha acordados, con una sonrisa en su rostro.

Toda esa voluntad de asistir tenía una razón de ser para el lord Caterham, pues allí estaría una vez más al lado de su dama, claro que no tan cerca como deseaba, pero verla era maravilloso. Además, los días anteriores habían estado llenos de problemas por resolver, por lo que no pudieron encontrarse, y eso lo inquietaba, pero esa distancia terminaba en ese mismo minuto en que salía de su carruaje y ayudaba a su madre a bajar.

Ambos fueron recibidos de manera educada y cortés por el mayordomo de la familia y llevados hacia la parte trasera de la casa. En el camino, ya notaban la decoración sencilla, es verdad, pero muy elegante de la casa donde se encontraba toda la familia ducal.

Solo necesitaron unos pocos pasos para encontrarse con los demás invitados que ya

habían llegado. Saludando a los primeros que se acercaron a hablar con ellos, la presencia y la mirada de Madeline pronto se hizo sentir en su piel y sus ojos la encontraron al otro lado. No pudo contener una pequeña sonrisa que salió de sus labios, lady Avondale, por su parte, mantenía una mirada majestuosa y calculada, Caterham podría incluso estar un poco molesto por cómo ella lograba mantener la máscara, pero después de lo que habían vivido, él sabía muy bien toda la pasión que podía encontrar en ella, y por eso siguió su camino saludando a todos.

Después de unos cinco minutos, por fin llegó para estar al lado de su primo, el conde de Northen.

—Ah, por fin llegaron —dijo Northen, bebiendo su licor.

—Mi madre tuvo un contratiempo con su vestido, por eso nos demoramos —respondió Arthur, aceptando una copa que le habían servido de la misma bebida que su primo.

—Hoy es un día propicio para que causes una buena impresión —dijo el primo con una sonrisa torcida y mirándolo con más cuidado, añadió: —Y veo que te esmeraste con tu apariencia.

Instintivamente, Arthur pasó sus manos por su ropa para mantenerla estirada y corrigió su postura, realmente ese no era un simple almuerzo que los duques de Dalkeith estaban ofreciendo, al menos no para Caterham. Era el día para impresionar de manera muy positiva a la tía de su amada, pues todos sabían que la duquesa era como una madre para Madeline después de la prematura muerte de lady Avondale.

Arthur comenzaría en ese momento a mostrar su mejor sonrisa, ya que lady Mary, con su forma relajada, se acercó a ellos para saludarlos.

—Bienvenidos, milores.

— Su Excelencia —fue la educada respuesta de los dos, combinada con una reverencia.

—Espero que se diviertan en el almuerzo —dijo Mary con una sonrisa en los labios. — Quise hacer algo sin muchos adornos, para que así podamos disfrutar más.

—Y lo estás logrando, milady —respondió James. —Todos parecen estar disfrutando mucho.

Los tres se volvieron hacia la sala donde ya se podían ver a los invitados de forma muy relajada, conversando animadamente entre ellos, mientras tomaban alguna bebida o disfrutaban ya de los aperitivos servidos.

—Saber que todos ya están divirtiéndose es una alegría para mí, quiero a todos felices - respondió ella, volteándose, pasó los ojos con más atención en Arthur antes de completar: — Después de todo, la felicidad puede estar más cerca de lo que imaginamos.

Y con una sonrisa los dejó, tan pronto como tenían una distancia segura, Northen dijo:

—Creo que la felicidad a la que ella se refería es sobre ti.

Terminando de beber su licor, el marqués dijo un poco nervioso:

—Puede ser, pero estoy nervioso solo de imaginar lo que Madeline habrá dicho de nosotros a la tía.

—Ah, no te preocupes, seguramente ningún detalle más íntimo de una cierta noche lluviosa —dijo James con una sonrisa en la comisura de los labios.

Y solo por ser recordado de ese punto, el pecho de Caterham se calentó y buscó en la sala a la dueña de todos sus sueños y la encontró conversando con las primas y otras dos damas, pero Madeline, a su vez, no prestaba mucha atención a la conversación en la que participaba.

Y el motivo era el último invitado que llegó a la casa. Arthur estaba más guapo que el día en que se despidió de ella diciéndole que la amaba, su traje con levita marrón y pantalón más claro, que mostraba los músculos de sus piernas, ya hacía que todo su cuerpo se estremeciera, porque ahora sabía muy bien cómo esas piernas eran fuertes y maravillosas en contacto con su cuerpo. Madeline respiraba hondo, intentaba no recordar todo lo que vivió con él en esa noche en la que se entregaron el uno al otro. Sin embargo, era más difícil de lo que imaginaba. Tan pronto como lo vio, sintió un deseo casi salvaje de acercarse a él y besarlo con toda la nostalgia y, para

ser sincera, no le importaría el escándalo que causaría, pero no podía hacer nada de eso y para mantenerse tranquila, decidió mantenerse alejada de él, intentando de alguna manera calmar su corazón que latía desenfrenadamente.

Sin embargo, la duquesa de Dalkeith, que la conocía como pocos, notó su inquietud y después de recibir a todos los invitados, fue hacia ella y, llamándola a un lado, dijo:

—Estoy feliz de que todos parezcan estar divirtiéndose.

—Sí, todos están alegres y relajados. —Excepto yo, pensó enseguida.

Entonces su tía le dijo en voz baja:

—Me gustó mucho volver a ver a tu lord. —Y con esa frase, lady Mary captó de inmediato la atención total de su sobrina y continuó: —Vino muy bien presentable y debo decirte que los años le han sentado muy bien, trayendo algunas cualidades que a toda mujer le gustan mucho, incluso en secreto.

Con las palabras de su tía, Madeline casi se atraganta con el jugo que estaba bebiendo y con una sonrisa juguetona, la duquesa continuó:

—Vamos, hacía mucho tiempo que no lo veía, la última vez que estuve con él, tu lord no era así, digamos, tan saludable... entiendo muy bien por qué llamó tu atención.

No pudiendo contener una risa, ella respondió a su tía:

—Sí, los años lo han vuelto más fuerte, más viril y le han dado un aire muy seductor.

—Tengo que estar de acuerdo, pero sobre ese poder de seducción, solo tú puedes atestiguarlo. —Fue la respuesta inmediata que recibió de su tía.

Madeline tuvo que contener una carcajada y luego vio a su tía guiñándole un ojo, y antes de volver a rondar entre los invitados, remató:

—Pero por tu mirada hacia él cuando llegó, puedo decir con seguridad que es la mirada de un hombre completamente enamorado, y me gusta mucho verlos juntos.

Y así, la duquesa volvió a pasear por la sala y dejó a su sobrina con ideas en la mente, deseando que su tía tuviera ese encuentro con Arthur, que observara la situación desde cierta distancia y confirmara lo que ardía en su pecho, que Arthur la amaba. Ahora debía decidir: seguir adelante y aceptar todo lo que viniera o retroceder y romper no solo el corazón de él, sino también el suyo propio.

—Vamos, prima —Davina se acercó a ella sacándola de sus pensamientos y, tomándole la mano, dijo: —¡Ya van a servir el almuerzo! —Y con una sonrisa, Madeline siguió a su prima y las dos pronto se convirtieron en tres cuando la prima más joven se les unió.

Y como era un almuerzo más informal, todos se dirigieron al jardín exterior de la casa donde se habían colocado largas mesas para que los invitados se sirvieran y se acomodaran.

Cuando todos comenzaban a servirse, el día de Madeline fue perfecto, porque llegó el otro lord que tanto esperaba.

—Disculpen por mi retraso, caballeros —Y así fue como lord William, el futuro duque de Avondale, se presentó ante todos y llenó de alegría genuina a Madeline, que corrió hacia su hermano.

Después de un abrazo apretado a su hermano, ella dijo:

—Por fin llegaste, pensé que solo querías estar con tus colegas en Eton.

—¡Claro que no, hermana! —William dijo cariñosamente. —Me retrasé porque las carreteras todavía están muy mojadas y eso me hizo venir más despacio.

—Está bien entonces, te perdono por el retraso, jovencito —Madeline apretó ligeramente las mejillas sonrosadas de su hermano, como siempre lo había hecho desde que nació. Antes de que pudieran ir a donde todos estaban comiendo, fueron abordados por su tía, que, con lágrimas en los ojos, recibió a su sobrino, al igual que le sucedió a Madeline.

Los dos se abrazaron fuertemente y Mary dijo rápidamente:

—¡Cómo ha crecido mi futuro duque, pronto será más alto que yo! —Los tres rieron y fue el turno del duque de Avondale de llegar y abrazar a su hijo.

—Finalmente has llegado, hijo mío —Los dos intercambiaron una sonrisa y luego se dirigieron finalmente a almorzar, pero Madeline sintió la ausencia de alguien allí, y no era exactamente la de su madre, ya que sabía que su presencia siempre estaría con ellos, sino la de alguien que podría hacer que su felicidad fuera completa, y esa persona la miraba desde cierta distancia, Madeline pudo ver en la expresión de Arthur el cariño que sentía, ese momento se fijó para siempre en su mente.



BREVE ESCAPADA DE AMOR

El almuerzo organizado por los duques de Dalkeith fue perfecto, con muchas risas y reencuentros. Todos quedaron encantados con la pareja que se comprometería oficialmente en unos días.

Sin embargo, otra pareja, que la gran mayoría ni siquiera imaginaba que pudiera estar junta, no logró tener un momento más íntimo, y esto se debió a Madeline misma, que estaba preocupada de mostrar sus sentimientos más de lo que debía junto a Arthur, todos notarían su estado demasiado alegre, por lo que no estuvieron juntos, no más de tres minutos.

Por supuesto, eso no era ni de lejos lo que Caterham quería, pero notó el nerviosismo de su dama y no intentó ningún contacto más, al menos no allí. Sin embargo, no se dio por vencido y cuando la tarde cayó, le envió un mensaje a través de su primo, quien logró hablar con él en un raro momento a solas, sin la presencia de las primas o del hermano menor.

—Me pidió que te dijera que quiere verte — James dijo disimuladamente.

Manteniendo su rostro tranquilo, que por dentro era completamente lo contrario, Madeline preguntó:

—¿Y cómo puedo verlo?

—Arthur me dijo que te esperará a unos quinientos metros al sur de tu residencia...

—¡Pero eso está cerca de su casa!

—Lo sé —confirmó James, mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie les estaba prestando atención -, no me dio más detalles, solo eso y quiere tu confirmación para el encuentro después de las diez de la noche.

Aunque consideraba arriesgado el punto de encuentro y la hora, ella no lo rechazaría.

—¡Dile que estaré allí!

—Haré llegar tu respuesta a mi señor —bromeó James, despidiéndose de su prima, quien luego se dirigió a la gran sala donde muchos de los invitados ya se despedían de los duques, pues la noche había llegado. Podía ver en el rostro de todos la satisfacción de haber estado juntos. Una vez más, su tía se mostró como una anfitriona perfecta y todos se marcharon encantados con todo.

Y aunque le había gustado todo tanto como a los demás, quería descansar, este tipo de fiestas siempre eran agotadoras y lo que deseaba en ese momento era estar en su cama, especialmente ahora que sabía que debía estar lista para un paseo nocturno.

Por eso se acercó a la familia de su tía y se despidió de todos, las primas, muy queridas, intentaron convencerla de quedarse más tiempo, pero con un abrazo apretado a ambas, dijo que debía irse a casa y así lo hizo junto a su hermano y su padre.

Las horas pasaron en un abrir y cerrar de ojos y pronto se encontró poniéndose su capa, con una pequeña linterna en la mano, lady Avondale salió de la habitación y se dirigió hacia los establos para tomar su caballo, que había pedido a través de su dama de compañía, que estuviera ensillado. Sin demora, montó y se dirigió al destino lo más silenciosamente posible.

No pasó mucho tiempo antes de que viera frente a ella la figura de un caballero cuya

postura era iluminada solo por la luz de la luna, él sintió su presencia y se volvió, su corazón latía feliz, agarró con fuerza la montura de su caballo en anticipación y cuando se acercó más, Caterham extendió la mano hacia ella, y a pesar de que ambos llevaban guantes, al tocarse, fue posible sentir el calor que emanaba de él con el contacto, él la atrajo suavemente hacia él y unió sus labios con los de Madeline.

No era este el beso que quería dar, pero la inquietud de haber pasado horas cerca de ella sin besarla hizo que Caterham actuara impulsivamente.

—Ya no aguantaba más sin probar tus labios —dijo en voz baja, manteniendo aún su mano en la suya y pudo ver una sonrisa nacer en su hermoso rostro. —Tenemos que irnos, no tenemos mucho tiempo. —Arthur tuvo que soltar su mano y luego siguieron en silencio. Después de unos minutos, ya estaban cerca de una cabaña.

—Pensé que iríamos a la cabaña donde nos refugiamos de la lluvia —dijo Madeline en cuanto se detuvieron y él la ayudó a bajar de su caballo.

Manteniendo su mano alrededor de su cintura, él respondió:

—Esa estaría muy lejos para ir a esta hora, así que opté por este refugio. —Y robándole un pequeño beso, tomó su mano y la llevó al interior del lugar, que ya tenía la chimenea encendida y estaba bien organizado.

—Por lo visto, alguien ya dejó todo preparado. —Lo escuchó comentar mientras miraba a su alrededor, y él respondió cerrando la puerta detrás de él.

—Sí, pedí a mi criado que dejara la cabaña organizada y calentita para cuando llegáramos.

Sin embargo, Madeline vio que no solo la chimenea estaba encendida, vio flores sobre la pequeña mesa y aún había una hermosa cesta con pan y embutidos. Su atención se centró en el hombre atento que verificaba que las ventanas estuvieran cerradas y, cuando se acercó a la chimenea, Madeline rompió la distancia y lo abrazó por detrás, y en ese mismo instante, Caterham agarró con fuerza los brazos que lo envolvían.

—Perdóname por no haber pasado más tiempo contigo en el almuerzo de mi tía.

—Solo serás perdonada por estar aquí conmigo —dijo él de manera despreocupada y se giró hacia ella, sin dejarla hablar más, pues la besó con toda la pasión acumulada.

Madeline respondió al avance abrazándolo con fuerza e intentando mantenerlo pegado a su cuerpo, sintió que él rodeaba su cintura y su deseo ya evidente se hizo más claro.

—Quien debe pedirte perdón... —Arthur hablaba mientras besaba su cuello y su escote — soy yo por haber tardado tanto en verte de nuevo.

—No pensé en eso, querido, sé bien lo ocupado que estabas, lo importante es que estamos juntos —respondió Madeline con la voz entrecortada de suspiros debido a las caricias que recibía.

Y no pasó mucho tiempo antes de que Arthur la levantara en brazos y se dirigieran a la pequeña habitación del lugar, donde la depositó suavemente en la cama. A pesar de la penumbra de la habitación, él pudo ver una sonrisa aparecer en el rostro de Madeline, quien no lo dejó alejarse.

—No te alejes más de mí. —el marqués escuchó su pedido y su corazón se retorció de añoranza, tomando su mano, respondió:

—No puedo quedarme, mi amor, eres todo para mí. —Y una vez más se declaró a ella, y aprovecharía todas las oportunidades que tuviera para expresar su amor por Madeline, porque si dependiera de él, lo haría todas las mañanas y noches de su vida.

Así, Arthur comenzó un camino de besos desde la delicada mano hasta el hombro, allí comenzó a desabrochar el vestido, en ese proceso se dio cuenta de la excitación de Madeline por su respiración entrecortada y cuando uno de sus hombros quedó al descubierto, lo besó y mordisqueó, arrancándole gemidos bajos que se intensificaron a medida que avanzaba hasta llegar a su escote, cuando logró bajar el corsé y besar uno de sus pechos, incluso por encima de la camisa, era como probar el mejor dulce que pudiera existir. De hecho, para él, Madeline era y

sería para siempre el dulce más sublime que probaría en su vida.

Ella lo envolvió con sus brazos y eso fue el gatillo para que Arthur rompiera las barreras que los separaban. En poco tiempo, pudo volver a sentir su piel contra la suya, su pecho ardía de deseo, todo su cuerpo parecía estar en ebullición, anhelando más contacto. Los días separados parecían intensificar todas las sensaciones y su mente, cuerpo y corazón solo ansiaban una cosa, hacer de Madeline suya una vez más y así mostrar que su amor por ella sería lo más fuerte posible, que la cuidaría y amaría por el resto de su vida.

Pronto, ambos estaban en el mismo compás, sus uñas se clavaron en su espalda, él a su vez la sujetó con más fuerza en cada embestida. Por más que quisiera, Arthur no podía ser caballero en este momento, la niebla de la pasión lo envolvía y rápidamente se perdió en Madeline, sin saber cuánto tiempo pasó hasta hacerla sentir todo el placer que podría darle, luego fue él quien encontró su liberación llamándola por su nombre.

Pasó algún tiempo más hasta que ambos volvieran a la realidad. Arthur la sujetaba con cuidado, con miedo de perderla, aunque ya sentía que Madeline comenzaba a dejar que realmente entrara en su vida, aún temía, y mucho, que algo sucediera y todo el progreso que había logrado se desvaneciera y no pudiera conquistarla para sí.

—Me gustaría poder pasar la noche aquí —dijo Madeline, aún abrazada a Arthur que acariciaba su espalda desnuda. —Pero sé que no debemos...

Una sonrisa apareció en el rostro de Arthur antes de responder:

—Bueno, lo que quiero es que me des todas tus noches... —La hizo levantar la cara y continuó: —Sé que acordamos seguir sin muchos temores o pudores, pero Madeline, lo que más deseo es hacerte mía, para siempre.

La intensidad puesta en cada una de las palabras dichas por Arthur dejó a Madeline sin una respuesta inmediata. Arthur insistía en este asunto, pero nunca había sido tan directo como en ese momento.

El marqués se dio cuenta de que sus palabras la habían tomado desprevenida, tal vez el momento no fuera exactamente ideal, pero toda la situación lo estaba corroendo y se veía deseoso de decirle eso todo el tiempo. Podía no parecerlo, pero cada día su inseguridad con relación a un futuro con ella aumentaba, quería hacerla su esposa lo más rápido posible.

Madeline entonces levantó la cabeza para responderle.

—Sé que estamos llegando a un punto de decisión.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Arthur, porque vio nuevamente esa duda en los ojos de Madeline y cuando iba a decir algo, ella lo silenció y dijo:

—Tal vez ya me haya decidido, pero déjame pasar por este momento del compromiso de mi prima para conversar más tranquilamente.

Las palabras de ella indicaban muy poco, pero sabía que, si la presionaba, todo lo que ya había hecho podría perder su valor y tratando de mostrarse tranquilo con relación a esa situación, dijo acariciando su rostro:

—No te preocupes, tienes ese tiempo, mi amor.

Madeline agarró la mano de Arthur y la besó, el miedo que se había instalado en él comenzó a dar paso al calor que solo Madeline hacía surgir. No pasó mucho tiempo antes de que él la trajera hacia sí y la besara nuevamente y la hiciera suya una vez más, tratando de entrar en su corazón y tenerla eternamente en su vida.



UN INVITADO INESPERADO

Finalmente llegó el día del compromiso y con un sentimiento de alegría, Madeline se levantó de su cama tan pronto como despertó.

Quería aprovechar cada minuto de ese día tan especial y pronto llamó a su doncella, que apareció frente a ella en poco tiempo para ayudarla a vestirse y así estar lista para tomar su desayuno. El día estaría lleno de tareas y estar lista para esa noche especial requeriría tiempo.

Y a pesar de que todo ya estaba acordado de antemano, Madeline no imaginaba que al final de ese día muchas sorpresas y desarrollos sucederían.

Sin saber lo que el destino le tenía reservado, Madeline se dirigió con paso firme hacia el cuarto de su padre, quien la recibió sentado en su sillón.

—Buenos días, mi hija.

—Buenos días, padre mío. —La hija besó cariñosamente el rostro del duque y se sentó en un sillón frente a él. —Veo que se despertó de buen ánimo, ya está incluso disfrutando de su desayuno.

—Oh, querida mía, gracias a Dios, el medicamento recetado por el Dr. Maddison hizo

efecto y realmente me siento más fuerte.

—¡Me alegra tanto, papá! —Madeline dijo con el corazón más alegre, ya que a pesar de saber que su padre aún era sensible debido a su edad, cada día se encontraba mejor de salud.

—Y ayer me acosté temprano, terminé cenando aquí en mi habitación, por eso no me despedí de ti, no te vi.

La mención a la noche anterior hizo que Madeline se tragara su saliva, ella no había pasado la noche fuera, la última vez fue hace tres días, cuando tan pronto como terminó la cita que su tía organizó, se encontró en secreto con Arthur en una cabaña cerca de su casa. Lo que iba a ser un encuentro rápido se prolongó hasta casi el amanecer y ambos regresaron poco antes de que saliera el sol. Al día siguiente, Lady Avondale tuvo dificultades para ocultar el cansancio y las ojeras. Pero, en cuanto a la noche anterior, a pesar de haber ido al mismo lugar, solo estuvieron unas pocas horas y cuando la luna apareció en el cielo decidieron regresar a casa cada uno montando su caballo.

—Sí - respondió Madeline, revolviendo su té. —Perdóname, fui a ver nuestras tierras y cabalgué demasiado. Perdí un poco la noción del tiempo.

—Querida mía, no te preocupes, sé que tienes muchas responsabilidades —dijo el duque con cierto pesar.

—Papá, no hables así, sabes que me gusta hacerlo.

—Sí, lo sé, pero eso no me exime de mi responsabilidad —dijo el duque con cierto pesar, pero decidió cambiar de tema. —Pero fue genial, porque William y yo nos hicimos compañía. — Lord Avondale terminó la frase y una sonrisa apareció en su rostro, echaba mucho de menos a su hijo, entendía que su heredero necesitaba recibir una buena educación en Eton, pero el duque también sabía que su tiempo era limitado y aprovechaba cada oportunidad para crear buenos recuerdos con sus hijos y transmitirles toda su sabiduría.

Cuando el duque terminó de hablar, se escucharon dos golpes rápidos en la puerta.

—¿De qué estaban hablando de mí? —Sorpresivamente, el heredero apareció en la habitación y fue recibido con caricias y sonrisas.

—Estaba diciéndole a tu hermana que ayer fue una tarde y una noche solo de chicos en esta casa.

—¡Y fue maravilloso! —respondió William a su padre, sentándose frente a ellos y así los tres comenzaron el día. Los dos le contaron a Madeline lo que habían hecho el día anterior.

Pasaron unos minutos más y la comida terminó, William bajó con su padre a la biblioteca, donde el duque continuó contándole la historia de sus antepasados y Madeline, a su vez, fue a dar su ronda diaria por la propiedad, verificando que todo estuviera en orden.

El día pasó rápido y pronto Madeline se encontró en su habitación arreglándose para la cena de compromiso de su prima, pero allí, en su tocador, había una nota que ya había memorizado las líneas...

Para endulzar tu día y decirte que ya te echo de menos...

Hasta esta noche, mi querida.

Siempre tuyo... A.

Madeline suspiró de satisfacción por el regalo enviado por Arthur al comienzo de la tarde, una cesta de panes dulces, así como por su nerviosismo, dentro de ella había una emoción por abrazar todo lo que ese hombre le ofrecía.

Desde el día en que llegó su tía, las dos habían hablado mucho sobre sus sentimientos más íntimos, y lady Mary le había dicho claramente que su sobrina tenía miedo de ser feliz.

—Vamos, querida —decía la duquesa mientras paseaban por los jardines de la propiedad, donde la tía se había establecido, el día estaba más firme y les permitía caminar, así que tenían más libertad para hablar. —Sentirse feliz también puede generar miedos, entregarse al amor no es una tarea sencilla, debo resaltarlo.

—Pero tía, ¿por qué tendría miedo? ¿No es eso lo que la mayoría desea tener? — preguntó lady Avondale, pensando que su tía estaba equivocada.

Deteniéndose, la duquesa miró a su sobrina con cariño y respondió:

—El amor, en muchas ocasiones, por ser tan arrebatador y transformador, puede generar una gran inseguridad. —Mary vio que su sobrina tenía una expresión confusa. —Mira, por lo que me has contado y lo que pude observar con mis propios ojos, entre tú y tu lord, no veo nada más que un profundo amor mutuo.

Madeline aún no había expresado ese sentimiento por Arthur, pero eso no significaba que no supiera que era así. Escuchar esas palabras de su tía fue otra prueba de que sus sentimientos por él desbordaban en la superficie, ella, que se creía tan buena escondiendo lo que sentía, en este momento, confirmó:

—Sí, me he enamorado de él...

Al ver que su sobrina bajaba la mirada sin darse cuenta, Mary se acercó más y levantando su rostro continuó:

—Sí, lo sé, pero también tienes miedo, de lo contrario, ya habrías aceptado su propuesta, y solo no lo has hecho por inseguridad.

Era verdad, la conversación que Madeline y Arthur habían tenido días atrás sobre ese tema la había desestabilizado un poco, parte de ella ardía de deseo por convertirse en la marquesa de Caterham, pero algo no la dejaba seguir adelante, y luego las palabras de su tía comenzaron a tener sentido.

—Mi niña —dijo la duquesa a su sobrina, rodeándola con uno de sus brazos —, no quiero presionarte, pero piensa en lo que acabo de decirte, tal vez así puedas ver qué es lo mejor.

Madeline asintió y ambas regresaron a casa.

—Encontré las cintas para tu peinado, milady —su dama de compañía la sacó de sus

pensamientos.

—Entonces empecemos, ¡porque no quiero llegar tarde! —respondió la hija del duque, tratando de disipar sus indecisiones, y así la señora Adams comenzó su trabajo. Una hora después, Madeline finalmente bajaba las escaleras para encontrarse con su padre, quien la recibió con una sonrisa.

—¡Qué hermosa estás, hija mía!

—Son tus ojos, padre —respondió Madeline, con sincera gratitud hacia su padre por demostrar su amor.

El duque besó a su hija y se dirigieron hacia la carroza, el viaje a la casa del barón de Chelltham duró aproximadamente treinta minutos, pero pronto estaban frente a la residencia iluminada por antorchas, con la música resonando desde dentro de la casa.

—Veo que el señor Trevor quiere convertir el compromiso de su hijo en un acontecimiento —dijo el duque mientras ambos subían las escaleras de la casa.

—Oh, padre mío, además de ser el futuro barón, el novio ha logrado hacer una carrera prestigiosa en la marina en poco tiempo.

—Eso es verdad —respondió el duque a su hija mientras terminaban de subir las escaleras y se dirigían al salón. —¡Desde pequeño, este chico amaba el mar!

La casa estaba decorada con flores, velas y los numerosos criados iban y venían para atender a todos. Así, los dos fueron anunciados y cuando entraron al salón, la pareja homenajeada los recibió y fue el señor Henry quien tomó la palabra.

—Su Excelencia, estoy muy feliz de que esté dispuesto y haya venido a mi compromiso —dijo Henry, mirando apasionadamente a Davina, quien se sonrojó ante la mirada de su prometido.

Pero no solo Davina recibía una mirada apasionada, Madeline sintió su piel arder y

mirando a su izquierda, vio al dueño de sus noches mal dormidas cuando estaba sola en la cama. Arthur estaba junto a su primo James y, a pesar de estar a varios metros de distancia, tenía el poder de hacer que Madeline sintiera como si estuvieran uno al lado del otro.

Se contuvo para no sonreír de manera tonta y apasionada como su prima, después de todo, no quería hacer una escena en el compromiso de Davina, pero lo que seguiría estaba lejos de ser silenciado.

Después de que ella y su padre intercambiaron algunas palabras más con la pareja, Davina fue llamada por la ama de llaves de la casa, mientras que el duque se dirigió a hablar con otros invitados. En ese momento, Madeline también se preparaba para ir al otro lado del salón, cuando el señor Henry la llamó:

—Milady, ¿le importaría acompañarme un momento?

Aunque sorprendida por la pregunta, Madeline asintió y ambos dieron unos pasos hacia adelante. Mientras se dirigía entre los invitados, sentía la mirada de Caterham sobre ella.

Henry entonces dijo:

—Tengo un gran amigo, que conocí en mis viajes por la marina, y me dijo que te conoció y le gustaría hablar contigo, milady.

Por obra del destino, Madeline se dirigió en la dirección que la dejaba a pocos metros de Arthur, lo notó mirándolo disimuladamente a su izquierda y, sin imaginar qué podría estar diciendo Henry, respondió:

—Entiendo, pero ¿qué amigo...?

Fue entonces cuando miró hacia adelante y el mundo literalmente se detuvo, incluso perdió la capacidad de respirar por instantes.

No era posible...

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, el shock de ver a quién tenía frente a ella fue

inmediato, los recuerdos en su mente surgieron de manera tan abrumadora que pudo oler la suave brisa que soplaba al final de la tarde cuando estaba en La Seyne-sur-Mer.

Completamente ajeno a la revolución que ocurría dentro de ella, el señor Henry dijo:

— Este es el amigo del que te hablé, milady, comandante Dominique Arnaud.



UN REENCUENTRO IMPENSABLE

El nombre pronunciado para Madeline aún resonaba en sus oídos, lord Henry hizo la presentación, pero nunca necesitaría que alguien le dijera quién era el hombre frente a ella.

Él la miró directamente a los ojos, aquellos intensos ojos verdes que alguna vez tuvieron el poder de hacer que sus piernas temblaran.

—Qué felicidad la mía poder volver a verte, milady —dijo Dominique con el mismo tono de voz educado pero firme que ella conocía tanto.

—¿Cómo estás? —preguntó intentando formar una frase.

—Feliz de volver a verte sana —respondió Arnaud conteniéndose para no abrazarla con toda la añoranza que explotaba en su pecho. Cuando se despidieron, él la dejó libre para vivir su vida, después de todo era lo correcto, pero no dejó de desearla ni un solo día.

Henry dirigió su atención a un empleado, momento que Arnaud rápidamente captó que su aparición había sorprendido por completo a Madeline, entonces bajando el tono de voz para que no fuese escuchado, dijo:

—Mon Dieu, parece que estás viendo frente a ti un fantasma, *chérie*. —dijo Arnaud y sus

ojos intentaban captar todos los detalles de ella. Madeline estaba tan hermosa como antes, el vestido verde oscuro era el perfecto contraste con su piel, su figura esbelta seguía dándole un aire majestuoso, los hombros al descubierto, que él había tenido la oportunidad de besar con adoración, seguían siendo los más encantadores y su rostro, a pesar de tener una expresión asustada, era el más bello.

—Casi eso... —respondió Madeline con un hilo de voz, su corazón seguía latiendo rápido pero ya podía mirarlo con más calma, su cabello estaba más grisáceo, su piel ya comenzaba a mostrar el paso del tiempo, pero Arnaud estaba más guapo de lo que ella recordaba, su porte alto y fuerte que emanaba poder seguía siendo el mismo, y él seguía refiriéndose a ella de la misma forma cariñosa.

—Perdón por no haber avisado que vendría, pero quería darte una sorpresa.

—Y lo lograste...

Una pequeña sonrisa se dibujó en los rasgos aristocráticos de él y luego preguntó:

—¿Cómo estás? ¿Cómo está tu salud? —Arnaud la había dejado sana y quería asegurarse de que así siguiera.

—Estoy bien, gracias - respondió un poco tímida y le sonrió, medio feliz por verlo bien. —Gracias a Dios, tú también te encuentras fuerte, pensé que te habías lastimado o algo peor, ya que pasó tanto tiempo desde tu última carta —Madeline dijo en un tono de voz más bajo.

—Ese es otro punto por el cual pido disculpas, pero no han sido tiempos fáciles desde que te escribí por última vez. —Y así Dominique hizo un pequeño resumen de la complicada misión que tuvo que liderar por el continente africano, la falta de contacto también tenía otro motivo importante, era para de alguna manera lograr mantener sus sentimientos dormidos por ella, sin embargo, se dio cuenta de que sus esfuerzos no tuvieron resultado, ya que en cuanto la vio, todo su cuerpo vibró por Madeline.

—Lo entiendo... no debe haber sido nada fácil - ella respondió, ya más tranquila. —Pero

dime, ¿cómo viniste a parar aquí?

—Bueno, hace dos años, estaba con mi tripulación navegando por el Atlántico, encontramos la embarcación de lord Henry en apuros debido a una tormenta la noche anterior, el barco estaba destrozado y rápidamente pusimos a todos a bordo y desde entonces nos hemos vuelto muy cercanos.

—Qué suerte que él haya sido salvado por ti.

—No tanto, *chérie*, también podría haber sido yo el que pasara por esa tormenta si un imprevisto no me hubiera retenido más tiempo en el puerto —respondió Arnaud y los dos continuaron conversando sin prestar atención a lo que sucedía a su alrededor.

La fiesta continuaba y desde el otro extremo del salón, la duquesa de Dalkeith observaba la escena con el corazón en la mano, preocupada por lo que pudiera suceder, no tuvo tiempo suficiente para advertir a su sobrina de la presencia inesperada en esa cena.

Cuando fue presentada por su futuro yerno a Arnaud, casi se desmayó del susto, nunca en toda su vida imaginó verlo justo allí, en el compromiso de su hija.

Caminando hacia un lado, sin saber qué hacer, pudo ver a Caterham mirando como un león cuyo territorio había sido invadido por un enemigo, y al ver esa mirada asesina, no tuvo el valor de acercarse al marqués, y para completar, quien se acercó a su lado fue el duque de Avondale.

—Es él, ¿verdad? —preguntó el duque directamente, Avondale también se percató de cómo reaccionó su hija al ver al hombre frente a ella. Al ver el uniforme y las medallas, pronto se dio cuenta de quién debía ser, pero quería una confirmación de la única otra persona en el salón que podía darle esa respuesta.

Mirándolo a él y luego volviéndose hacia su sobrina, lady Mary confirmó:

—Sí, es él...

Entonces el duque dijo:

—Finalmente voy a poder conocerlo. —Y sin decir una palabra más, Avondale se acercó a ambos.

Arnaud se dio cuenta de que alguien se acercaba hacia ellos y cuando giró la cabeza, vio a un noble acercándose, cuya edad no había disminuido la firmeza de su mirada altiva. En ese mismo instante, se dio cuenta de que ya había visto esa mirada antes y pronto dedujo que el hombre que ahora estaba frente a él era el padre de Madeline.

—Mi hija, ¿puede presentarme al caballero con quien está conversando? —dijo el duque en tono altivo.

Solo entonces la hija se percató de la presencia de su padre a su lado, y al ver que Madeline palidecía, con una nueva ola de preocupación que la embargaba, lady Mary rodeó con uno de sus brazos a Madeline y sintió cómo temblaba su sobrina frente a la mirada cortante del padre hacia Arnoud.

—Su Excelencia, este es el comandante Dominique Arnaud, a quien conocí durante mi estancia en Francia. Comandante Arnaud, este es el Duque de Avondale, mi padre —presentó Madeline, con un tono de preocupación y vergüenza.

—Buenas noches, Su Excelencia —saludó Arnaud al Duque.

—Debo decir que estoy sorprendido por su presencia en esta casa.

—Sepa que nunca deseé causar ningún tipo de incomodidad. —Dominique hizo una pausa y su mirada se dirigió a Madeline, que estaba tensa a su lado por ese encuentro, y concluyó: —Sin embargo, hay cosas que un hombre no puede cambiar. —Y cómo le gustaría poder cambiar su realidad, pensó para sí mismo.

A lo largo de los años, el duque aún no podía saber con certeza qué pensar de Arnaud, por un lado, lo veía como el hombre que sedujo a su hija en un momento de vulnerabilidad, por lo que merecía su desprecio, por otro lado, sabía que fue ese sentimiento que Madeline había

alimentado por él lo que la había hecho volver a la vida. En su mente, no creía que pudiera ser recíproco, y ahora frente a ese hombre, no sabía qué pensar. El deseo de desafiarlo a un duelo aún persistía en su mente.

El duque miró a Madeline, que exudaba preocupación, seguramente imaginando que podría escarnecer a Arnaud, humillarlo hasta convertirlo en polvo, y tenía todas las formas de hacerlo, pero sabía que ese hombre formaba parte del pasado de su hija y no arriesgaría que un escándalo la afectara. Después de todo, fue Arnaud quien la ayudó a superar toda la melancolía que se había instalado en ella debido a las secuelas del accidente. Avondale no podía negar que el comandante la había ayudado a fortalecerse durante el tiempo que estuvieron juntos, preparándola de alguna manera para su regreso a casa.

—Bueno, no podemos cambiar todo, solo aceptar —Respondió el duque y sin saber qué esperar de esa conversación, lady Mary habló:

—Señores, creo que la cena debe servirse en poco tiempo, ¿por qué no vamos a beber algo? —En ese momento, no podía contar con su amado esposo como intermediario entre los dos hombres, ya que su esposo no tenía idea de lo que había sucedido en el sur de Francia, nunca habló sobre ese asunto, demasiado íntimo, pero de repente apareció entre los cuatro como si hubiera sido invocado.

—Ah, entonces aquí está, Avondale. —El duque de Dalkeith se hizo escuchar. — Veo que ya conociste al comandante que salvó la vida del novio de mi hija, Davina.

—Sí, ya nos conocimos. —No fue exactamente una presentación, sino más bien un encuentro tardío, pero nadie tenía que saberlo.

—Ah, entonces comparte su atención con nosotros, seguro que el comandante tiene muchas historias interesantes que contarnos. —Y con una actitud relajada y sin imaginar lo que estaba sucediendo, el esposo de la duquesa hizo que los dos hombres se acercaran a un grupo de caballeros que conversaban muy cerca.

En ese momento, Mary amó aún más a su esposo y le agradeció en silencio por ese gesto.

—Oh, Señor... —Madeline finalmente soltó el aire, no tuvo mucho tiempo para decir algo, ya que su tía la llevó rápidamente fuera del salón y cuando ambas estaban solas, la duquesa habló:

—Ah, Maddie, perdóname, no sabía que él estaría aquí y no pude detenerte antes de que se encontraran.

Si Madeline estaba tensa, su tía lo estaba el doble, por lo que trató de tranquilizarla.

—Tía mía, no te culpes, nadie podría imaginar que él estaría aquí —respondió con dificultad para organizar sus pensamientos, en ese momento, su mente giraba sin parar. —Su presencia puede causar aún más complicaciones y...

—¡Ya está causando! —La tía la interrumpió.

—¿Ya?

—Vamos, ¿no te diste cuenta cómo Caterham los miraba desde el otro lado del salón?

—Ah, no... —Lady Avondale llevó la mano al pecho, sintiendo un fuerte pinchazo. —Dios mío, él debe haber visto todo...

—Seguro que sí, y no estaba para nada feliz con lo que veía...

—Seguramente dedujo que era Arnaud. —Madeline cerró los ojos en busca de fuerzas, sus piernas temblaban, no estaba preparada para todo lo que tendría que enfrentar esa noche. —Necesito hablar con él.

—Es lo mejor que puedes hacer —respondió la duquesa y tomó del brazo a su sobrina, que parecía un poco mareada por toda la emoción de la noche, al igual que ella. Cuando regresaron al salón, ya no vieron al marqués, dieron unos pasos más en su búsqueda, pero en ese momento la madre del novio las encontró y les pidió que se unieran a las otras damas y no tuvieron otra opción.

Madeline intentaba calmarse, más que nunca necesitaba estar tranquila para que todo se resolviera.



LA DAGA DEL CELOS

El hombre que las dos damas buscaban no estaba en el salón y esto se debía en gran medida al primo, que supo el momento exacto de actuar antes de que algo peor ocurriera.

El conde de Northen se dio cuenta de que Caterham parecía desorientado, como si hubiera sido golpeado por un rayo. Pensó que el marqués podría estar celoso del recién llegado. Sin embargo, ni siquiera tenía idea de la fuerte reacción del primo.

La noche había comenzado tan feliz para el marqués de Caterham, ya que era otra ocasión en la que estaría cerca de Madeline. La vio en cuanto llegó al salón, resplandeciente con las joyas que llevaba puestas, para él la más hermosa de todas, pero en segundos la alegría se convirtió en tensión ante el hombre al que el novio, el lord Henry, la presentaba, lo cual la dejó asustada como si estuviera frente a un fantasma, haciendo que Arthur creyera de quién se trataba. El invitado llevaba un uniforme de la marina francesa y varias medallas.

Él, que tanto deseaba recibir una espléndida sonrisa frente a todos esa noche, la vio mostrar un reconocimiento a quien podría considerarse su mayor rival, justo delante de sus ojos, y todo se convirtió en una pesadilla.

Fue una de las peores experiencias de su vida ver materializado allí al amor del pasado de

Madeline, a pocos pasos de él. El uniforme impecable y las varias medallas colgadas en su pecho evidenciaban que Dominique Arnaud era un oponente poderoso, más que eso, era el hombre del que la mujer que amaba se había enamorado en el pasado y se había entregado sin ningún remordimiento.

La consternación se convirtió entonces en celos, que venían acompañados de una furia que nunca había sentido en toda su vida y si no fuera por su primo a su lado, sin duda ahora tendría sangre del comandante en sus manos. Aunque no estaba seguro de si lograría alcanzar su objetivo, ya que a pesar de que su oponente demostraba llevar algunos años más que él, su porte físico era envidiable para muchos.

En el preciso momento en que se olvidó de dónde estaba y se disponía a enfrentarse a su adversario, James lo agarró y lo llevó a otra habitación, y cuando cerró la puerta, le dijo:

—¡Por Dios, Arthur, intenta calmarte! ¿Qué está pasando?

—¡Cómo voy a calmarme! ¿Viste cómo ese hombre la miró? —exclamó Arthur.

—Claro que lo vi, pero eso no es motivo... —James fue interrumpido por su primo. —
¿Cómo no es motivo?

—No te entiendo, no tiene sentido la rabia que sientes.

—No estoy solo enfadado, ¡estoy furioso! —dijo Arthur en voz alta, derribando una pequeña mesa frente a él. —Estoy sintiendo algo que nunca pensé que sentiría, ¡celos! Esto no puede estar pasando... él no puede estar aquí... —El marqués se pasó la mano por el cabello, estaba completamente perdido.

James trató de comprender lo que estaba sucediendo, pero no tenía idea de por qué su primo estaba tan descontrolado, y cuando intentó hablar, Caterham continuó:

—¿Viste la forma en que ella le sonrió? —el marqués se acercó aún más y James asintió con la cabeza. —Ella nunca, nunca me ha mirado de esa manera, tan cariñosa e íntima... —
Arthur no podía controlarse, estaba ardiendo de celos, y reveló que el comandante había sido un

antiguo pretendiente de Madeline.

—Ahora entiendo un poco lo que está pasando —James se sentó a su lado e intentó manejar la situación. —Pero realmente creo que Madeline te ama.

—Siempre deseé que ella me diera esa sonrisa frente a la gente, pero lo máximo que conseguí fue la sombra de una sonrisa.

—Madeline tiene sus motivos - ponderó nuevamente James.

—Hago todo lo posible para conquistarla, James... —dijo Caterham a su primo, sintiéndose el peor de los hombres. - Inicié algo que me enseñaron a nunca mantener, me enseñaron a ser un caballero honrado con todas las mujeres, pero aquí estoy, viviendo una aventura, escondiéndome para estar con la mujer que tanto amo.

El conde no dijo nada, porque había recibido la misma educación, lo que Arthur estaba viviendo en ese momento iba en contra de todo lo que les enseñaron como caballeros y nobles.

—Comencé esto sabiendo en qué me estaba metiendo, pero lo hice en un intento por romper sus barreras.

—Y por todo lo que me has dicho, Arthur, lo estás logrando.

—No... Aparentemente todas mis acciones no valieron de nada, él vino para finalmente tenerla para sí mismo. - Arthur se esforzaba por no derrumbarse ahí. —Necesito irme, James, no puedo quedarme aquí.

—No, ¡no te vayas! —En ese momento, la condesa de Northen entró en la habitación en la que estaban los dos y cerrando la puerta tras de sí, se acercó a ellos.

—Menos mal que los encontré, la cena va a ser servida y tenemos que ir.

—No puedo ir... —Arthur dijo una vez más y el corazón de Lorraine se apretó, ella estaba a su lado cuando la escena entre Madeline y el comandante se desarrolló, vio en los ojos del primo de su esposo la tristeza seguida de una furia asesina y sintió compasión por ese dolor, pero

no lo dejaría ir sin luchar.

—Sí, vas a ir, querido, vamos a esa sala y vas a enfrentar a ese hombre - respondió Lorraine decidida.

—Solo si es para matarlo.

—Eso se puede resolver después de la cena —Lorraine dijo en un tono de voz más tranquilo y burlón, lo que hizo que su esposo se enorgulleciera, su condesa era la más perfecta de todas, incluso en situaciones de casi asesinato. Tomando una silla, se sentó frente a Arthur.

—Logré hablar con lady Mary y seré yo la que estará a tu lado en la cena y no vas a huir de ese arrogante comandante, él tendrá que compartir la mesa contigo.

—No sé si podré mantener la calma, Lorraine, pero gracias por estar a mi lado - dijo Arthur y recibió una dulce sonrisa de la esposa de su primo.

—Es mejor que nos vayamos, pero antes, toma esto. - James le ofreció un vaso con un trago de whisky. —Lo vas a necesitar.

Sin pensarlo dos veces, Arthur se tomó de un trago el whisky y se levantó para tomar uno más, la bebida bajó quemando, pero de lejos no causaba la sensación de agonía en su pecho creada por la daga de los celos que estaba clavada en él, la herida parecía sangrar más con cada paso que daba hacia la sala donde se ofrecería la cena.

No supo bien cómo se sentó en su lugar, solo sintió la mano delicada de su prima en la suya debajo de la mesa y la escuchó decir en voz baja:

—Todo saldrá bien, recuerda que eres el marqués de Caterham.

Arthur la miró y solo pudo asentir rápidamente con la cabeza, la bebida logró dejarlo un poco distraído, y aunque escuchaba, no podía reconocer las voces y risas a la mesa, al menos hasta que escuchó una con acento francés.

—Vamos, lord Trevor, lo que hice no fue nada, estoy seguro de que, si estuviera en la

misma situación, lord Henry haría lo mismo por mí.

—Aun así, Arnaud —habló el barón de Chelltham con cariño. —Te agradezco mucho por haber salvado a mi hijo y por eso quiero que todos brinden por ti.

En ese mismo instante, todos tomaron sus copas y las levantaron en un brindis en honor a Dominique.

Tal situación hizo que la rabia, un poco adormecida, despertara en Arthur y la forma apasionada en que el comandante miró a Madeline fue la gota que colmó el vaso. Sin poder controlar la rabia, la copa que sostenía se rompió en su mano, en varios pedazos.

—¡Ah! —Lorraine escuchó el ruido y se asustó, pronto uno de los criados se acercó al marqués.

—No fue nada. —Él rechazó los cuidados. —Fue solo un rasguño —dijo con una voz más grave de lo normal y envolvió el paño en su mano, que le habían dado.

Lorraine y James, que estaban separados, intercambiaron una mirada significativa y ella escuchó a Arthur decir:

—Necesito irme de aquí.

La condesa entonces respondió en voz baja:

—Ya deberías terminar.

Por suerte, el contratiempo no atrajo mucha atención de los demás invitados, que estaban muy metidos en conversaciones sobre las aventuras del lord Henry en los siete mares, la excepción fue Madeline, quien notó la mirada perdida de Arthur desde que comenzó la cena. Antes de eso, intentó encontrarlo por toda la casa, pero solo lo encontró cuando ya estaba sentado a la mesa y ella también necesitaba sentarse.

De vez en cuando miraba en dirección a Arthur en un intento de hacer que la viera, pero eso no sucedió, el marqués solo dirigía su mirada hacia el plato de comida y a veces hacia

Lorraine.

Lady Avondale sabía que la presencia de Arnaud podía causar estragos entre los dos, necesitaba decir que, a pesar de estar feliz de verlo, era a Arthur a quien ella quería.

Pasaron unos minutos más y finalmente la cena terminó, Maddie se levantó y cuando pretendía ir al encuentro de Arthur, Davina la llamó y perdió unos minutos con ella y la otra prima, fue suficiente para que él desapareciera de su vista.

No debe estar lejos. Pensó para sí misma, saliendo de la sala de cena y mirando rápidamente entre los invitados. Pero no lo encontró y luego se dirigió a las áreas más vacías y llegando al balcón, decidió ir al antepecho para ver si lo encontraba, pero no había ninguna actividad especial y decidió regresar a la casa, pero antes de eso, pudo escuchar su nombre.

Al darse la vuelta, Dominique estaba frente a ella.

—¿Estás buscando a alguien?

—En realidad, sí. —Entonces dio dos pasos para acercarse más a él. —Alguien que es importante para mí. —No quería mentir, Arnaud siempre había sido muy sincero con ella y él merecía el mismo trato, pero cuando escuchó sus palabras, vio cierta tristeza en sus ojos.

—Espero que él sea muy merecedor de tus sentimientos —Dominique respondió y sintió un apretón en el pecho, a pesar de estar allí, frente a la mujer a la que amaba tanto, nada había cambiado en él, seguía impotente para resolver este punto en su vida.

—Sí, lo es, pero tal vez me he tardado un poco en darme cuenta.

—Si él te ama, entenderá tu vacilación. —Dominique le regaló una media sonrisa. —No podré quedarme mucho tiempo aquí, necesito volver a mi barco, pero me gustaría que pudiéramos conversar.

— ¿Sí, puede ser por la mañana?

—Debe ser, *chérie*, por la tarde ya debo estar rumbo al puerto.

—Ven a mi casa entonces, estaré esperándote —ella respondió, porque tendría la oportunidad de conversar de manera más tranquila y poner fin a toda su historia.

Dominique entonces dio un paso adelante de Madeline y dijo:

—Gracias por aceptar escucharme, aunque ya no forme parte de tu vida y en realidad no tengo derecho a hacerlo.

Entendiendo sus palabras, Maddie dijo:

—Sé que sí, pero eso no significa que el tiempo que tuvimos será olvidado o disminuido.

La hija del duque iba a decir algo más, sin embargo, fue interrumpida por una voz ebria y colérica que resonó en el silencio de la noche.

—¡Cuando anuncien el compromiso, avísame para enviar un regalo!

En ese mismo instante, los dos se volvieron hacia donde venía el sonido y Maddie vio a Arthur, cuya expresión siempre había sido la de un hombre seguro, ahora estaba perturbada, sin duda debido a los eventos de la noche. Su primer impulso fue acercarse a él, pero Caterham ya estaba fuera de su alcance.

—Necesito hablar con él —dijo rápidamente a Arnaud. —Lo esperaré aquí mañana.

—Sí —él la afirmó. —Ve, antes de que él pueda irse. —Y así, Dominique vio cómo ella salía rápidamente hacia el interior de la casa y después de unos minutos afuera, también entró para irse. Sin Madeline, la fiesta había terminado para él.



EL ENFRENTAMIENTO DOLOROSO

No era fácil caminar rápido con el vestido rodado y pesado que llevaba, pero Madeline daba lo mejor de sí, sin embargo, no fue suficiente, como por arte de magia, Arthur desaparece.

Se detiene para apoyarse una vez que baja rápidamente la gran escalera de la casa de los Chelltham, ve la puerta de entrada vacía, lágrimas se acumulan en sus ojos, y el aire es difícil de encontrar porque el nudo que se está formando en su garganta parece aumentar cada momento.

Pero no se daría por vencida y no derramaría lágrimas, no antes de hablar con Arthur y, levantando la cabeza, se dirigió hacia la entrada, para su sorpresa vio a James y Lorraine vestidos con sus abrigos y esperando a que llegara su carruaje. Fue hacia ellos tratando de no correr para no llamar la atención, ya que había otros invitados allí también esperando para irse.

El viento frío quema su piel, pero hay cosas más importantes de las que preocuparse que el frío.

—¡Lorraine, James! —los llamó y ambos se voltearon rápidamente, expresiones preocupadas en sus rostros y no fue difícil imaginar que esto se debía a Arthur. —Me alegro de haberlos encontrado.

—¡Maddie! —Lorraine fue la primera en saludarla y James justo después.

—¿Dónde está Arthur? —fue la pregunta directa, sabía que no tenía mucho tiempo que perder.

—Maddie, yo... —James iba a decir algo, pero ella lo interrumpió.

—Sé lo que deben haber visto. —Madeline pudo ver a los dos aún más preocupados y continuó: —Dominique es parte de mi pasado, pero Arthur, por otro lado, es mi presente y futuro, es con él con quien quiero estar.

—Sé que sí, prima —James dijo, acercándose más para que la conversación quedara solo entre ellos. —Pero todo lo que viste, no fue fácil para él digerir —James dijo.

—Y por eso mismo, necesito hablar con él, por favor —suplicó a los dos. — Díganme dónde fue.

Los condes intercambiaron una mirada cómplice y James habló:

—No sé si este es el mejor momento para que ustedes hablen.

—James, necesito intentar arreglar lo que hice. —Fue la respuesta firme de Maddie.

—Él está en la cabaña, cerca de su residencia —Lorraine dijo y el marido completó:

—Él está muy alterado, por eso te digo que tal vez lo mejor sería hablar con él cuando la situación se calme.

—No puedo esperar todo ese tiempo, primo. —Y ya levantaba su vestido para volver a la casa antes de hablar: —Gracias por decirme a dónde fue.

Los dos asintieron y con una esperanza renovada, la señora Avondale se dirigió hacia el interior de la casa.

Rápidamente encontró a su tía y a su padre conversando.

—Mi padre, necesito irme.

—Pronto el duque se levantó. —¡Entonces vamos!

—¿Lo encontraste? —preguntó la tía.

—No —respondió Maddie, poniéndose su capa. —Pero mi primo y Lorraine me dijeron a dónde fue y voy a encontrarme con él.

—¿No sería mejor ir mañana? —preguntó la tía, que los acompañaba hasta la puerta de salida.

—No puedo esperar unas horas más para resolver cualquier malentendido.

—Bueno, lo vimos salir y su cara no era nada buena —advirtió el padre. —Pero si crees que es correcto ir a su encuentro, entonces ve, hija.

Ella asintió con la cabeza, feliz por el apoyo de su padre, y después de unos cinco minutos, su carruaje llegó. Subieron y ambos comenzaron el camino de regreso a casa.

El trayecto se hizo en silencio, el duque percibiendo la aprensión de su hija, sabía que nada de lo que dijera podría calmarla mucho, así que durante todo el recorrido sostuvo su mano.

Finalmente, el carruaje giró para llegar a casa y en ese momento el duque rompió el silencio.

—Ver lo que Arthur vio es uno de los peores momentos para cualquiera, hija, así que entiende que él debe estar molesto.

—Lo sé, papá —respondió la hija, nerviosa. —Pero tengo que decirle que lo amo y que quiero estar con él.

El carruaje se detuvo y antes de que la hija bajara, el padre la previno:

—Ten cuidado y recuerda que siempre estaré a tu lado.

Con los ojos llenos de lágrimas, ella respondió:

—Lo sé, papá, siempre has estado, incluso en los momentos en los que no lo merecía.

—Siempre lo merecerás, eres mi amada hija, nada puede cambiar eso —fue la respuesta de Avondale, quien recibió un beso de su hija y la vio bajar y pedir ayuda al otro empleado que los recibía para ensillar su caballo, ya que necesitaba partir.

Rápidamente su pedido fue atendido y pronto Madeline estaba cabalgando, atravesando la oscuridad para llegar al lugar. Agradeció a Dios por la luna llena que iluminaba su camino y sin demora, avistó la cabaña donde había pasado tantos momentos maravillosos con Arthur. Sus manos temblaban de nerviosismo y rezaba al cielo para que todo saliera bien.

Acercándose más, saltó de su caballo y lo ató cerca de la cabaña. Luego, se acercó lentamente a la puerta y cuando iba a golpear, se dio cuenta de que ya estaba abierta y, con cuidado, entró en silencio. Todo su cuerpo temblaba cuando vio la sala revuelta, la pequeña mesa estaba volcada, al igual que las sillas y un mueble, al dar otro paso, Madeline pudo ver a Arthur de espaldas a ella. Apoyado en el alféizar de la chimenea, que crepitaba con un fuego intenso, sostenía un vaso de bebida en la mano, ella podía ver lo alterado que estaba.

Su corazón se contrajo y llevó la mano a su boca para sofocar un gemido de dolor al verlo así y las lágrimas rodaron por su rostro. Maddie dio otros dos pasos hacia él.

—Arthur... —llamó Madeline con voz temblorosa y luego lo llamó una vez más, pero esta vez más alto.

Cuando su voz llegó a sus oídos, pudo ver su cuerpo tensarse, su mano, aún vendada, apretó más fuerte el vaso, su otra mano se apretó tan fuerte que pudo ver los nudillos tan apretados como nunca los había visto, su cabeza se inclinó por un momento y Maddie dio otro paso hacia él cuando escuchó:

—¡Vete!

Su voz herida cortó aún más su corazón, pero no se intimidó y se acercó a él, pero cuando estaba a punto de tocarlo, Arthur se apartó rápidamente y una vez más le dijo a Maddie que se fuera de allí, sin siquiera mirarla.

—No me hagas esto, Arthur...

Tu pedido hizo que surgiera un estallido de ira.

—¿No hacer esto contigo!? —Arthur finalmente la miró y Madeline vio toda la amargura que él sentía. —¡No fui yo quien le dio su mejor sonrisa a otro hombre, que se mostró tan encantada con su presencia!

- No es así exactamente —ella dijo.

—¡No me debes nada, Madeline! Este fue tu pedido. —Caterham llevó el vaso que sostenía a la boca y cuando terminó de beber, arrojó el objeto lejos, rompiéndolo en varios pedazos. —Para que tuviéramos una aventura y así pudieras irte con él cuando tu comandante regresara y yo fuera tu entretenimiento en el mientras tanto.

—No, Arthur —dijo Maddie e intentó acercarse a él de nuevo, pero Arthur se alejó nuevamente. —Por favor, escúchame.

—No necesito escuchar nada, ¡vete! No necesitas venir aquí y decirme que fue maravilloso estar conmigo y luego dejarme, ¡puedes irte!

—Por favor, escúchame —le pidió una vez más.

—Ya te dije que te vayas... fui yo quien cayó en esta trampa tuya, debería haber pensado más en las consecuencias... —el marqués dijo, pasándose las manos por el cabello, y finalmente la miró y volvió a hablar: —Pero cuando me diste tus migajas, las acepté...

—No te di migajas —dijo Madeline, pero Arthur no pareció escuchar y continuó:

—Pero te amo mucho, arriesgué todo para estar contigo, incluso sabiendo que esto podría ser el fin y que saldría destrozado.

—No quiero que sea así —Lady Avondale intentó acercarse una vez más y esta vez Arthur no retrocedió y ella continuó: —Por favor, escúchame, no es lo que estás pensando —dijo, intentando tocar el rostro que tanto amaba, pero cuando estaba muy cerca, Arthur se apartó

bruscamente y se alejó de nuevo.

—¡Vete, Madeline! ¡No quiero escuchar más nada!

—No puedo dejarte en este estado.

—Nunca te importé, no necesitas empezar ahora - dijo Arthur, cogiendo otro vaso y echando más whisky. Se bebió todo el líquido de un solo trago.

—Escúchame, Dominique es solo un recuerdo del pasado... el hombre que deseo eres tú.

—No necesitas mentir, vi cómo se miraron, nadie me lo contó.

—Lo que viste fue mi sorpresa al tenerlo frente a mí de nuevo, pero él es mi pasado.

—Un pasado que parece querer revivir mucho —Caterham respondió de forma afilada, pero Madeline no se dio por vencida e insistió. —Sé sensato, escúchame...

Sin embargo, el marqués seguía resistente.

—¡Vete! No quiero escuchar más nada, eres una mujer libre, solo fui una distracción.

—¡No me iré!

—¡Vete! No quiero hacer nada en tu contra —dijo Arthur, apoyándose en un sillón, su cabeza parecía que iba a estallar por los latigazos y sabía que no podía contener su ira, por eso quería que Madeline se fuera de allí.

—Arthur, no seas inflexible. Si me amas, ¡escúchame!

Las palabras de Madeline fueron el detonante y él fue hacia ella.

No juzgues mis sentimientos, pues son los más honrados posibles", le dijo sosteniéndola por los brazos. —Te amo y te amo mucho, pero no necesito tu compasión. Ve y sigue el destino que tanto deseas.

Y así la hizo salir de la casa y cerró la puerta con tanta fuerza que la pequeña cabaña tembló. Pero quien más tembló fue Madeline, su visión borrosa por las lágrimas que no le

permitían ver a través de la oscuridad. Tropezó al intentar girarse y cayó sobre la hierba helada, que no se comparaba con el hielo que subía por sus venas por el miedo a perder su amor.

Pero no solo Madeline estaba en el suelo llorando, al otro lado de la puerta, las piernas de Caterham ya no podían sostener su peso y se derrumbó. Ya no podía contener sus lágrimas y se dejó llevar por el dolor de perder el amor que tanto había luchado por alcanzar. No sabía qué hacer sin ella en su vida, durante el tiempo que estuvo junto a ella fueron los más felices. Ahora solo existiría la agonía de no tenerla a su lado.

Pero aún se negaba a aceptarlo, su mano golpeaba el suelo en un intento de despertar de esa pesadilla.



LA DESPEDIDA

A pesar de todos los problemas, ninguno de ellos es capaz de impedir que el sol vuelva a salir cada mañana, eso Madeline lo aprendió de su abuela paterna cuando era muy pequeña.

La noche turbulenta cobró su precio, sus ojos aún ardían por el llanto de la madrugada, y su cabeza latía por los problemas, sentía dolor incluso en su cadera, que fue golpeada en el accidente años atrás, pero sabía que esto era causado por la tensión que recorría su cuerpo.

Era necesario levantarse, durante toda la noche en vela pensó y no dejó de darle cierta razón a Arthur por lo que presenció.

Este era un miedo que tenía dentro de sí, de que él pudiera ver la interacción entre ella y Arnaud, claro que sacaría sus propias conclusiones, Maddie también haría lo mismo, no lo negaba.

Y fue por ese camino que logró calmar, un poco, su corazón, porque incluso durante la pelea que tuvieron, Arthur le dijo que la amaba y era eso lo que le daba fuerzas para revertir la situación, era en ese sentimiento en lo que se aferraría.

Así que comenzó a arreglarse sola, como pudo, necesitaba prepararse, la noche anterior perdió una batalla, pero la guerra aún estaba abierta y ganaría.

Sin embargo, antes de ir una vez más a encontrarse con él, que esta vez debía estar más tranquilo, todavía tenía que encontrarse con Dominique, solo de pensarlo su corazón latía aún más nervioso, pero era necesario tener esa conversación con él para poder seguir adelante.

Y mientras se contorsionaba para arreglarse, su dama de compañía entró en su habitación después de dar un golpe seco en la puerta.

—Milady —la Sra. Adams cerró la puerta y sin decir nada, se acercó a ella, dándole vuelta para atar su corsé sin muchos problemas. - Vine temprano, ya que imaginé que ya estaría

despierta.

—Aciertas, en realidad no he dormido más de dos horas.

La Sra. Adams soltó el aire preocupada, supo lo que había sucedido por el propio duque cuando regresó de la cena de compromiso sin su hija, el lord Avondale contó en líneas generales lo que había sucedido y la dama de compañía, preocupada por la visita de Maddie a ver a Arthur, la esperó despierta. A su regreso, fue ella quien la recibió, llorosa por la pelea que tuvieron los dos.

Terminando de arreglarla, ambas bajaron al piso de abajo.

—Vamos a tomar tu desayuno, un estómago vacío no se mantiene en pie. —Fue la frase pronunciada por la criada, que no se dejó llevar por su señora al decir que no quería comer.

Aunque aún era temprano, la cocina ya estaba animada y así la Sra. Adams separó pan, mermelada, café y algunas galletas de almendra en una pequeña bandeja y se lo llevó a Madeline, que iba de un lado a otro en su oficina.

Tomó un poco de tiempo, pero la Sra. Adams logró hacerla sentar a comer y después de unos diez minutos, Maddie se dio por satisfecha.

—Creo que Arnaud debe llegar temprano, tal vez a las nueve o diez de la mañana.

—¿Tan temprano? —la dama de compañía habló, no le gustaba mucho la idea de recibirlo, pero no diría nada.

—Sí, porque él me dijo que necesita volver a su barco —respondió Maddie, limpiándose los labios con la servilleta.

—Bueno, avisaré a la señora Miller de su llegada.

—Tráigalo aquí sin demora, no quiero que se cruce con William, para no tener que mentirle sobre quién es Arnaud.

— Sí, señora —respondió su dama de compañía y se dirigió a la cocina, no podía negar

que estaba nerviosa, vería al comandante después de años, nunca pensó que volvería a verlo y mucho menos en la casa del duque de Avondale.

Una vez que contó toda la situación a la gobernanta, en un lugar más reservado de la casa, la señora Miller tuvo la misma reacción de incredulidad.

—No puedo creer que haya tenido el descaro de aparecer en la fiesta de compromiso de Davina.

—No solo lo tuvo, sino que interactuó con Madeline y el lord Avondale.

—Dios mío, no me sorprende que el señor, que sabemos quién es, se haya descontrolado.

—Ni a mí —respondió la señora Adams. —La niña está tan nerviosa con todo que ni pudo dormir bien, porque ayer no pudo decir que Arnaud es pasado.

—Bueno, pero ella tiene una nueva oportunidad hoy —dijo la señora Miller, levantándose. —Me encargaré de recibir al invitado más que inesperado y en cuanto se vaya, el carruaje estará listo para que nuestra señora vaya a la residencia del marqués.

Era cierto que las dos señoras se quedaron en silencio en ese momento, pues veían ahí una oportunidad de que Madeline pudiera recuperar las ganas de vivir, la enfermedad la había afectado mucho y el sentimiento que surgió entre ellos la hizo renacer, pero el final no fue exactamente como habían imaginado.

Entonces las dos siguieron con sus tareas y, como se dijo, fue la propia señora Miller la que recibió a Dominique Arnaud cuando llegó a la casa ducal, poco después de las nueve de la mañana. El Lord Avondale, que acababa de despertar, pidió a su ayudante que le llevara el desayuno a sus aposentos, la gobernanta se encargó de llevar al visitante rápidamente a la oficina, para que la conversación fuera breve y así evitar el encuentro del duque con Arnaud.

—Buen día, señora Miller, un placer verla de nuevo —saludó Arnaud a la gobernanta cuando fue recibido por ella.

—Buenos días, comandante —la señora Miller lo recibió y, sin darle mucha importancia, lo condujo por la casa hasta llegar donde estaba su señora, dando dos golpes suaves, abrió la puerta de la oficina y los dos pudieron verla sentada detrás de un hermoso escritorio de caoba, concentrada en unos papeles.

Lo que ellos no sabían era que esa concentración era solo un subterfugio de Madeline, que escuchó los pasos acercándose a su despacho, pero no tuvo valor para enfrentar al visitante en cuanto entró, quería tener unos segundos de margen para finalmente mirarlo tan de cerca, de nuevo.

Cuando su señora se levantó, la gobernanta dio paso a Dominique, quien no dijo nada hasta que la empleada salió dejando la puerta entreabierta, fue Maddie quien rompió el silencio.

—Buenos días —dijo lady Avondale, Dominique, a su vez, se acercó a ella y tomando su mano, le dio un suave beso y luego le dijo.

—Buenos días, espero no estar molestando.

Dominique estaba menos pomposo que la noche anterior, Maddie lo observó en silencio, sin embargo, el uniforme más sencillo aún tenía el poder de evocar recuerdos de un pasado que comenzaba a desvanecerse debido al tiempo, pero aún evocaba emociones, y ella hizo todo lo posible para no mostrarse demasiado afectada.

—No estás molestando —respondió ella con una pequeña sonrisa. —Por favor, siéntate.

Era extraño estar en la misma habitación que Dominique y tener cierta distancia, tratándose solo como amigos, ella pronto se dio cuenta con tristeza de que esa intimidad del pasado ya se había ido, el sentimiento que los unió ya no estaba allí, era cierto, pero el tiempo, como siempre, hizo desaparecer esa informalidad.

Los dos entonces se sentaron en el sofá y Dominique continuó la conversación.

—Perdona por aparecer sin previo aviso..., pero no tuve valor para avisarte y recibir una negativa.

—Nunca te negaría recibirte, Dominique —respondió ella y era totalmente cierto.

—Y espero no haber creado problemas entre tú y el caballero que habló con nosotros ayer cuando estábamos en el balcón.

—Todo se resolverá - dijo Madeline, tratando de no mostrar demasiada angustia, esperaba realmente poder resolver este embrollo, pero no quería cargarlo con ese peso, después de todo estaba muy feliz de que Dominique estuviera bien, quería decirle tantas cosas, pero le faltaba valor, ya que veía cierta tristeza en él. Seguramente porque una vez más no podía estar con ella, como él deseaba, y por eso Maddie cambió de tema en la conversación.

—Cuéntame, ¿cómo fue tu misión en el continente africano? He oído muchas cosas sobre...

—¿De verdad? —preguntó el comandante con verdadero interés.

—Sí —dijo Maddie, acomodándose mejor en el sofá. —En realidad, estuve en una cena con el embajador de Francia y habló mucho de cómo se sentía orgulloso de cómo sus hombres estaban resolviendo los problemas en la región.

—No me digas, nosotros estamos librando una batalla en un calor infernal y él está aquí cenando.

Lady Avondale intentó contener la risa, pero no pudo evitarlo y como siempre, cuando hablaba de algo relacionado con el mar y sus misiones, la expresión de Arnaud se suavizaba, entonces él contó cómo había sido, fueron once meses de misión.

—Y las colonias claramente están causando muchos problemas al gobierno, hago lo que puedo e incluso a veces lo que no debería hacer, ya que no soy un diplomático, pero mis compañeros que ocupan ese cargo no siempre tienen el espíritu adecuado para dialogar y negociar.

—Lo puedo imaginar, y sé que eso no es muy diferente de los sirvientes de la reina —dijo ella y Arnaud asintió con la cabeza. —Pero lo más importante es que has regresado sano y salvo.

—Sí, no fue fácil, la próxima misión tampoco lo será.

—¿Y a dónde vas?

—A América, el gobierno quiere iniciar conversaciones con ellos, digamos más comerciales, y una vez más fui llamado y...

—El diplomático de los siete mares una vez más necesita todo su encanto y poder persuasivo para hacer que las cosas sucedan - interrumpió Madeline y terminó riendo de la broma, seguida por Arnaud. El apodo de diplomático de los siete mares fue ella misma quien se lo dio después de darse cuenta de que Dominique era llamado por sus superiores no solo para guiar los barcos, sino también para resolver algunos problemas que, en cierto punto, no eran de su competencia, pero a él le gustaba resolverlos.

Los dos entonces se encontraron en otra mirada cargada de recuerdos y significados, fue cuando ella lo escuchó decir:

—Por más que quiera contar más historias de los últimos años, debo irme - Dominique entonces tomó su mano de forma delicada —, nunca olvides que siempre puedes contar conmigo, todo lo que siento no se ha desvanecido con el tiempo, pero sé que perdí mi oportunidad.

—No diría que la perdiste —Madeline lo miró con cariño—, así suena como si no hubieras intentado varios caminos para llegar a lo que queríamos.

—Es curioso, por no decir trágico, que pueda resolver problemas diplomáticos a gran escala, pero no pueda anular un matrimonio. —La voz de Arnaud salió cargada de tristeza ante su impotencia.

—Las convenciones sociales pueden ser más fuertes y complicadas que las relaciones entre países —concluyó Madeline.

Dominique bajó la cabeza tratando de no mostrar una lágrima que caía por su rostro, la situación lo consumía día a día, pero no podía hacer nada al respecto, su esposa y su familia eran más influyentes que él y con eso todos los intentos de anular el matrimonio siempre fueron

rechazados e incluso los de separación, recibió amenazas veladas por parte de ella en contra de él y todo lo que había logrado en sus años sirviendo en la marina, así pasaron los días y no pudo tener la oportunidad de estar realmente con la mujer que amaba.

Un poco más repuesto, pero sabiendo que su postura duraría mucho tiempo, dijo:

—Mon amour, tengo que irme.

Madeline, por su parte, apretó con más fuerza su mano antes de levantarse y luego caminaron en silencio hasta la puerta de salida de la casa, donde la carroza que lo trajo estaba a unos pasos adelante.

Los corazones de ambos latían descompasados ante otra despedida, tal vez la última, Dominique lo sabía muy bien y encontrando fuerzas para no derrumbarse allí mismo logró decir:

—Espero que él te haga feliz, como yo tanto quería hacerlo.

Al escuchar esas palabras, Maddie se volvió hacia él:

—Me has hecho feliz, Dominique, no de la forma tradicional, pero ten la certeza de que fui muy feliz los días que estuve a tu lado. —Fue imposible contener las lágrimas que escaparon, Arnaud entonces tomó nuevamente su mano.

—Nunca dudes que te amé y te amo y siempre contarás conmigo, para todo.

En lugar de responder, Madeline lo abrazó con fuerza y pronto sintió los brazos de él envolviéndola en un abrazo que contenía muchas palabras y significados, y luego ella pidió:

—Cuídate, por favor. —Ella lo escuchó balbucear un sí y luego lo soltó para decir: —Y si necesitas algo que una dama pueda ayudar, también estaré aquí. —Maddie vio la sombra de una sonrisa pasar por su rostro. Antes de dejarlo ir, hizo un pedido: —No dejes de mandar noticias, incluso estando lejos, tus cartas traen tranquilidad a mi corazón de que estás bien.

Dominique entonces se acercó y envolvió su rostro con ambas manos y mirando una vez más ese rostro que jamás olvidaría, respondió:

—Haré que mis cartas te lleguen. —Y luego besó cariñosamente su mano, luego logró encontrar fuerzas para soltarse y se dirigió a su carroza, ambos se despidieron con un gesto antes de que el vehículo girara para seguir su camino y ella se quedó allí hasta que él desapareció de su vista, llevándose un pedacito de ella consigo, al igual que ella se quedaba con un pedazo de Dominique.

Secando las lágrimas, lady Avondale inspiró con fuerza, era hora de encontrar a Arthur y hacerle entender que lo amaba y que quería estar con él de todas las formas posibles.



LA PARTIDA

—Milady, ¿es mejor ir en carruaje?

—Pero así tardaré más tiempo —respondió Madeline rápidamente mientras intentaba arreglar mejor su cabello y su dama de compañía cerraba el vestido.

—No, milady —intervino la Sra. Adams. —La casa del señor Northen está muy cerca de aquí, será casi el mismo tiempo si va en carruaje.

—Necesito ir... —la dueña de la casa iba a decir algo, pero fue interrumpida por la gobernanta.

—Milady, le pido que vaya con nuestro cochero, en un instante la llevará a su destino.

—Y si necesita ir a otro lugar, estará allí para ayudarla —completó la dama de compañía, que acababa de cerrar el corsé del vestido. —Y, además, la señora no está lo suficientemente bien como para montar a caballo. —La última parte de la frase fue hablada en un tono más bajo, las dos empleadas veían cómo estaba nerviosa desde ayer cuando llegó llorando por haber discutido con Arthur y hoy la carga emocional solo había aumentado después de la visita de Dominique Arnaud.

Madeline quería decir que no, pero sabía que ambas tenían razón, sus manos temblaban de anticipación por encontrarse con Arthur, algo dentro de ella le decía que por alguna razón la disputa con él no se resolvería, temía que él continuara renuente a solo escucharla.

Cerró los ojos, Maddie respiró hondo y los abrió de nuevo.

—Está bien, iré como ustedes quieren.

—Ya le informé al Sr. Penkins, bajaré y él estará listo enseguida —Y sin dar oportunidad a que alguien hablara, la gobernanta salió de la habitación lo más rápido que pudo.

Madeline, por su parte, permitió que la Sra. Adams terminara su trenza y cuando terminó, se dirigió al piso de abajo, sus pasos la llevaron a la oficina de su padre, golpeó la puerta y entró en la habitación.

—Mi padre.

El duque, que conversaba tranquilamente en el sofá con su hijo, la recibió con una mirada tranquila y el hermano con una sonrisa.

Verlos así, tan relajados, fue un pequeño bálsamo para su corazón.

—Voy a tener que salir.

—Claro, hija, creo que resolverás el asunto de ayer —el duque respondió sin dar muchos detalles debido a la presencia del menor.

—Ahh... —William se unió a la conversación. —Pensé que almorzarías con nosotros, Maddie —dijo el joven, levantándose y acercándose a su hermana.

De frente, la hermana se dio cuenta de que William todavía conservaba un poco de las facciones del niño que había sido, pero cada vez lo veía más crecer y convertirse en un joven, sabía que necesitaba estar cada día más cerca de él.

—Es algo que requiere mi atención, querido, pero haré todo lo posible para venir a almorzar con ustedes.

Feliz con la respuesta, él la abrazó con fuerza y luego volvió a sentarse con su padre, iniciando así una pequeña oración silenciosa.

—Oh Dios, haz que mi padre dure aún algunos años para que William crezca con su amor, al igual que yo.

Y al verlos regresar a las historias, ella se dirigió una vez más hacia la puerta de salida de la casa, esta vez era ella quien saldría y esperaba volver con buenas noticias.



—Pero ¿dónde puede haber ido, James? —Era la pregunta que la condesa de Northern hacía a su esposo. —Arthur no estaba en condiciones de salir viajando por ahí. —Lorraine terminó la frase con su tono de voz cargado de preocupación, con un billete entregado por uno de los empleados del marqués de Caterham en sus manos, en el que él escribió que iba a Londres y pidió que nadie fuera a verlo.

Frotándose las sienes en la esperanza de aliviar el dolor de cabeza, el conde respondió:

—Lo sé, y eso solo me hace estar más seguro de que su conversación con Maddie debe haber sido horrible.

Lorraine rodeó la mesa en la que el esposo estaba sentado y masajeó sus hombros, inmediatamente el conde suspiró aliviando su tensión, pero queriendo más contacto con Lorraine, la atrajo para que se sentara en su regazo.

—Arthur dio todo de sí mismo para conquistar a Madeline, sin pensar en nada más, solo la tenía como objetivo y la vio con un amor del pasado, no es algo fácil de aceptar.

Acariciando la cara del conde, la esposa respondió:

—No, querido, pero cuando ella nos habló antes de ir a donde estaba Arthur, su expresión era de alguien que realmente quería estar con él, vi en sus ojos la aprensión de alguien que sabía que las cosas no estaban bien y quería solucionarlo.

—Estoy de acuerdo contigo, Lorraine, pero mi prima tardó un poco en expresarlo y Arthur, cegado por los celos, no podría haber reaccionado bien.

Concordando con su esposo, Lorraine lo abrazó y ambos se quedaron unos minutos en silencio, ante la preocupación de James y en los brazos de su condesa, donde siempre encuentra refugio y deseaba que su primo encuentre eso en Madeline, la mujer que tanto amaba.

Y hablando de ella, la pareja escuchó un golpe en la puerta y rápidamente Lorraine se levantó del regazo de su esposo, aunque este no le gustara la interrupción, dio permiso para que el mayordomo entrara.

—Perdóneme, milord, pero lady Avondale está aquí y desea verlos.

El empleado ni siquiera terminó de hablar y la condesa salió rápidamente de la habitación en busca de Madeline, cuando la vio, fue rápidamente hacia ella.

—Ah, Maddie —Lorraine dijo tan pronto como estuvieron frente a frente y se abrazaron rápidamente. —¿Está todo bien? Quiero decir, la conversación de ayer con Arthur.

—No está nada bien —Madeline respondió. —No pude hablar con él ayer de la manera correcta, me echó de la cabaña.

—Oh, cielos —Lorraine respondió y luego el conde llegó y besó a su prima.

—Imaginé que eso debería haber pasado —James dijo —Por favor, vayamos a mi despacho, podemos hablar mejor allí.

Y así los tres se fueron y Northen cerró la puerta.

—Creo que tu conversación de ayer con Arthur no terminó muy bien.

—No. —Lady Avondale sacudió la cabeza, sintiendo un nudo en su garganta, y Lorraine

se acercó a ella y tomó su mano. —Estaba desquiciado por lo que ocurrió, sé que todo esto fue culpa mía.

—Estaba cegado de celos —Lorraine dijo en voz baja.

—No lo culpo —dijo Madeline con pesar. —Creo que podría haber hecho algo similar, pero no pude arreglar lo que sucedió, Arthur en lugar de escucharme, me echó de la cabaña donde estaba.

—¡Dios mío! —suspiró el conde, sintiendo nuevamente el dolor de cabeza con más fuerza.

—Necesito volver a verlo, pero no puedo entrar a su casa, la marquesa debe estar allí y no quiero una discusión delante de ella.

—Claro que no, pero... —La condesa se contuvo en sus palabras, no sabía si podía contar sobre el primo de su esposo, pero James se acercó a su mesa y tomó el papel que había recibido hace poco tiempo y dijo:

—Pero no sabemos exactamente dónde fue Caterham.

—¿Cómo así? —preguntó la prima, empezando a ponerse más nerviosa.

—Recibí esta nota de él esta mañana. —El conde extendió el papel y Maddie lo tomó con manos temblorosas para leer.

Primo,

Me dirijo a Londres, necesito estar solo.

Poco puedo pensar con el dolor de perder a Madeline...

A.

La visión de lady Avondale se volvió borrosa en medio de su lectura y tan pronto leyó la última palabra, lágrimas rodaron por su rostro.

Sintió el abrazo cariñoso de Lorraine y solo después de un momento tuvo fuerzas para hablar.

—No puedo perderlo...

Después de que sus palabras escaparon de sus labios, Lorraine la abrazó con más fuerza y el primo sostuvo su mano.

—Tranquila, ya envié un mensaje a uno de mis criados de confianza en nuestra residencia en Londres y él me informará si Arthur fue a su casa en la ciudad y qué está haciendo.

—Pero creo que al principio es mejor que esté un poco solo, como desea —dijo la condesa y el esposo completó:

—Y que se calme un poco.

—Tienen razón. —Escucharon a Madeline, que secaba sus lágrimas y luego el primo se acercó a ella y dijo.

—Él te ama mucho, prima.

Al escuchar las palabras, Madeline se volvió hacia él, quien concluyó:

—El amor a veces nos hace actuar sin mucha sensatez, pero cuando esté más tranquilo, podrán conversar.

Ella asintió y poco después se despidió de los condes de Northern y se dirigió a casa sin saber muy bien qué debía hacer.

El sacudir del carruaje lograba calmarla de alguna manera y agradecería una vez que llegara a sus leales criadas, la señora Adams y la señora Miller, por una vez más cuidarla con tanto celo, porque con las noticias que había recibido en casa de su primo, no podría volver a casa sola.



SIEMPRE HAY UNA OPORTUNIDAD

—Ah prima, ¡prométeme que estarás en mi boda! —Davina le pedía una vez más a Madeline mientras se preparaba para regresar a Escocia.

—¡Claro que sí! ¡Nunca dejaría de ir a este día tan especial para ti! —Lady Avondale la tranquilizó y ambas se dieron otro abrazo apretado y así la prima se fue en su carruaje.

Diez días después de la cena de compromiso, los duques de Dalkeith estaban volviendo a casa, para comenzar los últimos preparativos para la boda de Davina y el señor Henry. La boda se llevaría a cabo en tierras escocesas por un pedido especial de la novia, quien quería casarse en la residencia ancestral de su familia y también fue allí donde conoció al novio.

Como lord Henry hacía todo lo posible para complacer a la novia, aceptó la solicitud y también los acompañaría para estar más cerca de su futura esposa y estar junto a ella en los preparativos de una fecha tan significativa.

Y así se despidió de todos y finalmente dio un último abrazo a su tía Mary.

—No te desanimes, querida, las cosas se resolverán.

Al escuchar estas palabras, la sobrina respiró profundamente para contener las lágrimas

tercas que la habían acompañado desde la cena de compromiso de su prima.

—Eso es lo que más quiero.

La tía, sosteniendo cariñosamente las manos de ella, dijo:

—Él responderá tus cartas.

—Han pasado tres días desde la tercera carta que envié y no he recibido ninguna respuesta, ni siquiera una línea...

—Sé que la indiferencia puede ser más cruel que una pelea - dijo la duquesa, secando una lágrima que rodó por su rostro—, pero él es un hombre sensato y ustedes podrán resolverlo.

—Dios te oiga —respondió Madeline y, intercambiando otra mirada cariñosa, la tía subió a su carruaje y siguieron su camino.

El corazón de Madeline latía dolorido, sentía un vacío creciendo dentro de ella y se sentía perdida. Así fue como entró en casa, siguiendo sin rumbo fijo, cuando escuchó a su padre llamándola y fue a reunirse con él.

Lord Avondale estaba sentado en su despacho, no estaba afuera con su hija porque no le gustaban las despedidas y prefirió quedarse dentro de la casa. Como todos ya se habían ido, vio el movimiento de su hija, la llamó y pronto ella estaba frente a él, tratando de no mostrar toda la tristeza en su rostro, pero para su padre, ese juego no servía de nada.

—Siéntate, hija mía.

Y ella hizo lo que su padre le pidió, se sentó en la silla que estaba frente a su escritorio en silencio, el duque luego rodeó la mesa y se sentó a su lado.

—¿Ya se han ido?

—Sí, padre mío.

—Bueno, avísame la fecha en que irás a Escocia para la boda de Davina, desafortunadamente no podré ir, pero tú y William serán los mejores representantes de nuestra

familia.

—Sí, lo avisaré. —Fue la respuesta corta de la hija, que ni siquiera miraba directamente a los ojos de su padre, y luego el duque decidió abordar el tema que era necesario.

—Querida hija mía —Avondale acarició con ternura una de sus manos—, no puedo seguir sin hablar de la situación que te está dejando con esa carita tan triste.

En ese mismo instante, Madeline dirigió su mirada hacia su padre, el cariño que emanaba del duque hacia su hija fue suficiente para desarmarla y hacer que su corazón se apretara más.

—Sabes, tal vez sea hora de contarte una pequeña historia... —dijo su padre, acomodándose mejor en la silla bajo la mirada curiosa de su hija. —Hace meses, cuando fuimos a esa cena ofrecida por los duques de Canterbury, noté las miradas de Arthur hacia ti, vi en ellas mucho más que la mirada de un hombre que admiraba a una hermosa mujer, vi un sentimiento palpitante que intentaba contenerse.

Con la mención de su padre, el recuerdo de su hija la transportó rápidamente a esa ocasión. Ese día, estaba preocupada por su padre, lord Avondale estaba comenzando el período en el que su salud se debilitaría mucho y eso la ponía muy tensa.

Pero fue también ese día, como recordaba, que Arthur no solo la admiró con un sentimiento que era más que cariño, lo notó por la forma en que él pidió que bailaran y durante el acto en sí, el entonces futuro marqués, de manera velada, le dijo que la veía mucho más que la bella hija del duque de Avondale.

Ese recuerdo logró brotar en ella una pequeña felicidad y compartió ese recuerdo con su padre.

—En realidad, él no se contuvo mucho, padre mío, porque fue ese día que me lo dijo, incluso de forma discreta, que me veía mucho más que la prima de James.

—Bueno, en algún momento él tenía que empezar a intentar conquistarte, sin embargo —dijo su padre—, no es de eso de lo que trata mi historia, sino de la conversación que tuve con él

sobre sus sentimientos por ti.

La hija, que estaba distraída en sus recuerdos, miró a su padre sin entender muy bien y el duque continuó:

—Ese día en que llegaron aquí con James y Arthur después de encontrarse cerca de nuestras tierras, vi nuevamente la forma en que te miraba como si fueras la propia representación de Venus, me di cuenta de que era hora de tener una conversación con él.

Madeline se sorprendió aún más e intentaba recordar ese día mencionado.

—¿Y cuándo lograron tener esa conversación?

—Fue un rápido diálogo que tuvo lugar cuando tú y James salieron a ver el caballo que acababa de llegar.

—Ah, sí... —respondió su hija, tratando de recordar el momento en que dejó a su padre y a Arthur solos. El duque luego comenzó a contar de forma resumida cómo se desarrolló la conversación entre los dos.

—Le dije que ya había notado la forma en que te miraba y me llamó la atención que Arthur, a pesar de estar muy sorprendido por mis palabras, confirmó sus sentimientos por ti.

La hija lo miraba aún más atónita con la narración de su padre, quien continuó:

—Y me confesó que te tenía el más profundo respeto y te deseaba como su futura marquesa.

Las lágrimas comenzaron a rodar sin permiso y, bajando la cabeza, Madeline dijo:

—Y yo arruiné todo...

—No, hija mía —la consoló su padre. —Su silencio ante tus cartas no significa que ya no te ame, porque el amor no es así, no se disipa como un diente de león al viento.

—Y entonces, ¿qué debo hacer, padre? —preguntó Maddie, llorosa. Él secó sus lágrimas y, después de un momento, la miró con todo el amor que solo un padre puede tener por su hija,

apretando su mano para hablar:

—Mi Madeline, fruto de mi amor inestimable por tu madre, eres una Avondale.

Las palabras preferidas por su padre la hicieron prestar más atención.

—Tú, mi niña, eres sangre de mi sangre y un Avondale siempre lucha por lo que quiere y de una forma u otra alcanza sus objetivos.

—Entonces, ¿usted cree...

—No creo —la interrumpió el duque. —Estoy seguro de que ha llegado el momento de que luches y ganes la batalla por tu amor.



UN DOLOR LLAMADO NOSTALGIA

Una de las hermosas habitaciones de la residencia de los Caterham estaba recibiendo a un invitado inesperado, este huésped que se cansó de rodar por la gran cama, finalmente se levantó antes del amanecer.

El marqués de Caterham, lord Arthur, mojó su rostro en el lavabo con agua dejada por el criado la noche anterior y se miró en el espejo, él había estado allí por más de diez días, pero ninguna noche había sido bien aprovechada. Prueba de ello eran las ojeras que vio en su rostro reflejado en el espejo. Algunas noches, es cierto, no estuvo ahí en la habitación, sino en el despacho del solar, y tuvo como compañía la bebida, que era un vano intento de ahogar sus penas.

El sopor de la embriaguez le daba aliento por algunas horas, pero pronto pasaba y venía acompañado de un fuerte dolor de cabeza y un pesar en su corazón aún más fuerte, como un yunque.

Entonces la bebida fue retirada de sus días, pero el sentimiento que pesaba en su corazón, oh... ese parecía más fuerte que nunca y luchaba para que él encontrara a la dueña de ese amor.

El marqués dio un puñetazo seco en la pequeña mesa y el lavabo de agua llegó a saltar,

Arthur salió de allí, porque no quería verse reflejado en el espejo con los ojos llorosos y luego se sentó en la cama tratando de reunir el coraje para comenzar otro día más.

Otro día en el que sabía que todo lo que vivió con Madeline volverá a pasar por su mente, todo a su alrededor parece hacerle recordar cada detalle de ella, uno de los recuerdos más dolorosos es la cena y la pelea que tuvo con Maddie.

El arrepentimiento por haber hecho lo que hizo comenzó a surgir en el tercer día, cuando comenzó a pensar con más claridad sobre lo sucedido, casi perdió el control con la ira que emanaba de sus poros, el dolor del remordimiento lo golpeaba por sus acciones, cuando la agarró y la expulsó de la cabaña, la vergüenza lo golpeaba cuando la escena aparecía tan pronto como cerraba los ojos.



Aquella madrugada, a pesar de toda la rabia que había sentido y aunque estaba borracho, ya tenía cierta noción de que no había elegido el mejor camino para lidiar con lo sucedido, se había quedado dormido en el suelo cerca de la puerta, cuando despertó asustado, sin saber bien dónde estaba, sus ojos se enfocaron en la cabaña y segundos después, todo lo que había hecho le golpeó como un puñetazo y decidió irse a Londres para estar solo.

Aún un poco desorientado, logró llegar a casa con su caballo y debía estar hecho un desastre, porque cuando su sirviente lo vio, se apresuró a llevarlo a la habitación y hacerlo tomar un baño. Ya vestido, ordenó que hicieran una pequeña maleta.

—Partiré a Londres solo —fue su orden para el sirviente que lo atendió sin más, pues por la forma en que estaba su señor, sabía que algo había ocurrido.

Mientras estaba en su habitación, la puerta se abrió sin previo aviso y su madre apareció, la marquesa miraba con expresión interrogante.

—Señor Donnell, por favor, déjeme a solas con mi hijo.

Un pinchazo en la cabeza de Arthur se produjo con las palabras de su madre, ella era la última persona con la que quería conversar, pero no tendría mucha escapatoria y pronto vio al empleado salir y cerrar la puerta.

—Sé que eres un hombre adulto y ya posees el título de marqués, pero ¿puedes decirme por qué te comportaste así ayer? —fue la pregunta directa de la madre.

Arthur se puso de lado para la madre, frotándose las sienes en un intento de ganar tiempo y tratar de formular alguna frase, pero volvió a escuchar a la madre:

—Creo que tu comportamiento se debe a Madeline, pero ¿por qué tenías una mirada asesina hacia uno de los invitados de honor del barón?

Cuando el nombre de Maddie salió de la boca de su madre, su cuerpo se estremeció, ¿cómo lo sabía? Fue lo primero que pensó y se volvió hacia ella con asombro, pero su madre no retrocedió.

—Vamos, no me mires así, puedes ser el marqués, pero aún eres mi hijo, ya sabía que debías estar con alguien —Lady Caterham habló —Muchas tardes y noches, no pasabas por casa, y ese nunca fue tu comportamiento, pero deduje que estabas cortejando a una dama, solo ayer por la forma en que la vi sonreírte a lady Avondale, deduje que estás interesado en ella.

Soltando el aire que ni siquiera se dio cuenta de que estaba conteniendo, Arthur se dio cuenta de que ya no podía seguir ocultando.

—Me he enamorado de Madeline —confesó a su madre y sintió cierto alivio, porque ocultar ese sentimiento no era algo que le gustara hacer.

La marquesa suavizó un poco su expresión al decir:

—Oh, hijo mío, me agrada mucho ella, la hija del duque es una mujer maravillosa, ha pasado por tantas cosas y aún se mantiene firme.

—Sí, es verdad, pero no sé si vamos a estar juntos, las cosas han tomado un nuevo rumbo.

Fue la respuesta que lady Caterham recibió de su hijo, pero no entendió bien.

—Pero dime - se acercó más —¿acaso este nuevo rumbo tiene que ver con la transformación de tu mirada enamorada en pura furia mientras ella conversaba con ese comandante francés?

Arthur tuvo que apartar la mirada, la rabia que estalló dentro de él contra el hombre al que se refería su madre aún estaba muy fresca, ella no necesitaba ver una vez más cómo se comportaba en ese punto en específico, pero su madre pronto se dio cuenta.

—¿Estabas celoso de él?

¡Oh cielos! Caterham pensó para sí misma, su madre ese día estaba más que perfecta para leer cada detalle de su expresión, necesitaba hablar, pero también se esquivó.

—Se conocen desde hace algunos años —fue la mejor respuesta que pudo formular, no quería exponer a Madeline de ninguna manera.

—Hijo mío —la marquesa se acercó a él, ya entendiendo todo, incluso sin su confirmación —¿por qué te pusiste así? Noté que los dos ya se habían conocido antes, pero... — la marquesa dejó de hablar y trató de contener una risa. —Ah, los hombres...

—¿Por qué te ríes, madre? —preguntó el hijo, molesto, pero su madre inmediatamente habló.

—Te cegaste de celos y por eso no te diste cuenta de cómo ella te miraba durante toda la cena, Madeline buscaba tu atención, pero ni siquiera te dignaste a mirarla a cambio.

¿Por qué no me di cuenta de que ella me miraba? Arthur se preguntó a sí mismo, pero no discutiría con su madre, porque ella no sabía del pasado de Maddie con Arnaud y por eso decidió decir que iría a Londres para pensar en lo que sucedió, pero su madre no consideró que fuera lo correcto.

—Pero para qué vas a Londres, si tienes celos de ese hombre, ¿vas a dejar el camino libre?

—No necesito que me digas qué hacer, ¡no tengo forma de competir con él! —el hijo habló en un tono más alto, su cuerpo temblaba de rabia, Arthur aún no podía razonar de manera tranquila ante todo lo que vivió la noche anterior, todo estaba muy fresco en su interior, sus sentimientos muy revueltos.

Con su actitud, se dio cuenta de que lo mejor era estar solo.

—Los dos tienen más historia de la que usted pueda imaginar... me voy a Londres, necesito pensar en qué hacer —Arthur logró hablar esta vez con un tono más controlado.

La marquesa entonces se dio cuenta de que su hijo no solo estaba celoso, sino también herido por algo que no había contado, y decidió que no le exigiría, en ese momento, una mejor explicación.

—Está bien —Lady Caterham decidió dejar que Arthur siguiera el camino que quisiera solo, pero antes de irse dijo: —Si realmente la amas, lucha por ella, no dejes que un desacuerdo pueda destruir su amor, dejen que se asiente el polvo y hablen, el amor verdadero puede superar muchas barreras.

Y con esas palabras, la marquesa salió de sus aposentos.



Las palabras de su madre resonaban en su mente desde entonces, pero la ira que aún existía por esa visita inesperada de Arnaud comenzaba a ser más suave y daba paso al sentimiento de vergüenza por haber perdido la compostura con Madeline. Se culpaba mucho por lo que había hecho y eso era lo que le impedía regresar, ¿cómo podría mirarla y pedirle disculpas?

Pero algo le daba cierta esperanza de obtener su perdón, ya que había recibido cartas de ella que le pedían disculpas por lo sucedido. Las elegantes letras escritas por Maddie aún decían que lo amaba, y sentía aún más vergüenza por haberla tratado de manera tan cruel, lo cual le impedía escribir una respuesta. Había intentado varias veces, pero no había completado ni una línea.

El tamaño de sus sentimientos no cabía en un papel, necesitaba expresarlos con su voz, pero justamente eso era lo que le faltaba. Tendría que tragarse su vergüenza e ir al encuentro de Maddie. Entonces, con esa decisión, comenzó a vestirse. Su visita a Londres aceleró algunos de sus planes para sus tierras y hoy tendría una reunión con un banco para obtener recursos para invertir. Con ese asunto resuelto, necesitaba regresar a casa y pedir perdón a la mujer que tanto amaba.



—Buenas tardes, milord —le saludó su mayordomo cuando regresó a casa, Arthur entonces entregó su abrigo y sombrero y notó algo extraño en la expresión del empleado, algo como preocupación, pero su postura era perfecta.

—¿Desea que le sirva algo de comer, señor?

Arthur escuchó y respondió:

—No, gracias, ya he comido en la calle, la reunión se prolongó más de lo esperado.

La reunión no fue tan exitosa como esperaba, pero logró lo que necesitaba, aunque todavía tenía cosas pendientes por resolver.

—Sr. Percy, me dirijo a mi despacho y preferiría no ser interrumpido.

—Sí, señor — fue la respuesta temblorosa de su empleado, algo bastante inusual en él, pero no tuvo oportunidad de decir nada, ya que al hacer una reverencia se alejó rápidamente.

Sin darle mucha importancia, se dirigió a su despacho, pero cuando abrió la puerta, su sangre se heló y Arthur entendió muy bien la inquietud del empleado.

Todo su cuerpo se estremeció al escuchar...

—Buenas tardes, lord Caterham, estaba aquí esperando su llegada.



EL REENCUENTRO

Arthur quedó paralizado, cerró y abrió los ojos pensando que estaba viendo una ilusión, lo cual no era difícil de suceder, por cierto, todas las noches mal dormidas lo dejaron en un estado de fatiga que nunca había experimentado. Sin embargo, la figura frente a él no desapareció, de hecho, cuando volvió a abrir los ojos, parecía aún más real.

Era *ella*... la dueña de su amor sintió muchas emociones recorriendo todo su cuerpo, al igual que la última vez que estuvo frente a él, pero esta vez la emoción más fuerte era el alivio de que ella estuviera allí y lucía más hermosa de lo que recordaba. Maddie miraba a Arthur con esa mirada altiva y majestuosa que siempre le dirigía.

—Estaba aquí esperando tu llegada —dijo Madeline dando vuelta a la mesa, el roce de sus faldas sonaba como música para sus oídos, con el movimiento ella se acercó más a él, lo que hizo que su perfume fuera percibido por Arthur y luego su visión se volvió borrosa.

—Madeline... —su nombre salió de sus labios cargado de emoción y esa emoción también la estaba sintiendo Maddie.

No era lo más adecuado para una dama como ella, hija de un duque, visitar a un hombre soltero en su casa, donde no había nadie más de la familia, sin embargo, como su padre le había

dicho que había llegado el momento de luchar por lo que quería, volvió a adoptar su faceta altiva y se dirigió hacia Londres con el corazón en la mano y miedo de no ser escuchada una vez más, pero decidida a que esta vez Arthur tendría una rival a su altura, y él la escucharía queriendo o no.

Cuando lo vio, notó la sorpresa en su rostro por su llegada y temió lo peor, pero en cuanto vio la sonrisa aparecer en el rostro de Arthur, fue suficiente para que sus ojos se llenaran de lágrimas y luego dijo:

—Vine en busca de respuestas a mis cartas, pensé que al menos mi señor tendría la educación de responder.

Arthur la miraba intensamente y balbuceó una respuesta.

—No tuve valor...

—¿Por qué no? —preguntó Maddie preocupada.

—Porque me arrepiento mucho de lo que hice aquella noche, no sé si soy merecedor de todo el amor que escribiste en esas líneas.

Lady Avondale se quedó en silencio unos segundos y cuando iba a responder, Arthur volvió a hablar:

—Lo que necesitaba escribir, prefiero decirlo...

—¿Y qué necesitas decir?

—Que te amo y que estos días aquí me hicieron darme cuenta de lo vacía que es mi vida sin ti.

Las palabras de él hicieron que la gran tensión que pesaba sobre los hombros de Madeline se disipara, con alivio, cerró sus ojos por unos segundos y perdió un poco el equilibrio, momento en el que Arthur la tomó en sus brazos, evitando que cayera, y la besó sin previo aviso. Cuando sintió sus labios, su reflejo fue abrazarlo y tenerlo lo más cerca posible, Arthur la mantuvo

presionada contra él y devoró su boca mostrando todo el anhelo que emanaba de él y que Madeline sentía en la misma medida.

Momentos después, Arthur tuvo que separarse de sus labios, la abrazó más y apoyó su cabeza en el hueco del cuello de Maddie, quien ahora pasaba su mano entre su cabello.

Permanecieron así durante un tiempo hasta que el marqués trazó un camino de besos, finalmente volvió a encontrar no solo la boca de Madeline, sino también sus ojos y dijo:

—Perdóname, mi amor, por lo que hice...

—Silencio —Ella llevó su dedo índice a los labios de Arthur. —Lo que pasó, pasó, querido, vamos a seguir adelante, pero necesito preguntarte algo.

Fue el turno de Arthur acariciar la delicada cara de Madeline con una de sus manos para asegurarse de que ella realmente estaba allí frente a él.

—¿Qué necesitas saber, mi amor?

—¿Todavía quieres que sea tu marquesa?

Tan pronto como terminó de escuchar las palabras, el marqués sintió una alegría que no sabía cómo expresar correctamente, lo arrebató. Pensó para sí mismo que esta debía ser la sensación de plena felicidad de la que tanto había oído hablar y mirando a los ojos de la mujer que amaba, y haría todo lo posible para tenerla exactamente allí, como ella estaba, en sus brazos, respondió:

—No solo quiero, sino que necesito esto para sobrevivir. —Y luego los dos se encontraron en otro beso que sería el comienzo de una nueva vida.



3 meses después

—Qué hermosa estás, mi niña. —Fue la primera frase que el duque de Avondale le dijo a su hija al verla como novia y se emocionó.

La tiara de diamantes que ella llevaba, así como su velo, eran los mismos que usaba su madre, la difunta duquesa de Avondale.

—Gracias, padre mío. —Maddie agradeció, ya con la voz entrecortada y dando algunos pasos hacia él, dijo: —Después de todo, ¡necesitamos estar bien presentables para nuestra entrada a la iglesia!

La frase tuvo el poder de hacer que padre e hija intercambiaran otra sonrisa, de tantas que ya habían compartido, esta sin duda era una de las más especiales que vivirían, el duque aún tenía una sorpresa para su hija. Sacando una pequeña caja de terciopelo del bolsillo, dijo:

—Y esto es para ti.

Aceptando la pequeña caja, la hija la abrió y el brillo de la esmeralda y los pequeños diamantes le encantaron, no solo por la belleza de la joya, sino también por la historia que llevaba.

—Pero, padre, estos son los pendientes de mi madre.

—Sí, querida mía, y ahora son tuyos. —El duque tomó los pendientes y se los entregó a Madeline. —No pude entregártelos antes porque era necesario pulir las piezas y hacerlas aún más hermosas.

Tan pronto como se puso los pendientes, Avondale besó cariñosamente su mano y dijo:

—Así tendrás otra forma de tener a tu madre a tu lado a partir de ahora.

—Gracias, padre. —Madeline lo abrazó con fuerza y esta vez no pudo contener las lágrimas, toda la emoción los retrasó, pero Madeline se dirigía a su destino más feliz de lo que podía imaginar.

La capilla donde se casaría era la misma en la que su padre y madre se casaron años atrás y también había sido utilizada por varias generaciones anteriores de la familia Avondale, el lugar quedaba cerca de la residencia de la familia ducal, el camino desde donde estaban hasta allí se podía hacer fácilmente a pie, pero como era una fecha importante, padre e hija ingresaron al carruaje más hermoso de la familia y así siguieron el corto trayecto y llegaron pronto.

Fueron recibidos por lady Mary, quien estaba tan emocionada como los dos que salían del vehículo.

—Menos mal que llegaron —exclamó la duquesa, ayudando a su sobrina a bajar del largo vestido de seda blanco.

—¿Está todo listo, tía? —Fue la pregunta ansiosa de la novia.

—¡Todo está más que listo, nunca vi a un novio tan ansioso por casarse! —El comentario hizo reír a todos y enseguida comenzó a sonar la música que anunciaba la entrada de la novia.

Desde el altar, Arthur sintió un escalofrío recorrer su cuerpo en el momento en que vio a la mujer que amaba tanto, Maddie, que estaba siendo conducida por el duque, parecía un ángel, estaba tan hermosa y perfecta que ni siquiera podía creer que fuera ella quien se acercaba a él y

que finalmente serían marido y mujer.

A su lado, como padrino, estaba su primo, James, el conde de Northern, también se mostraba muy emocionado, ya que deseaba tanto que Arthur, quien era como un hermano para él, encontrara la misma felicidad que encontró con Lorraine.

El marqués no podía apartar la vista de la novia que tenía un velo en su rostro, y muchas memorias pasaban por su cabeza, cuantas noches pasó angustiado pensando que ese momento nunca llegaría. Saludando al duque y tomando la mano de la mujer que quería tener a su lado por el resto de su vida.

—Estás tan hermosa —dijo el marqués, emocionado, y esta emoción también se podía ver en la novia, quien le sonrió y así los dos se dirigieron al altar donde se realizó la ceremonia.

El lugar decorado con hermosas flores blancas y amarillas creaba una atmósfera sublime, como si todos estuvieran viviendo un cuento de hadas, la emoción de los novios llenaba el ambiente y alcanzaba a todos los presentes.

La ceremonia estuvo marcada por hermosas palabras del sacerdote y en cuanto se permitió al novio besar a su ahora esposa, Arthur tomó suavemente el rostro de Madeline y dijo con todo el corazón:

—¡Te amo ayer, hoy y siempre!

Y finalmente la besó con todo el amor que tenía en su ser, sin poder contener las lágrimas de emoción. ¡Allí era el comienzo de una vida en la que el amor los guiaría para siempre!



¡Qué felicidad poder entregarles otra historia idealizada en mi corazón y escrita con tanto cariño!

Estoy agradecida a todos los que dedican un poco de su tiempo para leer, animar y emocionarse conmigo.

¡A ti, querido lector, muchas gracias!

También agradezco a todos los que de alguna manera me ayudaron en este libro, ¡sin ustedes el resultado no habría sido tan increíble!

Y solo pido, si pueden, que dejen una evaluación del libro, ¡cada palabra de ustedes es muy importante!

¡Un gran beso a todos y nos vemos pronto en otra nueva historia!

Con amor,

Anne Sales.



EL CONDE QUE INTENTÉ NO AMAR
DAMAS APASIONADAS — LIBRO 1



[Compre en la Amazon \(Libro Digital\)](#)

Sinopsis

Lord James Hayward ahora es el nuevo conde de Northen y tiene muchas

responsabilidades, una de ellas es incorporarse nuevamente a la sociedad y hacer lo que se espera de un hombre en su posición; encontrar una futura condesa, pero a pesar de las numerosas candidatas, sólo una logró que su corazón latiera más rápido...

Lady Lorraine Taylor, hermana del nuevo vizconde de Griffham, después de muchos sacrificios, finalmente pudo hacer su debut y ser presentada en sociedad. Pero ninguno de sus pretendientes le hizo sentir las tan ansiadas mariposas en el estómago.

Sin embargo, sus vidas dan un giro cuando una confusión en la lista de invitados para las festividades en la finca del conde de Northen lleva a que la familia Taylor sea invitada. Y el reencuentro de estas dos familias trae a colación un pasado que puede traer recuerdos de intrigas no resueltas, pero esto puede ser el comienzo de una reconciliación y el amor puede florecer para una pareja inesperada.

Un amor que soñaron en sus corazones y que ahora puede hacerse realidad.

INEVITABLE ENCUENTRO



[Compre en la Amazon \(Libro Digital\)](#)

Sinopsis

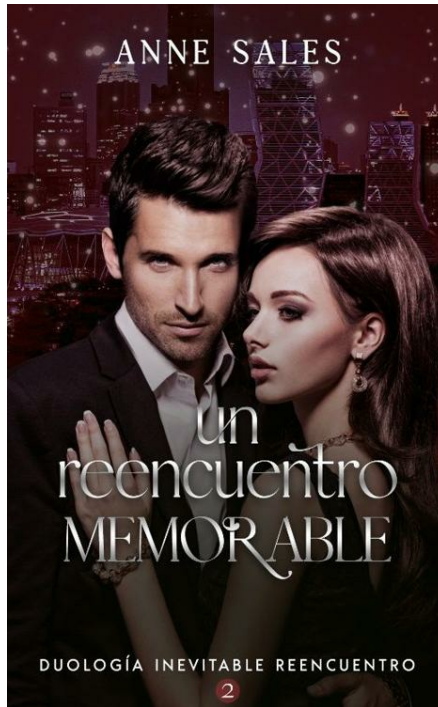
¡Podemos encontrar el amor donde menos lo esperamos!

Melissa Merritt es una joven hermosa y capaz, que cada día está creciendo en la empresa de inversiones donde trabaja. A pesar del fin problemático de su matrimonio ella quiere seguir su vida y encontrar un nuevo amor, y eso es exactamente lo que sucede en un encuentro fortuito que cambiará su vida.

Frank Ross es el CEO de una gigantesca empresa de inversiones, sus negocios son innumerables y él controla todo con puño de hierro. Odiado por muchos y querido por pocos. Ross en su vida acumula enemigos, como acumula victorias.

Pero un capricho del destino le hace encontrar a Melissa y su mundo gana otro foco. Pero los problemas en el pasado de Ross pueden poner todo el amor que ambos sienten en jaque y hacer que ambos tomen actitudes extremas para la protección del otro.

UN REENCUENTRO MEMORABLE



[Compre en la Amazon \(Libro Digital\)](#)

Sinopsis

Por una trampa muy bien planeada por su "esposa", Frank Ross vio cómo su mundo se desmoronaba debajo de sus pies y se vio obligado a tomar una de las decisiones más difíciles de su vida.

Melissa cree que ha sido abandonada por su gran amor, sin embargo, no todo es lo que parece.

En la segunda parte de la historia, descubriremos cómo todo fue orquestado para acabar con el amor de esta pareja.

¿Podrá Ross vencer a sus oponentes y aún proteger a Melissa? Esto es lo que se revelará en este libro.

Sumergámonos una vez más en la historia de Melissa Merritt y Frank Ross, que ha ganado numerosos seguidores y regresa para tener un final impactante.



Entre em contato com a autora em suas redes sociais:

[Instagram](#)

Gostou do livro? Compartilhe seu comentário nas redes sociais e na **Amazon** indicando-o para futuros leitores. Obrigada!